

Fernando Diez de Medina



SARIRI

Fernando Diez de Medina

SARIRI

1954

*

*

*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

INDICE

["SARIRI": UNA REPLICA AL "ARIEL" DE RODÓ](#)
[Crítica del "Arielismo"](#)
[La pareja simbólica: "Thunupa" y "Makuri"](#)
[¿Qué son las Américas del Centro y del Sur?](#)
[La superación del anti-imperialismo](#)
[Hombre y escritor en la sociedad actual](#)
[Revolución de la responsabilidad](#)
[Independencia intelectual de los sud y centroamericanos](#)
[Primero servir a la vida](#)
["Sariri": un mensaje del tiempo nuevo](#)
[A LA SACRA IMAGEN DE LA PATRIA](#)
[LA LEYENDA AIMARA](#)
[FORMACIÓN DEL HOMBRE BOLIVIANO](#)
[LA MARCHA HACIA EL MAR](#)
[EL KOLLAO ENTRA EN LA HISTORIA: RESPUESTA A Toynbee](#)
[RETRATO DE UN HÉROE](#)
[PRELUDIO DE SORATA](#)
[UN CRÍTICO A LA DERIVA: REPLICA A LUIS ALBERTO SÁNCHEZ](#)
[EL PUEBLO QUE LUCHA CON EL ÁNGEL](#)

El grabado de la portada pertenece al gran xilógrafo belga Víctor Delhez. Es una hermosa talla en madera denominada "El Sembrador", y coge el pasaje evangélico sobre un fondo compuesto del paisaje boliviano: valle y cordillera. Fué escogido para enaltecer estas páginas, porque "Thunupa", "Sariri" y otros símbolos telúricos realizan también labor de sembradores.

"SARIRI": UNA REPLICA AL "ARIEL" DE RODO

"Sariri" quiere decir "caminante", en aimára, la lengua más antigua de América. "Sariri", el caminante, el que no puede estar quieto ni indiferente, porque todo exige activa vigilancia, es el símbolo escogido para esta hora de transformación que sacude al continente.

CRITICA DEL "ARIELISMO"

Hace cincuenta años, del pequeño y rumoroso Uruguay, se alzó una voz serena denunciando el utilitarismo del siglo naciente. Aconsejaba guardarse de la civilización norteamericana, fundada en una concepción práctica de la vida; en el culto al éxito; en esa escuela de voluntad y de trabajo que sólo mira el presente inmediato.

Al norte habita Calibán —dijo el pensador— torvo amo de la energía material y del dinero; al sur Ariel, dulce genio del espíritu, personificación lírica de la naturaleza. Al plantear la antítesis de las dos Américas, la sajona y la hispánica, con símbolos prestados del numen shakespiriano, José Enrique Rodó ganó los blasones de precursor del anti-imperialismo en sociología y maestro de belleza en literatura. Para el arielista la moral es una prédica de virtud, una esperanza en la eficacia de la juventud y de los mejores. La dignidad del pensamiento consiste en tres palabras: amar, soñar, admirar. Como punto de partida, una quieta contemplación del mundo, el meditar sosegado; como meta, el armonioso desarrollo del individuo hacia una teórica plenitud del ser. Se exalta el entusiasmo, pero se teme la pasión. La nobleza de un bello pensar es lo más alto.

A pesar de la hojarasca erudita, el gran uruguayo quedará como profesor de idealismo, como príncipe de la prosa artística.

Ese aristocratismo sabio heredado de Renán, ese culto a la inteligencia pura, ese magisterio estético que propone la norma apolínea como suprema función del espíritu, fueron fuente de saber para varias generaciones. "ARIEL" ha sido un momento de la conciencia continental.

Pero los sudamericanos de hoy, crecidos en la dramática perplejidad de dos guerras mundiales que transvirtieron los moldes de la sociedad, en el umbral tal vez de una tercera, se preguntan:

—¿El arielismo es una utopía idealista o un instrumento de edificación colectiva? ¿Conservan su vigencia las ideas del maestro, en el mundo actual sembrado de pasión y confusión? La democracia idealizada que predicó el pensador ¿condice con el tumulto y el retraso de nuestra América mestiza?

Muchos dieron la respuesta, sosteniendo que la prédica rodoniana ha sido superada. Para unos es inadmisibile pensar en esa América regenerada cerniéndose en lo alto sobre las realidades del presente — como pedía Rodó — porque lo que interesa y compromete al sudamericano es justamente esa realidad presente que lo angustia. Para otros resulta ingenuo atribuir todo el mal al Septentrión y el bien todo a la región Meridional; la síntesis simbólica de Calibán y Ariel peca de simplista: basta ver cómo crecieron las gentes del norte hasta convertirse en semidueñas del mundo, y el desorden que padecemos las del sur. En el mismo Uruguay, un espíritu revisionista dictamina que el "arielismo", desprovisto de una base filosófica, es producto demasiado literario. Y es que la literatura o la sociología de cátedra, cautelosa y erasmiana, no sacude ya como esa otra de línea y de combate, tendida hacia el hombre americano y sus problemas, que caracteriza a los mejores intelectos del hemisferio.

El idealismo estético, didactizante, de Rodó, no es para nosotros lo que fué para nuestros padres. Formado en el positivismo científico y en el escepticismo filosófico de fin de siglo, liberal por doctrina, aristócrata de alma, el escritor rioplatense es una cima solitaria en la gran aventura del pensamiento. No ha fecundado pueblos porque sólo miró individuos. Su discurso especulativo, siempre noble a los ojos del espíritu, carece de significación social. Y es que el culto a la razón, el amor contemplativo del mundo, el sentimiento de la virtud y de lo bello poco significan, si no toman sus raíces del suelo materno en que generan las ideas y fructifican las grandes acciones: el pueblo. Idealidad sin construcción colectiva, es nada. Realización política sin vuelo de alma, cosa efímera. ¿Podremos hablar alguna vez de idealismo práctico, de utilitarismo espiritualizado? Lo cierto es que el humanismo culto, frío y altanero, exclusivista de 1900, cede campo al humanismo social, cálido y abierto, de 1953, de franca beligerancia dinámica, en pos de una filosofía de reintegración, idealista y organizadora del mundo material al mismo tiempo. Porque se necesita herramientas mejor templadas que el finísimo estilete de "ARIEL", para construir la dura América presente.

Vivimos el tiempo de la génesis telúrica, del despertar de las razas. Redimir a las muchedumbres olvidadas es más urgente que perfeccionar al individuo culto. Por noble, por bella que sea, la palabra rodoniana no sirve en estos años convulsos. Tiempo de parto, y de parto mayor: ¿de qué vale el esplendor metafórico o el deliquio de las imágenes, a la que sufre la agonía de desdoblarse en otra vida? El verbo esmaltado del uruguayo seguirá melificando los ocios del soñador, pero a los hombres de hoy que buscan el rostro de la verdad por los caminos de la mentira cotidiana; a los que amasan la difícil realidad con la harina del dolor humano que los rodea, no les basta ya la fulguración del estilo ni la melodía sutil de las palabras profundas.

No se educa con preceptos, sino con ejemplos — recuerda Varona —. Lo que labra en la conciencia es la acción que se ve repetir y se repite. Si la estética no baja a la calle para cambiar golpes con la vida, entonces no es quehacer de hombres sino palabra vana. Porque como ha dicho Santiago: "Mas sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores".

¿Por qué el pensador uruguayo insiste en la palabra BELLEZA, que es como el cánón del orbe clásico, y casi no repara en la hondura trascendente del vocablo RESPONSABILIDAD, centro inductor de toda cultura cristiana?

Este abismo entre la ética y la estética es el que nos separa de Rodó.

Grande para su época, nosotros vemos al maestro aminorado en la distancia de los años. Un cierto egoísmo de erudito; un exceso de pedrería verbal; una determinada falta de sensibilidad colectiva. Alma de evasión, en fuga siempre al horizonte inalcanzable de la perfección ideal, pecó el uruguayo de estetismo puro. Sobresaturado de ciencia occidental, no vió o no pudo ver su mundo americano mísero, débil entonces pero cargado de espiritualidad. Asistió a la aurora del nuevo siglo, mas le fueron cegados los ojos al despertar de un continente. Y a su saber culto, acaso demasiado sabio; a su bondad natural de soñador y pensador; a la prédica aristocrática y moralizante, les faltó ese hábito de amor fecundo, esa chispa primordial, ese designio multiplicativo que inmortaliza el pensamiento del cubano genial: "El primer deber de un hombre de estos días es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias."

Al idealismo estético de "ARIEL", hay que oponerle el humanismo dinámico y social de nuestra época. Porque esas "manos de sembrador" de que habló el maestro ¿qué van a echar en el surco americano? Primero una semilla de justicia, después otra de saber y de belleza. Frente a la llama del individualismo culto, la hoguera viva de la solidaridad humana. Hombres, sí, en la hondura insondable del concepto, pero también multitudes dignas de los taumaturgos que las acaudillen. Primero el derecho camino de bien vivir para todos; después los deliquios de la inteligencia cultivada. Mirémonos en las claras linfas de la vida de José Martí, para quien "patria" no era triunfo ni exaltación orgullosa, sino sólo agonía y deber. Ese paladín de verdad, de pureza, que pronunciara estas palabras hermosísimas que valen por un tratado de moral social: "Este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla."

¿Cuál será la norma creadora en esta época de confusión?

Reconocer que gobernar es redimir y organizar a las muchedumbres olvidadas; que enseñar es convertir la virtud teórica en ejemplo vivo y militante; que vivir es responder por la vida que nos fué donada; y que antes que los puros sueños del idealista está la piedad cristiana en su más alto grado de verdad: todos responden por todos y nadie debe ser dichoso mientras sufren los demás.

Basta pues de Rodó, de servil imitación a Europa o Norteamérica. Occidentales somos por la cultura y por el Cristo; americanos del sur por el suelo y por la sangre. El continente trae sus constructores, trae sus propios estilos, como dice el poeta. O con palabras de Hostos: "Estamos para ser hombres propios, dueños de nosotros mismos y no hombres prestados." Nuestro problema inmediato, en el centro y en la mitad meridional del continente, nuestro irrenunciable deber, son la América india, la América mestiza cuajadas de inspiración vernácula. Tierra y poblador inéditos. La dura realidad de un presente que debemos afrontar con fe y capacidad realizadora, confiando sólo en nosotros mismos, como si fuera cierto el vaticinio de Tamayo: "En América las generaciones deben preparar la vida, como si un día el Viejo Mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta."

El americano actual no puede darse a la fuga ni recluirse en torres de altivez, cuando apurados problemas le exigen premiosa intervención en la vida circundante.

Rompiendo el vasallaje europeísta, pediremos al genio continental, a los númenes telúricos, que nos permitan tomar del suelo americano los nombres y los símbolos para una edificación interior. Y hablaremos de este ímpetu de acción y de mudanza que conmueve a nuestros pueblos ansiosos, y que brota gozosamente, dolorosamente, en torbellinos de angustia y, de alegría, porque está hecho con el anhelo de los corazones cuando los hiere esa cuchilla de rubíes que se nombra: ¡libertad!

LA PAREJA SIMBÓLICA: "THUNUPA" Y "MAKURI"

Un hombre avanza por el árido altiplano. Bien conformado, de ágiles músculos, lleva el andar lento y seguro, como si no le importara cuándo llegará. Tranquilo, silencioso, hace del caminar una escuela de voluntad. El viento de las punas azota su faz morena. Dale fuerza el sol, vastedad el espacio, resistencia la tierra madre. Habitante de un mundo bárbaro en cuanto la palabra tiene de energía virgen, va como enclaustrado en su propia soledad viajera. Nadie sabe de dónde viene ni a dónde va; su andar es un enigma. Indiferente al camión y al tren que cruzan por su vera, o a los pájaros de acero que proyectan sombra fugaz en el camino, él sigue su curso como el astro: sin tregua, sin fatiga, de día y por la noche, con ese movimiento rítmico de los grandes andares naturales... Marcha... marcha... En sus ojos negros, misteriosos, suele brillar una chispa de animación; luego vuelve a su gravedad ancestral y es larga y lenta y taciturna esa como traslación inmóvil, en que no se sabe si el suelo gira mientras el hombre permanece, o si el hombre avanza en tanto el suelo se detiene.

Es el indio de América que sale al encuentro de su destino.

Como sabemos muy poco de su exterior acaecer y menos todavía de sus revoluciones interiores, decimos solamente: "SARIRI", el caminante. El buen peregrino del que hay que partir y al que habrá que volver cuando se quiera conocer la verdad que nos circunda. Porque indio es lo más viejo y lo más joven, lo más simple y lo más desconcertante, lo más extraño y lo más familiar a un tiempo mismo. Y quien quiera descubrir al hombre americano y entender el mundo en que gravita, deberá hacer la marcha india: despacio y derecho a su fin. Paso a paso, sin premuras disolventes, porque mesurado es el andar del hombre verdadero y el júbilo del astro. Y sólo hay virtud en los que viajan con la comarca original. Porque "Sariri" es el que camina con su gigante adentro, y nada es más fuerte que el andar con su tierra y con su gente.

Y púsose "Sariri" a buscar la verdad, dolido de su gente americana, porque no hallaba cura para tanto dolor y miseria tanta. ¿Quién ha dicho la pena negra del minero, hundido en sombríos socavones; la desdicha del campesino analfabeto y mísero; el resentimiento del obrero explotado en su fábrica? ¿Quién cantó la angustia del indio, el despojado de su propio suelo?

¿Quién comprende la sórdida melancolía del mestizo, o la desesperanza resignada de la clase media que es como la columna vertebral de la sociedad siempre firme y olvidada siempre?

Y el buen caminante, después de recorrer el ámbito geográfico del hemisferio paso a paso, comarca por comarca, conoció también su drama humano: hombre por hombre, desesperanza por desesperanza. Ya los falsos apóstoles que hablan del supuesto peligro de la democracia niveladora, embrutecedora, les contestó con palabra de fe, con designio de verdad:

—No temáis; velar por todos no significa atentar contra los mejores. Porque todos los hijos de Dios tienen alas. Y si la Democracia ha de servir para que unos encaramen su audacia sobre la incapacidad de los demás, entonces que no sea. Que se llame oligarquía o plutocracia, cuervos negros cerniéndose sobre la felicidad del pueblo.

Quiso "Sariri" hallar el doble símbolo del desacuerdo sudamericano, y se hundió en el tiempo para una caza de revelaciones. Se fué lejos, muy lejos... Más allá de la República, detrás de la Colonia, antes que los Mayas y los Incas edificaran los imperios más regulares de la autoctonía: sondeó el oscuro reino de los Kollas, esos primitivos pobladores del Ande que tienen un pie en el mito y otro en la prehistoria. Y he aquí lo que encontró para regalo de sus hermanos de América.

En época remota gobernaba la meseta "Makuri", el implacable. Violencia y concupiscencia eran su ley, su voluntad omnímoda el Estado. Temerosos vivían los pueblos de su furia destructiva, porque puesto en pie de conquista o diversión arrasaba casas y daba suplicio a las gentes. ¿Para qué necesitaba "Makuri" templos, fortalezas, palacios? Su religión era el combate; su fortaleza un muro elástico de pechos y de hondas; su morada un promontorio de tierra bajo el cielo infinito. Brutal, bestial, gigante de dos metros de altura, fornido como la roca andina, el jefe kolla vivía en la doble embriaguez de la sensualidad y la destrucción. Así era "Makuri", varón de crueldades, cuyos desafueros se recuerda todavía. El que enseñó a los andinos la irresponsabilidad para el mando y el desenfreno en la conducta.

Hallándose el caudillo kolla en el apogeo de su gloria, apareció por los pueblos altiplánicos un extraño peregrino: alto, delgado, consumido. Vestía un hábito talar de lana, sandalias de vicuña; y llevaba una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los hombres más que en la estatura por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla breve y sosegada, un mirar cautivante como llama de una lámpara de aceite. Curaba a los enfermos, levantaba la esperanza de los ancianos, imantaba la inquietud de los pequeños. Donde había trabajo físico por duro que fuera, allí estaba él. Servía con humildad aunque nadie lo requiriese. Y a la hora del crepúsculo, junto a la viva lumbre de la hoguera, narraba cuentos maravillosos a los niños y prevenía a los mayores contra los peligros de la disolución moral. Atacaba el peregrino la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia. Clamaba por justicia y por templanza. Y en todas las comarcas difundía su doble ministerio: enseñar con la virtud del propio ejemplo, alumbrar con la luz de la ley natural.

—Vivid en paz, honestamente —predicaba el profeta — porque nadie está libre de pagar por sus yerros. El que manda, debe responder por ese mando; el que obedece, hará con alegría su tarea. No es el guerrero que destruye, sino el trabajador que hace su oficio el sostén del pueblo. Ahuyentad la mentira, el ocio, el vicio. Que nadie robe, porque debe haber lo justo para todos y no exceso para pocos. Alejaos del odio y la venganza, porque nacisteis para fructificar en hermandad.

Sorprendidos por esa prédica moral, que contrastaba con la barbarie circundante, los kollas llamaron al profeta desconocido "THUNUPA", que quiere decir: Gran Sabio. O también: el Primero y Más Antiguo. O el Reformador. O el Señor Inmemorial. Que todos esos nombres sugería su presencia.

Predicaba "Thunupa" no la virtud teórica, el lema abstracto confinado a las palabras, sino la virtud real que corporiza en la acción; la virtud del que defiende su verdad y puede padecer por ella. Unos atendían su mensaje, otros lo apaleaban, porque no hay reformador sin sufrimiento; y el profeta andino fué a menudo víctima de los mismos que anhelaba redimir. Pero su fe no se quebraba y siguió combatiendo al mal durante muchas lunas, al cabo de las cuales fué apresado por los guerreros de "Makuri".

Conducido a presencia del caudillo, éste lo condenó a lapidación por haberle reprochado su conducta y ablandar a los kollas con su verbo moralizador. "Thunupa" fué lapidado por los guerreros de "Makuri". Luego el cuerpo exánime, amarrado al mástil de una balsa de totora, se abandonó a merced de las olas. Y cuenta la leyenda que la nave del profeta partiendo de Copacabana cruzó el "Titikaka"; y que la tierra se hendió en dos para darle paso, hasta que se perdió en las azules inmensidades del "Poopó". Y del surco fabuloso que abre la nave del profeta, nace el curso fluvial del Desaguadero, río mítico que enlaza los dos mayores depósitos lacustres de los Andes.

Pero el Inconforme no murió: un monte, un río, un camino llevan su nombre. Dicen los indios que su balsa solitaria surca el Titikaka y vaga por los altiplanos. Deidad benéfica, suele tornarse a veces punitiva y reparadora. Habla en el trueno, previene en el relámpago, castiga con el rayo. Sus manos venerables protegen las cosechas, su mirada suave mitiga la desgracia. Inspira a los buenos, aterra a los desafortunados. Está siempre con el débil, siempre frente al poderoso. Es símbolo de virtud práctica, de constancia en el deber, de idealidad realizadora. Una fuerza moral superadora de infortunios.

Es el piloto del pueblo indio.

Cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de ternura la ruda longitud de la meseta. La montaña es "Thunupa", porque trasciende virtud y fortaleza. El pueblo justo también, semillero de concordia, de alegría. El varón recto asimismo, crecido en entereza. Y "Thunupa" es igualmente esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Y ésta es la antinomia mítica, la sugestión histórica, la pareja simbólica que anima toda nuestra historia americana: Makuris por centenas, por millares, cambiando de apariencia pero no de fondo; Thunupas pocos, solitarios, incomprendidos, alejados entre sí como las altas cumbres que entre ellas se distancian para destacar mejor la recierra de su masa.

Si "Ariel" es la Esperanza, "Thunupa" es el Deber.

¿QUE SON LAS AMÉRICAS DEL CENTRO Y DEL SUR?

Y así habló "Sariri", el que anda por la huella de "Thunupa", revelando la verdad de América.

No preguntéis tanto a los libros, no acatéis sumisos la semiciencia del dialéctico transeuropeo. Es mejor auscultar lo que nos fué donado, edificar con la arcilla primordial. En lugar de sabios momificados o pedantes imitativos, que repiten lo que no entienden, formemos hombres de verdad, ansiosos de conocer y organizar lo suyo. Los que dejan el refugio de la costumbre, para padecer la Patria en el torbellino de la multitud que los rodea; porque quien pida patria grande, ha de sumergirse primero en el dolor y en la miseria de las mayorías olvidadas. No en sabiduría importada surgen las naciones, mas en experiencia humilde del propio saber intransferible que brota de la necesidad humana.

¿Qué son las Américas del Centro y del Sur?

Un problema de crecimiento, una tarea de organización. Entre nosotros el desequilibrio económico y social impide un desarrollo armonioso de los pueblos. No basta predicar moral, aconsejar equidad, postular la excelencia espiritual. Lo urgente es trabajar por una general transformación de la sociedad, que ponga la riqueza al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la riqueza. Porque sucede que pequeñas minorías ávidas -de adentro o desde afuera- concentran todo el poder político, la fuerza financiera, los instrumentos de cultura, mientras inmensas multitudes yacen postradas en miseria y abandono. Hay urbes babilónicas que levantan sus penachos de cristal hacia las nubes; son también minoría porque la masa continental se dispersa en las tierras interiores. La realidad americana, vista en sus líneas generales y no en el

progreso aislado de las metrópolis, es una de pobreza, de retraso, de ignorancia que lindan en el drama del esclavo. Y a estos conglomerados letárgicos que viven en los pueblos coloniales o en el ámbito rural ¿vamos a darles lecciones de belleza cuando piden pan, libros si ignoran el alfabeto, críticas al utilitarismo si padecen de pauperismo material?

"La vida es quehacer, la vida es prisa —apunta Ortega—. El hombre no es sino drama y acontecimiento. Ese peregrino del ser, ese sustancial emigrante, es el hombre". Y en América la primordial tarea, la urgencia inaplazable será pues movilizar las almas para que los cuerpos puedan valerse por sí mismos. Poner en marcha multitudes para que todos intervengan en el acontecer colectivo. Vivir de prisa, afanosos y atareados, porque no son muchos los días del regocijo en el quehacer presuroso que nos fué legado. Y el mejor emigrante es él que hace la travesía de su órbita natal, resolviendo el drama del individuo en tarea de servidumbre y aproximación a los demás.

Nacidas en tradición gloriosa de libertad, las naciones americanas pocas veces disfrutaron de justicia social. Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, Juárez, Martí casi no tienen imitadores. Esa herencia de rebeldía moral, ese ímpetu creador y ordenador, reaparecen tardíamente porque olvidando la lección de 1810, militares y doctores cambiarán la libertad en despotismo, beberán del cesarismo europeo, y con el apoyo de grupos privilegiados y abusivos, harán de las leyes el capricho del mandón y de la riqueza pública la hacienda de los ricos. Escasos son los que siguen la línea severa, grandiosa de los Libertadores; muchos los que se desvían bajo el peso abrumador del poder excesivo. Rosas, Francia, García Moreno, Melgarejo, Gómez, Machado, Sánchez Cerro encabezan la legión innumerable de los liberticidas. Esa tendencia "makuriana" al desgobierno, es en gran parte culpable del retraso colectivo. ¿Cómo extrañar entonces que los pueblos comiencen a levantarse airados en pos de sus derechos humanos, si los caciques criollos se complacían en pisotearlos?

Si bien se mira en nuestra historia continental, con raras excepciones, la sensatez parte del pueblo, el desequilibrio de los conductores.

Pensadores y publicistas se esfuerzan por demostrarnos que en América se va forjando la conciencia moral de una nueva humanidad: una filosofía de paz, de convivencia ordenada, de derecho y tolerancia. Es solo el ideal de los que piensan. La verdad es que América, en un sentido generalizador, yace en estado de subhumanidad; no salió del proceso plutónico: somos lava, piedra, fuego, turbión. Si hemos hecho de la necesidad combate, de la crítica un arma de superación, es justamente porque la letra constitucional, confinada en moldes arcaicos, y el hacer arbitrario de los conductores, no guardan relación con el anhelo colectivo.

El continente es un problema de hambre. Hambre fisiológica y hambre espiritual.

Las muchedumbres exigen conquistas inmediatas porque no bastan códigos muertos; piden igualdad de oportunidad en el trabajo y el progreso; pan, techo, seguridad económica y educación en vez de palos y metralla. Si ese cambio radical de la estructura social viene casi siempre por el camino del alzamiento popular, es porque las revoluciones son movimientos místicos de la multitud, fuerzas generosas que pretenden reformar el mundo. El puente inevitable entre las energías arcaizantes y los impulsos renovadores que se disputan el poder.

Y ésta es la verdad próxima que los americanos debemos afrontar con varonil intrepidez: primero es la necesidad mayoritaria de transformación social, después los primores de la alta cultura individual. Convertir los parias en hombres. Porque ¿de qué justicia viva, de qué ilusoria libertad, de qué imposible democracia hablaremos a estas gentes nuestras que carecen de lo preciso para un pasar elemental?

Cuando el hombre es más animalidad que humanidad, será inútil hablarle de cultura y de belleza.

Esas gentes oscuras que brotan de todos los rincones de América; esos indios, esos mestizos, esas clases medias que piden mejor trato y horizonte futuro más ancho; esos románticos que siguen con fe ciega a sus conductores para ganar condición civil, son la verdad de un continente en marcha. ¡Nada los atajará! Porque lo que no se canalice en modo inteligente desde arriba, estallará por presión plutónica: del fondo a la superficie.

Pero levantar al pueblo no significa someterse a su capricho. Todos somos "pueblo" en un sentido social y cada uno será el vigilante de su hermano. A las muchedumbres hay que hablarles siempre la verdad. Recordarles, con Platón, que existe una responsabilidad del poder; que nadie es impunemente grande, como enseña Bolívar; que una raíz ética asoma detrás de todo acontecer humano; y que el mandar supone más deberes que derechos o atributos. Nada es una voluntad actuante si no viene respaldada por un ideal consciente de su búsqueda. Porque Patria es una responsabilidad, no un usufructo. Servidumbre voluntaria. Vigilia permanente.

Nadie debe dormir confiado en la América de hoy: es tiempo de vigilia. Abiertos los ojos del cuerpo para organizar el mundo, los ojos del alma abiertos para celar el espíritu. Todos deben intervenir en este proceso de redención colectiva. En el nuevo mundo no hay, no puede haber lucha de clases, mas el superior entendimiento de intereses: blancos, mestizos, indios, ante Dios y ante la ley son una sola y misma cosa. El continente de la Libertad no acepta la dictadura clasista ni el cacique criollo. Y al pueblo queremos verlo lejos de la demagogia oportunista, distante del abuso y la violencia, conducido por líderes austeros capaces de responder por el mando que se les confíe.

Hay que dar a los americanos del Centro y del Sur una pedagogía moral, una regimentación social. Buscar el acuerdo del espíritu con la dinámica del tiempo, enseñando el valor del rendimiento individual en la disciplina de conjunto. Sanear a las gentes por dentro y por fuera, porque el cuidado de la persona física es tan importante como la higiene de la mente. Enseñar, por encima de todo, la lealtad, virtud de fuertes, porque son los renegados los que pierden a los pueblos. Cierto que ni los griegos, padres de todo saber, se libraron del áspid del engaño, pero nosotros debemos prevenirnos contra el tóxico funesto. Un hombre debe tener el valor de sus convicciones. Hay que respetar la consecuencia en el adversario. Porque más vale un combatiente decapitado por fidelidad a su causa, que diez traidores ceñidos por la púrpura del mando.

Decimos pues "THUNUPA": maestro de verdades. El que despierta corazones y templea voluntades. El que opone a la animalidad instintiva, una norma de razón creadora y responsable. El hacedor de dicha aunque sea a costa del propio sosiego. Y al enemigo no hay que buscarlo afuera, no se llama Calibán ni Tío Sam; el enemigo nos habita, es ese fondo de barbarie maligna, primitiva, que desata los odios y venganzas, la crueldad innecesaria, los motines y persecuciones que impiden el ascenso nacional. Es "Makuri", la fuerza que trabaja para atrás.

La gran transformación política y económica que se avecina, debe ir pareja con una reforma de la conducta: mejores ciudadanos para sociedades más organizadas. Si no queremos caer en el nihilismo existencialista, en las negaciones disolventes de la civilización caduca, hay que volver al hombre centro de toda cultura. "Thunupa" invoca el espíritu de lucha, de justicia, contra un pasado de molicie y de anarquía; Primero el gobierno de las almas, después la arquitectura del Estado. Porque no hay patria estable sin hombre verdadero.

LA SUPERACIÓN DEL ANTI-IMPERIALISMO

Dos sentimientos negativos envenenan a los pueblos del Sur: el odio al yanqui y el idealismo etéreo.

Que del Norte baja una economía imperialista es evidente. Toman nuestras materias primas al precio que ellos quieren y nos mandan las suyas también a su capricho. Nos hablan de unidad continental, exigen sacrificio cuando les conviene, y voltean espaldas en tiempo de bonanza. Políticos y negociantes del septentrión ven el hemisferio meridional como campo fecundo de operaciones; lo miden en términos de negocio, explotado y controlado por ellos. Un complejo de superioridad racial alienta detrás del capitalismo financiero, que sólo se ocupa de acumular gruesos réditos en sus empresas bancarias o industriales, con olvido de las masas humanas. ¿Pero es que negociantes y políticos son toda la América del Norte? Seguramente, no: sólo una parte — y no la mejor — de la gran comunidad anglosajona.

Si en cierto modo se justifica la crítica marxista al imperialismo avasallante de los anglosajones en el campo económico, ese dominio de las economías nacionales por el capital financiero que deja esquilmas las colectividades sureñas, será justo reconocer en los norteamericanos un fondo de misticismo religioso, de idealismo constructivo que mueven toda la máquina de su historia prodigiosa. Esa civilización industrial que entiendo la vida en función de utilidad y pone el éxito en la cúspide de la pirámide social, es la mejor escuela para educar la voluntad. Cada ciudadano de los Estados Unidos —como dice el más grande de sus poetas— avanza a conquistar la vida firme y resuelto, porque la más alta expresión de la dignidad humana se funda en la conciencia del propio mérito.

Descontados los errores políticos y financieros de los últimos años, que han debilitado la confianza de las naciones del Centro y del Sur, admiremos en la gran nación del Norte una tradición de libertad y de justicia que nace con Jefferson y Hamilton, culmina en Lincoln, y se prolonga hasta Wilson y Roosevelt, el "buen vecino" que se murió sin dejar descendencia. Poetas, escritores, artistas, sirven al espíritu. ¿Cómo negar esos mundos vírgenes que laten en los cantos de Whitman y en la prosa de Melville? La rebeldía de Thoreau y el fantasismo de Hawthorne bastan para tipificar una literatura. La elevada filosofía de Emerson contrasta con el genio torturado de Poe. ¡Qué estupendos narradores Mark Twain, London, Lewis! Es posible que muchos no comulguen con la novelística contemporánea tremendista, cruda, morbosa a lo Faulkner o Hemingway; pero no se puede negar el lirismo profundo de Waldo Frank, el teatro técnicamente revolucionario y denso de O'Neill, la música poderosa y salvaje que vibra en las páginas de Thomas Wolfe.

Si es verdad que el concepto utilitario y hedonista de la vida conduce a la mediocridad; que el mercantilismo y la velocidad mutilan el armonioso desarrollo del ser, no olvidemos que Norteamérica dió al mundo la luz del saber técnico, realizando la conquista del reino material. Su capacidad inventiva, su genialidad científica no tienen límite. La formación universitaria, la investigación intelectual, no van a la zaga del progreso tecnológico. Sus millonarios nacen voraces pero mueren filántropos. Sus hijos perecen en playas extranjeras por un ideal de vida libre. A pesar de su tendencia a la hegemonía económica, los EE.UU. no son únicamente un bosque de rascacielos y de fábricas: detrás del estruendo de sus máquinas sube un aliento cósmico, un despertar de fuerzas espirituales cuya potencia desconocemos todavía.

La otra enfermedad crónica del sudamericano es el idealismo etéreo, vago, indefinido, el ansia romántica de conquistar mundos inexpresables con el menor esfuerzo posible.

Los mismos detractores del utilitarismo nórdico admiten que sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu; que sin seguridad económica no hay libertad de creación; que la cultura misma es flor de lujo, cima de civilizaciones. Sin embargo, cerrando los ojos a la miseria circundante, se afirma que el hemisferio meridional es la patria natural del espíritu, un baluarte inmovible contra la expansión materialista. Se piensa que la herencia latina y el patrimonio hispano nos hicieron desinteresados, indiferentes al vivir de holgura. Amamos lo imposible y poco importa lo necesario. El americano del centro o del sur sacrifica el bien pasar a la quimérica grandeza. Ese culto a la proeza ideal, químicamente pura, que casi siempre desemboca en metas de ocio, ha enervado el alma continental. Despreciamos, ingenuamente, al europeo y al norteamericano porque nos sentimos enviados del espíritu y creemos que el espíritu basta; por sí solo, para resolver la ordenación del mundo material. Doble herencia perniciosa aun dentro de su riqueza moral: la hidalguía castellana y el estetismo galo, impidiendo el aprendizaje de la sana varonía.

Ese idealismo etéreo hijo de la pereza y del orgullo mal entendido, nos ha hecho olvidar que nuestros pueblos viven desprovistos de lo elemental. Las naciones son apenas remedos de naciones. El campo y la aldea viven en plena colonia: doscientos años de retraso. Por las ciudades el culto romántico, apasionado al caudillo local, hace caer en descuido las reales urgencias colectivas. ¿Mas de qué sirve tanta ufanía de alma, si no sabemos transmutarla en energía creadora?

El odio al yanqui, basado en la envidia o en el sentimiento de inferioridad, será siempre infecundo. La exaltación orgullosa de la pura espiritualidad también.

Debemos ser obreros del ideal, poetas de la acción.

La mejor manera de emular con el norteamericano será combatirlo en su propio campo: haciéndonos buenos comerciantes. Si todas las naciones de la América no sajona se unen y ponen precio a sus materias exportables, la actual economía de absorción se convertirá en economía de participación, con iguales beneficios para el norte y para el sur. Que bajen capitales y técnicos a fecundar la América mestiza, pero que vengan en condiciones razonables; no a explotar, no a exprimir a los hermanos débiles, sino a compartir riqueza y bienestar. La actitud del sur frente al norte puede persistir en la crítica: es natural. Pero más útil que una posición de rechazo será imitar y procurar superar al norteamericano en sus modalidades positivas.

Tocante al espíritu, será siempre la suprema finalidad del hombre. Merecen loa los estudios ennoblecedores, los encendimientos de la imaginación cuando tienen finalidad prudente proporcionada al natural discurrir. No se discute la primacía del sano ideal, del filosofar medurado, del ansia estética en las almas jóvenes. Pero el peligro en las disciplinas de la inteligencia consiste justamente en ese idealismo gaseoso, que se desvanece antes de tocar el horizonte. A la gente moza hay que darle verdades fuertes y sencillas: medido el vino generoso del saber para que no alborote la cabeza anhelosa de revelaciones. Y al pueblo, para que pueda pensar rectamente, hay que enseñarle primero el buen vivir por obra del templado hacer, porque mitad hará el Estado y mitad el propio individuo en el camino de su redención.

En otras palabras: ni solamente Ford, obsesión de muchos, ni solamente la fantasía desbrida regalo para pocos. ¿Cómo podríamos ser criaturas de nuestro tiempo, si no aprendemos a movernos con mesura entre las dos tensiones opuestas de idealidad y realidad?

Necesitamos hombres que miren a las nubes pero que pisen en el suelo; los constructores de su propio destino. El idealista-práctico aunque suene a paradoja, que hace de sus sueños una edificación exterior, y de sus andanzas materiales un riesgo espiritual. El tipo del hacedor de patria, consciente por todo cuanto realiza. ¿No ha dicho el aquitense que el hombre es un equilibrio sacramental entre espíritu y materia? Pues a organizar la materia y sofrenar el espíritu. Ni energía pura ni descabalado sueño; la visión lúcida de una severa realidad que exija a los mejores el mayor rendimiento en el esfuerzo, y el celo más extremo en el propósito.

Porque es época de fatiga la nuestra, y el mucho meditar es deserción. La antigua lucha en torno a la responsabilidad del hombre por sus acciones es hoy de un agonismo trágico: sólo es digno de llamarse varón libre el que supo ganar y defender por sí mismo esa libertad. Y confundido en el destino general de la comunidad que lo contiene.

Y a quienes duden de la posibilidad de redimir muchedumbres en estas naciones pobres y atrasadas, digámosles con el apóstrofe vibrante de Martí:

—"¡Levanten el hombro los que lo tengan cobarde! Con treinta hombres se puede hacer un país!"

HOMBRE Y ESCRITOR EN LA SOCIEDAD ACTUAL

¿Cuál es la posición del hombre en la sociedad actual? Y sobre todo ¿qué función corresponde al escritor?

Ser hombre es tomar un compromiso. Ser escritor doble responsabilidad, porque el varón de pluma responde por lo que dice y por cuanto induce a realizar a los demás. Hay pues una ética del buen pensar como existe una moral de la acción recta. Comprometidos vivimos: con Dios, con la Verdad, con la Patria, con la Familia, con todo lo que nos rodea. ¿Qué sería del hombre sin su circunstancia biológica y su mundo circundante? Menguado el que se siente altanero o indiferente a la vida general que lo circunda; ese ni pertenece a la grey cristiana ni es digno del tiempo complicado en que habita.

La participación del escritor en el destino de su comunidad, no es tema de hoy. La admite Platón cuando habla de "obedecer lo que quiere la República". La reconoce Vives al recordar:

"Nosotros los mentores, hemos de aplicar celo y desvelo al pueblo, porque ésta es la finalidad de nuestros estudios". Sin que ello suponga la obligada militancia partidista, nuestro tiempo pide al escritor que asuma posición definida. Pertenecemos a una época, somos influidos por ella. Un principio de moral social nos obliga a intervenir en el riesgo colectivo.

Alegarán el artista o el aristócrata que no hay afinamiento del espíritu sin soledad reconcentrada, porque alejada se purifica el alma y en multitud se debilita y adelgaza. ¿Pero es que no hemos aprendido la lección del griego genial? Esquilo, primer dramaturgo del tiempo heroico, pone el resplandor de setenta tragedias debajo de su escudo de soldado en Maratón. Primero fué cumplir con Grecia, después oír a la musa creadora. Y esa es la enseñanza excelsa que rige para siempre: antes el riesgo de varón que la grandeza del artista.

Sorprende escuchar el consejo cauto de los medrosos y calculadores, que todo quieren ver, medir con vara de objetividad. Arde el mundo de candentes problemas, dándose vuelta total las naciones, se alteran leyes y costumbres, y hay quienes por temor a comprometerse alegan conveniencia de permanecer neutrales. Frío el sentir, imparcial el juicio, medido el actuar, no se dan a causa alguna, sino que se distancian, se retiran, para evitar quebrantos. No comprenden que el plasmador del mundo no es el sereno contemplador, sino el entusiasta-apasionado; porque sólo éste es el modelador primario de los hechos. Olvidan que el orbe apolíneo mismo, esa Grecia inmortal, espiritual, luz de luces en la noche de la historia, no es producto de la augusta serenidad, de la olímpica armonía forjada por sus poetas; es más bien la época más tempestuosa y trágica de la humanidad, cuyo espíritu ardiente, arrebatado, se proyecta en la epopeya y en el drama. La "panrítica" de que habla Gregor, esa sensibilidad rítmica que comprendía toda manifestación de vida, y que se traduce lo mismo en la gracia armoniosa de la estatuaria o de la pintura de vasos que en la suprema dignidad de porte y movimientos, es sólo el velo formal que esconde el torbellino interior de las pasiones. Detrás de la obra bella, está siempre la fuerza que la crea. Debajo del pecho del sabio, del señor o del guerrero, alienta el tumulto del hombre, varón de peligros y aventuras. El arte es sólo el contra-juego apolíneo para emboscar el juego violento, dionisiaco de la vida. Porque todo en Grecia nace de la acción tensa, de la pasión intensa.

Por eso Aristóteles, cuando quiere definir la más alta entrega a un ideal como prueba de un amor propio enaltecido, dice con certera expresión: "Quien se sienta impregnado de la propia estimación preferirá vivir brevemente en el más alto goce, que una larga existencia en indolente reposo; preferirá vivir un año sólo por un fin noble, que una larga vida por nada; preferirá cumplir una sola acción grande y magnífica, a una serie de pequeñeces insignificantes".

La gloria perdurable exige riesgo permanente.

Y en su más alto sentido, hombría es una entrega de amor, de servidumbre desinteresada. Santo, héroe, sabio, político, escritor, artista, todos trabajan para la comunidad, sin otra recompensa que la dulce satisfacción del deber cumplido y aceptado.

Hay que prevenirse contra la fauna de los indiferentes y los independientes, hombres sin compromiso que viven al margen de su tiempo y de su pueblo, en egoísta disfrute de una vida regalada.

Quien se precie de hombre, que lo demuestre. Quien se sienta escritor, a enaltecer su oficio. Comprometido vivirá el justo, con su conciencia y con el mundo que habita. Porque nada es mejor, en tiempo de borrasca como el nuestro, que el buen navegante que vigila y afronta su tormenta.

REVOLUCIÓN DE LA RESPONSABILIDAD

¿Lo más necesario en América? Una general revolución de la responsabilidad. Una muda de almas, un perfeccionamiento en la conducta. Se ha de partir del hombre para regenerar naciones. "Thunupas" o "Makuris": no hay término medio. Pero nada práctico se obtendrá, si al propósito moralizador no sigue una radical evolución en política y economía.

Los dos grandes temas de la insurgencia sudamericana son: el dominio de la economía nacional y la reforma agraria.

Brotarán por la sagacidad de gobiernos democráticos o en el desborde de alzamientos populares. Pero vendrán, están viniendo ya. Será inútil imputarles afanes comunizantes o totalitarios; estos grandes movimientos colectivos nacidos de la necesidad, justificados por la biología social, son anticipaciones de una próxima realidad que Toynbee previene con notable perspicacia: "Es probable que en el futuro se organicen países que sean nacionalistas y socialistas al mismo tiempo".

La concentración de la riqueza por la empresa privada y el latifundio son las dos llagas del continente. A ellas se debe, en gran parte, el retraso y la miseria de nuestros pueblos. Es pues explicable que las multitudes sudamericanas levanten bandera de insurrección para nacionalizar las fuentes productoras, y para una redistribución agraria con el lema justo: la tierra debe ser del que la trabaja.

El despertar de la aldea y de los campos nos hará fuertes. Una racional explotación de las riquezas naturales en beneficio de la comunidad, levantará los bajos niveles actuales de vida. Hay que hacer del campesino y del obrero buenos propietarios, mejores ciudadanos; sólo así podremos llamarnos colectividades de hombres libres y responsables. A corto andar, todas las naciones de Centro y Sudamérica desembocarán a lo mismo: dominio de sus economías nacionales, desconcentración agraria. Más hondo no habrían visto Manúes ni Solones, porque todo legislador antiguo partió de la necesidad del hombre y de las posibilidades del suelo. En la era del avión y del átomo ¿podría admitirse la hipertrofia de poder, la excesiva acumulación de riqueza y de saber en pocas manos? Absolutamente no. Por la revolución política o por la reforma jurídica y tributaria, las naciones comienzan una nueva distribución de la riqueza dentro de un otro espíritu de equidad y justicia social.

Lejos del fatalismo oriental, a veces la duda nos asalta. ¿No estaremos pagando por un "karma" remoto, el exceso de abundancia y de poder que disfrutaron nuestros antepasados? ¿Cómo admitir que tan pocos hubieran usufructuado de tanto a costa de la desgracia de muchos? En América Meridional ni la Colonia ni la República fueron previsoras: aplastaron al hombre, para imponer al personaje. El Imperium español, que al decir de Keyserling fue en conjunto un reino de opresión, trasplantó la idea y el sistema feudales a un mundo virgen. Hubo pues un feudalismo colonial como subsiste el semi-feudo republicano en lo territorial y en lo económico. El despojo de la tierra y la plutocracia extorsiva, son las raíces funestas de la Conquista que debemos extirpar. De ambas nació el concepto de la llamada "democracia representativa" (representativa del privilegio y del poderío sociales), invento anglo-sajón que en la América mestiza se convierte en dócil instrumento de las minorías dominantes. Ahora se pide democracias integrales, democracias responsables, democracias de verdad, que gobiernen en función de las mayorías y no sólo para los ciudadanos más favorecidos.

El futuro continental descansa en la liberación del hombre americano y en su armonioso desarrollo con ayuda de la técnica moderna.

Pero al hombre ¿habrá que darle solamente esa seguridad económica que pregonan los teóricos marxistas? No: hay que darle simultáneamente sustento digno y educación elemental. Enseñarle a pensar y a bien obrar, que es tan importante como el material bienestar. América pide que se rompan todos los monopolios del saber y del poder; tarde o temprano, sus pueblos irán, inevitablemente, a las nuevas formas políticas de nuestro tiempo: dominio de las economías nacionales, reforma agraria, nacionalización de las fuentes productoras, desconcentrar la riqueza excesiva por el impuesto, leyes sociales en favor del trabajador y del empleado. Nuestros premiosos problemas de población y producción, exigen soluciones inmediatas; la evolución jurídica, cambiando los códigos arcaicos, debe ir al par de la ordenación económica. El voto universal y la reforma de la enseñanza, son tan necesarios como la asistencia técnica y los servicios de previsión social. En muchas regiones del continente alfabetizar será el mejor programa político. Sólo así, cuando las multitudes sudamericanas tengan seguridad económica y perfecta conciencia de su condición civil, podremos hablar de comunidades de hombres libres, de auténticas democracias fundadas en el trabajo común y en el general beneficio de sus integrantes.

Esta es la revolución de la responsabilidad que pide el hemisferio: igualdad en los derechos, igualdad en los deberes, igualdad de oportunidad para todos. Justicia económica,

equilibrio social. La mejor política, el negocio que produce más altos dividendos, es siempre gobernar para las grandes mayorías. Y sobre todo una "metanoia", una transformación desde el espíritu, para que los cambios sociales vengan respaldados por la disciplina interior.

Sólo hay un dilema para el americano de hoy: o estamos con el pueblo o estamos con el privilegio.

Porque "democracia" no es sólo una norma; es también una conducta. Patria no se ha de entender como el monopolio en favor de algunos, sino por el bienestar para todos. Y éste es el tipo de humanismo que devolvemos a Europa y Norteamérica: el humanismo de la necesidad, que vale por la más bella flor de cultura.

Amar — ha dicho el Cristo — es compartir y renunciar. Y gobernar en este mundo nuevo de naciones jóvenes, en la lengua eterna de la verdad, de la morar, será siempre ordenar y saber distribuir.

INDEPENDENCIA INTELECTUAL DE LOS SUD Y CENTROAMERICANOS

Durante la primera mitad del siglo XIX, nuestros pueblos ganaron libertad política. La económica apenas está comenzando. ¿Y por qué olvidar la independencia espiritual, en este general despertar del alma americana?

El coloniaje a la cultura debe terminar. Comencemos a caminar con nuestras propias piernas y a pensar con nuestras naturales ideas.

Se dirá que la cultura es ecuménica, que el poder de universalidad es su rasgo mayor: ciertamente. Tampoco será lícito negar lo mucho debido a España y al humanismo occidental; lengua, religión, sabiduría de allí vinieron. Pero todo eso es herencia reconocida y absorbida. ¿Qué hijo transcurre la vida entera a la sombra del alero paterno? El sentido universal de la cultura se comprende en el alto plano humanístico; hay un saber ecuménico, integrador, que abarca y liga todo en admirable arquitectura. Es el "saber culto" del humanista, del erudito, del investigador especializado. Mas a estos pueblos vírgenes de esquemas mentales ¿de qué conocimiento universal hablarles, si aun ignoran su propia realidad geográfica? Aquí, como otras veces, Goethe dictará la norma propicia: "El mejor modo de llegar a lo general, consiste en partir de lo particular". Para una comprensión orgánica, ordenada, del proceso cultural, habrá que partir siempre de la comarca original, de la región, de la nación; después vendrán las jerarquías continentales y el orden cósmico que todo lo unimisma y clarifica. Es el estilo nacional el que permite a un pueblo incorporarse a la cultura universal. Y si vamos a ser más precisos, diremos que en Sudamérica la cultura es sólo una aspiración del espíritu, un refugio de pocos; por eso se hace urgente difundir la educación de tipo elemental.

Existe una como interior necesidad de proclamar la independencia intelectual de los sudamericanos. La servil imitación a España, Francia y el mundo anglosajón, ha malogrado nuestras mejores tentativas creadoras.

Sin desconocer la influencia occidental, podemos anunciar el advenimiento de una cultura típicamente americana —americana del Centro y del Sur — capaz de aportar nuevas estructuras ideales en lo filosófico, jurídico y literario, o en el conjunto de los productos y procesos humanos. Aquí el hombre no será para el Estado, sino que el Estado estará en vigilia permanente por el hombre. A la declinación de los viejos valores culturales, responderemos con un nuevo sentimiento de seguridad y de medida: organizar el mundo partiendo de nosotros mismos. La creencia, la confianza, base de toda cultura, volverán a florecer en las muchedumbres. Y en ésta época de capitales acumulados y máquinas multiplicadas, de producción en masa y trabajo especializado, demostraremos una vez más que el hombre es su propia estrella por encima de dogmas y abstracciones envejecidos por el uso.

En Estados Unidos nadie habla de literatura anglo-norteamericana; tampoco en el Brasil se refieren a la literatura luso-brasilera. Dicen sencillamente "literatura norteamericana" y "literatura brasilera". Porque no se sienten tributarias de sus núcleos lingüísticos —inglés o

portugués — sino civilizaciones de conformación original que provienen de una fuente-madre pero van a desembocar a estuarios diferentes. Hablemos pues de la naciente "literatura sudamericana" o de un modo de vida "centroamericano", y desechemos aquello de "hispanoamericanismo" que suena a vasallaje y minoridad intelectual. Hijos de la libertad, nietos de la justicia, los americanos de hoy pedimos reglas peculiares para ordenar nuestro mundo todavía en confusión. Emancipados anduvimos desde 1810 y no hay razón para aceptar tuteladas lógicas o estéticas. Existe una oposición irreductible entre la España conquistadora, opresiva y del privilegio; y la América libertadora, redimida, en pos de oportunidad para sus pueblos jóvenes. La idea de la hispanidad embosca un concepto imperialista. Caduca la supremacía política y económica, ese imperialismo se delata ahora en las letras y en las artes. Todo lo que de América sube precedido por el vocablo "hispano", es admisible para los iberos; lo demás no existe. A centro y sudamericanos España los tolera sólo en función de estricta dependencia. ¿No se ha pensado que el "panamericanismo" político es tan humillante para nosotros como el "hispanoamericanismo" intelectual?

Cuando Martí, precursor genial, negaba a Núñez de Arce el título de primer poeta de habla castellana, presentía ya la proximidad del chorotega que arrebataría el cetro lírico a los peninsulares. Y es que Bolívar, Sarmiento, Martí, Hostos, Darío, la Mistral no son tributarios de la cultura ibera, sino ángeles rebeldes que difunden la verdad de un orbe nuevo. No se ha hecho un estudio psicológico y estilístico de los grandes varones de pluma en Sudamérica: se hallarían notables revelaciones. ¿Cuándo habló, por ejemplo, un español con ese acento dolorido, transido de patetismo y musicalidad, con que hablaba José Martí, que parece brotar de la hondura misma del alma? Ese mensaje de novedad, de rebeldía, de acento subjetivo, acaso desordenado de forma porque es ajeno al goticismo castellano, es la respuesta del continente mestizo a la Hispania imperialista. Nuestros clásicos hablan lengua de amor que redime y unifica, frente al habla bélica y violenta, dominadora y divisionista del peninsular.

Existe una antítesis que no ha sido muy analizada. De España baja el concepto del "señor" medieval. El mando feudalista, arbitrario, despótico, abusivo. El mundo se hizo para regalo del mejor dotado; ambición y pendencia son sus armas. Se hace intervenir a la Divinidad en la cosa humana desviando la recta doctrina cristiana en privilegio jurídico. De América surge el concepto fraterno de igualdad: "hermano, hermandad". Porque vida solidaria, aproximación, justicia es lo que buscan indios, mestizos y blancos. El mando no como derecho divino para que los menos exploten a los más, sino designio de paz fecunda fundado en la responsabilidad de los que conviven. Vida armónica, equilibrio de razas y de clases. España es la expansión de la idea individualista en un grado hiperestésico. América la multitud del tiempo nuevo, la democracia social de una fraternidad irrenunciable.

Europa, en lo general, es un saber de dominio. España, en lo particular, la voluntad de combate y de discordia. Nosotros necesitamos una nueva exploración del drama humano a través de experiencias fidedignas; porque no es lícito vivir de oídas y leídas. Por eso en vez de preguntar a Ortega y a Unamuno, de acercarnos al pensamiento galo por medio de Rodó, de aprender historia en Toynbee o estética en Wörringer, debemos reconocernos en el espejo del pensar sudamericano. Leed a Bolívar, Hostos, Bello, Lastarria, Martí, Montalvo, Sarmiento; preguntad a Varona, Ingenieros, Rojas, Vasconcelos, Sanin Cano; conoced a Mariátegui, Tamayo, Uriel García y otros maestros ignorados; interrogad por el paisaje y el hombre americanos a Isaacs, Rivera, Güiraldes, Azuela, Gallegos, Arguedas, Lynch, Sánchez, Latorre; vibrad con Darío, Chocan o, Neruda en poesía. Y estos nombres, tomados al azar, sólo anticipan la rica floración que se siente crecer ya en historia y filosofía, en novela y cuento, en crítica y ensayo, en teatro y en verso, que tienen valiosos representantes en la producción continental. Acaso está próximo el día en que daremos al mundo nuestro mensaje de plenitud creadora: por el dolor a la verdad, superando la norma novecentista: a la verdad por la belleza.

Nada de esto va dicho en desmedro de la grandeza hispana. Pero tenemos el derecho de alegar personería propia, porque Sudamérica no es ya territorio disponible ni en lo geográfico ni en lo literario. Una vez más habrá que invocar el juicio del Maestro: "O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea". Y más allá este otro que es mensaje de fe, mandato de amor, profesión de almas libres y venturosas:

"Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres".

PRIMERO SERVIR A LA VIDA

Hoy desconfiamos del pensador que camina en soledad, como desasido del mundo, en egoísta apartamiento de los demás, cerrado en torre de soberbia y sapiencia petrificada. La púrpura profunda y grave del "himation" heleno, que atraía todas las miradas, ya no deslumbra a la multitud del tiempo nuevo; porque no es el ropaje el que hace al hombre sino el hombre el que da razón de su apariencia. Buscamos al que sueña y obra confundido en el torrente social; el vivificador que se entrega sin regateo a su tarea, deseoso de compartir con los demás ciencia y experiencia. Varones de entereza y ejemplaridad, caudillos morales, los que unen acción y pensamiento porque pensamiento y acción hacen un hombre.

Buscamos "Thunupas", espíritus con vocación de heroísmo civil y voluntad de descubrimiento, despojados de toda exterior codicia, porque no hay misión más alta para el varón de riesgos que servir por el honor de servir, o caer por una causa a la que nada se pidió.

Las naciones del Centro y del Sur de América van despertando. Sus muchedumbres quieren levantar los niveles de vida y adquirir conocimientos primordiales. Todos piden ganar más, comer mejor, vestir bien; que se les dé acceso a todas las fuentes del poder político, de la oportunidad económica, del saber técnico y humanístico. Es la quiebra del monopolio, la liquidación del privilegio. Es la era del hombre del pueblo de que hablara el norteamericano sagaz. Pero ese cambio general no debe realizarse por los caminos del odio y la violencia; vendrá por una transformación dura más ordenada, por la revolución responsable, por el humanismo dinámico y social de nuestra época; por la acción vigilante de conductores intrépidos que sepan frenar el exceso de los de arriba y la impaciencia de los de abajo, para que la nueva sociedad americana surja sobre bases de igualdad jurídica, democracia económica y horizonte espiritual para todos.

Esta lección responsable de conducta humana, es la respuesta del "Thunupa" andino al "Ariel" afrancesado.

Así habló el hombre nuevo de América, en novedad de espíritu y no en vejez de letra como manda Pablo, para satisfacer el continuo anhelar de las criaturas.

Primero servir a la Vida. Después buscar a la Belleza.

"SARIRI"; UN MENSAJE DEL TIEMPO NUEVO

Y sucedió que a la hora nocturna, un hombre se puso a caminar por el áspero altiplano.

Y el rumor de sus pasos despertaba los corazones y cosía los pueblos como un hilo de fuego. Y hubo uno que lo siguió, y otro, y otro... Y fué engrosando la caravana con gentes que acudían de todas partes. Y cuando fueron muchedumbre se hicieron tantos que no los contenía número. Y salían de la montaña, cruzaban las quiebras y los ríos, y vencían la planicie. Y su andar era lento, fatigado, como un desfile procesional que cargara todo el dolor del mundo. Y uno rompió el silencio de la multitud en marcha:

—¡Oh caminante! —preguntó —¿Dónde nos llevas?

Pero el caminante no contestó; y siguió conduciendo a sus gentes por las montañas poderosas y la yerma planicie. Y unos caían, otros desertaban, pero el enjambre seguía engrosando porque eran muchos los andariegos. Desfallecían de cansancio, vacilaban de miedo; soplabá un viento de hastío en sus almas y otro de quebranto por sus cuerpos; mas una fuerza misteriosa los empujaba y sólo débiles y medrosos quedaban rezagados. Y era un caminar inexorable sin que nadie supiera el móvil ni la meta. Y otro volvió a quebrar el mutismo de la multitud en marcha:

—¡Oh caminante! —interrogó— ¿Cuándo llegaremos?

Pero el caminante no contestó. Y siguieron adelante por camino más duro y riesgoso. Hambre y sed los acosaban; muchos sangrando al contacto con la maleza espinosa; otros doblados para evitar la cuchillada del viento. Tan difícil se fué haciendo la marcha que los hombres iban quedando extenuados en el altiplano. Y la muchedumbre fué reduciendo su grosura de río hasta convertirse en vena de manantial. Y otra vez, como al principio, era sólo un pequeño grupo el que seguía al caminante. Y cuando en el Este lejano una débil claridad rayó las tinieblas, vieron que un cerro elevadísimo les cerraba el paso.

—¡Oh caminante! — dijo un cuitado — Por fin llegamos.

Entonces "Sariri" contestó:

—Aun no llegamos. Falta escalar esta eminencia.

Y entre el llanto de unos y la maldición de otros, comenzaron a subir la terrible montaña. Fué un ascenso agobiador: molidos los cuerpos, disolviéndose las almas. Y cuando "Sariri" puso la planta vacilante en la cima, una vasta meseta se abrió ante sus ojos. Y vióse solo, porque los pocos que lo seguían andaban dispersos en el talud de la montaña. Y avanzando por la planicie halló una estatua muy alta que se levantaba en su centro: toda ella de basalto negro, bruñido, resplandeciente al dorado contacto de la aurora. Y representaba un varón vestido con un hábito talar, que tenía sandalias en los pies y una rama de olivo silvestre por báculo; y el mirar hundido en el profundo horizonte como saeta mensajera. Y cuando "Sariri" se acercó a la altísima escultura, leyó en su pedestal, inscritas en rosa transparente, siete letras que decían:

—T — H — U — N — U — P — A".

Y al dar vuelta a la estatua, creyendo hallar la misma inscripción en su parte posterior, vió que las siete letras se habían convertido en otras siete que anunciaban la palabra:

— "A — M — E — R — I — C — A ".

Porque América, en habla simbólica, quiere decir también Thunupa, el reino del amor y la justicia.

Y al tiempo que "Sariri" se dolía por su soledad, los estandartes del sol se desplegaron sobre la meseta. Y comenzó a brotar la gente como río de muchos cauces de todos los puntos del horizonte. Y no eran los agobiados de antes, más otros seres fuertes, gozosos, entusiastas, que se acercaban al monumento en inmensos círculos concéntricos. Y entonaban himnos de gratitud al redentor de la muchedumbre olvidada. Y el caminante oyó que la infinita multitud estallaba en explosión coral:

"Anuncio que los seres naturales se levantan,
anuncio a la triunfante justicia,
anuncio la libertad y la igualdad inflexibles,
anuncio la justificación del orgullo."

Y cuando "Sariri", terminada su misión, sintió que las fuerzas lo abandonaban, porque todo tiene fin aun el hacer del justo, alzó la mirada a la estatua de basalto y sintió que su alma volaba por el aire para incrustarse en ella. Porque todo aquel que cumple un destino "thunúpico", labra la estatua del profeta. Porque Thunupa, en lengua india o en pasión mestiza, es también la aurora que despierta y resucita. Porque siempre está amaneciendo en el corazón del varón recto, y la verdad del que sirve sin aguardar recompensa, es más pura que el resplandor de la belleza.

Y "Sariri" — el buen caminante — es todo aquel que sueña, lucha y padece, para que un día la tierra americana sea sembrada de luz y de alegría.

En el nombre de la dicha futura. Así sea.

A LA SACRA IMAGEN DE LA PATRIA

Así como el poeta se arranca una estrella del pecho y la arroja lejos de sí, para que reaparezca en el misterio de las noches como lumbre de alegría, el soldado acuna su bandera, se envuelve en su tristeza y en sus éxitos, y un día se duerme con ella para siempre bajo el palio celeste de la gloria.

¿Qué secreta fascinación esconden sus pliegues?

No hay pabellón más hermoso ni más doliente que el nuestro. Lo exaltamos con nuestras glorias, lo manchamos con nuestras miserias. Cien veces destrozado, fué cien veces recompuesto. El que subió más alto, pero también el que cayó más hondo. La mitad lleno de luz, la mitad pleno de sombra. Victoria y derrota lo acechan a porfía. El honor lo salva aunque lo ronde la ignominia. Brota de la entraña del ser y flota sobre el mundo. Ha visto tantas cosas y sucesos tales, que trasunta la filosofía inscrita en el dístico de Ferdusi: "la vida es un sueño que pasa, ni la tristeza ni la dicha quedan".

Primera y última sabiduría de los pueblos. Y es que el trapo bendito no es sólo una armonía de colores como dicta el clásico, sino algo más significante; es fuente de vidas, síntesis de anhelos, espejo de acciones y pasiones. Amasado con el dolor de las generaciones, sublimado por el holocausto de los héroes, no expresa un sentir aislado más el general sentimiento de todos. Se alimenta del pasado, fortifica el presente, es nimbo de grandeza proyectado al porvenir. Si amamos a Bolivia, nuestra madre, si queremos comprenderla, mirémonos en el oriflama ilustre que la resume y la trasciende: es la Sacra Imagen de la Patria. La venturosa, la desdichada al mismo tiempo, porque pocos fueron dignos de alzarse a su trono de loores, y muchos los que lo profanan con mirada de codicia y deshonor.

Bandera tricolor, la bien amada. No la cambiaríamos ni por un pedazo de cielo. Porque es polvo de los huesos que por ella se inmolaron, sangre de nuestra sangre tumultuosa, lucero de los ojos que vendrán. Casa del corazón, morada del sueño. Tiene el poderío de nuestras montañas seculares, la vastedad de los padres ríos, el aire sosegado de los valles, la extática potencia de los llanos y los bosques. Y al tiempo en que se admira su mayestática grandeza, cae sobre el alma la honda pesadumbre del pueblo que la inventó. Porque cuando queremos reconocernos en la hazaña y en el drama de la comunidad que nos contiene, cuando buscamos la faz colectiva, una voz secreta cuenta la peripecia de nuestro destino nacional.

Ese lugar que el indio habita, hermético y huraño, separado de todos, porque nadie lo comprende ni lo ayuda, envuelto en la doble coraza de su silencio y su tarea agraria. Ese lugar donde fermenta el vuelo creador de los mestizos —pena en el huayño, fiesta en la cueca — también aislados en la tempestad de su rebeldía y su violencia henchida de precipitados anhelares. Ese lugar que señorea el blanco, frío, cerebral, solitario a su vez de su propio egoísmo, rara vez cerca del Cristo, casi siempre en las lindes del Maligno, porque no siente, cuenta, y solo cuenta para sí. Ese lugar del estudiante pobre y del maestro mísero que aspiran a la virtud del esenio y sólo encuentran el acoso de la exigencia social. Ese lugar donde el obrero se desgasta y se envicia, sin compensación de posibles mejorías. Ese lugar recogido del artesano, que hace cantar la vida entre sus manos. Ese lugar sereno del empleado, ennoblecido por la fidelidad del esfuerzo siempre repetido. Ese lugar oscuro donde el sol no alcanza, ese camino hacia la muerte que acorta la existencia del minero. Ese lugar que pueblan el cavilar del intelectual y el padecer del artista. Ese lugar austero del sacerdote, del juez, de la autoridad civil o militar, no siempre honrados con el debido decoro. Ese lugar laborioso del profesional y del técnico, tan corto de usufructo, tan larga de perfección. Ese lugar de pasiva grandeza donde sólo deberían existir la suprema abnegación y la ciega obediencia: las armas. Ese lugar de gentes angustiadas que piden pan, escuelas, caminos, hospitales. Ese lugar pequeño, terroso, retrasado, de casuchas viejísimas y espíritus perezosos como si el tiempo se hubiera detenido, que es sólo un lugar entre miles de lugares bolivianos. Ese lugar hosco, silencioso, abandonado, donde se vive a brazo partido con el clima hostil y la falta de recursos: la frontera. Ese lugar de campos vacíos y cosechas perdidas por- que no llegaron los beneficios de la ciencia y de la técnica. Ese lugar que junta la pureza del infante con la fatiga del anciano. Ese lugar que es clave de quietud para el campesino y acicate sonriente para el nómada. Ese lugar que los sublima a todos porque lo sella la bondad, el lugar de la madre, la esposa, la hija, la novia, la hermana, la abuela. Ese lugar crecido de tu amigo y ese

lugar menguante de los enemigos. Ese lugar de mil nombres que acaso no tiene ninguno. Ese lugar que es la suma de lugares, así como el coro es la suma de las voces que lo integran, jeso es verdaderamente la Patria, en la tensa complejidad de sus variables armonías!

Quién no ha visto asomar por los pliegues de su bandera el rostro múltiple y difícil, la imagen encantada, hermosa y triste a un tiempo mismo de la vida general que lo rodea, ese ni tiene patria ni es digno de bandera.

Porque patria es el dolor de comprender. Y el pabellón nacional el símbolo más puro que agita el sentimiento de los hombres; lo que guarda el corazón como guarda la madera el leño: dar y darse, consumirse. Destino de llama o de centella. Porque patriota es también el que apura el juego de los símbolos hasta su límite final. Y amar la patria es padecerla en los demás.

¿Cuándo nació la insignia memorable? La enseña de los bolivianos es anterior a la República: nace con el mundo.

Hay que buscar su origen más allá del horizonte histórico, detrás de la Colonia, por encima de los imperios indios, más lejos todavía..." en los tiempos geológicos, allí donde naturaleza y mito cruzan sus espadas. Y es de una tal antigüedad que espanta, y es de una eterna juventud que maravilla.

En la primitividad americana, cuando el poblador aun no había ascendido al sistema social autóctono; antes del quéchua y del inca; antes del kolla y del aimára; tal vez antes de los remotos "antis", primeros moradores de la meseta cuyo rastro perdimos por distante, el andino elevó la mirada estupefacta al cielo y deslumbrado por los colores del arcoiris, donde predominan rojo, amarillo y verde en estupenda hermandad, dijo:

—"Kurmi": deidad del color, la que premia o trae desgracia, la que mata y la que da vida. Arco de luz. Cuerda de belleza.

La tricolor está pues en la naturaleza, en el paisaje, antes que el varón andino la transfiera al reino del mito y la quimera.

Mil o diez mil años después —que en punto a leyenda y poesía no cuentan números — el Kollao toma los tres colores fundamentales y los incorpora a la "wiphala", esa insignia ancestral que los aimáras harán ondear en señal de poderío desde el Chuquiago hasta el Mapocho. Los estandartes del Inca, política y sociológicamente herederos del Kollasuyo, mantienen los tonos dominantes de Quito al Tucumán. Durante la Colonia, cuando el sol de España Oscurece la estirpe india, los tres hechiceros se esfuman y se esconden en el refugio de los corazones: roja es la sangre de los mitayos que se aniquilan por la metrópoli lejana; verde la esperanza de los criollos que se rebelan por vida mejor; y avergonzado de la codicia de los señores, el gualda de la enseña se vuelve pálido, color de luna, y envejece en la fría conducta de los buscadores de plata. La epopeya libertaria rompe el hechizo de ausencia y los tres encantadores regresan al paisaje nativo. Bolívar trae la púrpura en el coraje de los batallones colombianos; Murillo nos lega el halo de oro que nimba su horca inmortal; Sucre abre las puertas al lago verde-mar de una conducta impecable. Y la insignia reaparece aislada en cada uno de sus símbolos cromáticos, o recompuesta en la armoniosa trinidad que los aúna y los exalta. Y es el punzó que fulge en las heridas de los guerrilleros; es el fuego violento de las fogatas de la independencia; es el crepúsculo esmeraldino que talla los torsos atrevidos de las varonas de la Coronilla. Es la montonera india, la fiereza mestiza, el valor de los patriotas acomodados, la santa furia rompedora y creadora de un pueblo que pugna por nacer.

Tan estrecha, tan íntimamente se confunden historia y tricolor, que no se comprende la una sin la otra. Dos que son uno, uno como dos. Buscad en el pasado; la historia entrega tres tonos que lo abarcan todo: sangre, luz, libertad; la bandera devuelve tres contratonos primordiales: vida, pasión, esperanza. Y si se ahonda en la comparanza del hecho con su símbolo, a poco más del vértigo social surge el remanso centelleante del iris, como el relámpago brota del trueno y la tiniebla.

¿Habéis oído los ritmos atrevidos, las extrañas disonancias, los contrastes peligrosos, las hondas armonías que Beethoven agrupó bajo el nombre de "Treinta y tres variaciones sobre un vals de Diabelli"? Hay vuelos de águila y caídas de abismo. Toda la ciencia del dolor humano, todo el fulgor del júbilo que inventa. Lo raro en lo sublime. Lo cándido en lo astuto. Se diría un genio atormentado que narra su vida tempestuosa y prodigiosamente varia. ¿Más quién podría dar la contracifra de las variaciones del alma colectiva? Sólo la música del titán germano puede sugerir el trágico esplendor de esta historia que flamea con ímpetus de bandera desgarrada, de esta bandera desgarrada que se reintegra y fortifica en hálitos de historia.

¡Planta dulce y fuerte, criatura de infortunio y heroísmo! Sus desdichas no maculan su prestigio, sus derrotas no empañan sus victorias. Si Bolivia es el pueblo del destino, el que gana lentamente, duramente, la batalla de los días, su bandera es clave de ese pueblo, no hecho para sosiegos o deliquios, sino para el esfuerzo que eleva y ennoblece. Porque antes de la belleza fué el amor: el amor que se entrega y que redime. Y detrás del cristal de tres colores —huracán de dolor, de llama y vértigo— hay tal lección humana y persistente contenida, que no se comprende la magia de la enseña nacional, si no hubo sumersión profunda en el pueblo bravío que la alumbró y la sustenta.

A ella diremos invocando el saludo triunfal que vibra en los hexámetros de Homero:

—¡Salve Diosa que reinas en las ciudades fulgurantes y domas la muchedumbre heroica de los hombres! De tu dolor hago, mi canto, de tu alegría mi grandeza. Que a tu nombre termine la luctuosa discordia que enardece las almas, porque siempre es mejor la obra que terminan muchos.

Novia desconocida por la que se batieron los tatarabuelos. La que amaron Arze y Muñecas, Warnes y Mercado, Camargo y Betanzos; sólo uno de los Lanza llega a conocer su imagen. La que inspiró los versos de Huallparrimachi, el doncel quéchua que puso un rayo de ternura en el trágico sino de los Padilla. La que encendió los sueños de 1809 con su anhelo romántico de libertad. Ardiente con Linares y Campero, esquivaba para Melgarejo y para Daza, es la que abre la ruta de geógrafos y exploradores: Campos, Vaca Diez, Armentia, Palacios. Preside los sueños científicos de Aspiazú, vibra en la lira conmovida de Tamayo, se agita en las cóleras de Gabriel René Moreno. Está en la copla "chapaca", en el rodar del "takirari", en el temblor del "bailecito", en la tristeza del "jarahui". El indio la siente deidad externa: con ella danza. El criollo y el mestizo la llevan dentro: caen por ella. También las cholitas sienten su magia; cuando la vida les trae dificultades o quebrantos, para olvidar desvíos amorosos o displicencias de los "karitos", rezan a la Señora que está en los Cielos y se refugian en la Princesa de Tres Colores.

Si a veces nos mira con pureza de novia, a veces nos contempla con ternura de madre dolorosa. ¡Oh casa de tristeza y de alegría, más amada cuanto más infortunada! Lloro nuestras lágrimas, canta nuestras dichas, es talismán de recuperaciones. Nos devuelve la confianza perdida, el entusiasmo intrépido, la pujanza nacional; porque hay batallas que esperan todavía al perdón andino para entregarle su decisión y sus trofeos.

Y el que se siente morir, lejos del terruño, le envía su último tributo Por labios del poeta: "quisiera prestarme las alas del águila, para volar a tu regazo y entregarte el suspiro final".

Esta es la insignia que rebotó de amargura en Yungay. La que se enluta en el Pacífico, en el Acre, en el Chaco. Se inmortaliza en el Campo de la Alianza, vuelve a desgarrarse en Campo Vía y en El Carmen. La que hollaron los tiranos y los déspotas, la que manchan los traidores y los indiferentes. La Gran Dama de Negro que cubre con su duelo el pesar de los días infaustos. El día que el tratado de 1904 nos arrebató nuestro Mar. Cuando se inicia la Guerra del Sudeste que se llevó cincuenta mil hermanos y un grande territorio. El día que tribunales indignos absuelven las picardías de los hurones del estaño. Cuando faltan bancos en las escuelas pero sobran divisas mal habidas. El día que la pasión política se tiñe con sangre boliviana; matanza de varones ilustres ¿no es lo mismo que matanza de mineros y de obreros? Cuando las plumas se alquilan y un silencio cobarde es consigna de sumisión al poderoso. El día que perdemos a Busch y el día que lapidamos a Villarreal.

Es la que soporta la angustia de las mayorías olvidadas. La que carga el drama del indio irredento y del mestizo incomprendido. Ancla para el anciano, es ala para el joven. Absorbe el ocio y el abuso, sufre ultraje y deshonor, porque son pocos los que honran a su bandera y muchos los que la olvidan y degradan. Y es la que se yergue altiva, desafiante, henchida de furia sagrada, cuando el Hermano del Norte, prevalido de su fuerza material, pretende negociar con el hambre de los bolivianos negando justo precio a sus minerales.

Esta es la insignia que se cubrió de laureles en Yanacocha y Socabaya. La que humilló al rosismo en Iruya, en Humahuaca, en Montenegro. Magnánima en Paucarpata, devuelve los lamos aurorales de Junín y de Ayacucho. Se abrió como la rosa de una herida en la batalla de Pisagua, para cerrar sus pliegues en la inmortal cicatriz que aun canta la defensa de Calama. Sostuvo al corneta Mamani en San Francisco, al soldado Pascual Mérida en Tarapacá, al centinela Paredes en Riosinho, a Méndez Arcos en el sudeste calcinante. Los Colorados del 80 la hacen ondear al viento de la fama, como ese trapo sublime que detiene al guaraní en los campos de Kilómetro Siete. Y es la que el Camba Busch se lleva prendida como un flamín de gloria, cada vez que los corceles del recuerdo nos vuelven el huracán de sus hazañas.

¿Quién fué, en verdad, el creador de la inmortal insignia?

Uno se encargó de fijarla, acaso varios, ciertamente: el pueblo todo. Faro de maravillas, trasunto de almas, es de todos sin pertenecer a nadie. Porque siempre está muriendo un héroe en el seno de esta Patria desventurada, y siempre está naciendo un vigía de esperanza, en este pueblo enardecido por un trágico destino de tensión y de pelea!

Esta emoción augusta. Esta unción de muchedumbres. Esta sacra pasión alucinante. Bolivia se levanta y se extasía en torno a su Bandera.

Día purísimo. Jamás enseña alguna flotó más alta ni armoniosa bajo la cúpula triunfal del cielo andino. Dijérase que un Dios ignoto fijó un azul de gloria y de victoria, para moldear mejor la triple gallardía del rubí, del topacio y la esmeralda.

Habrá oriflomas de mayor arrogancia, pero no tan ricos de calor humano y de ufanía estética. El rojo evoca los ardores de la sangre, río de las vidas. El amarillo la epifanía de la luz, plenitud del mediodía. El verde júbilos de árbol, de bosque, de lago, de esperanza. Un fondo zafíreo sirve de lecho a tan infeliz combinación: lo animal, lo vegetal, lo mineral se transfunden en el goce de una total policromía. La Cordillera eleva sus coros de nieve cuando la divisa nacional esparce sus músicas secretas. Y hasta "Pacha" — la Tierra Madre — se agita en interiores conmociones al ver flamear el pabellón ilustre, porque sabe que los tres colores primordiales de la paleta andina, esperan confundirse un día con el azul radioso del mar remoto pero no perdido...!

Meditad en el arcano de los tres colores esenciales, sacerdotes que guardan la pureza de la fe nacional. Cuando las almas duden; cuando los cuerpos cansados vacilen; cuando unos se vendan por codicia y otros deserten por cobardes; cuando debilidad y desengaño digan: "es inútil", alzad los ojos al pabellón glauco, gualda y escarlata que manda siempre: "¡todo es posible, venceremos!"

Aprended la lección de la insignia tremolante. Es el magno concierto de la Sangre, de la Luz, de la Esperanza. Y sangre, luz y esperanza hacen un pueblo.

Fiesta de la Bandera, fiesta de corazones. Pensemos en el triunfador y en el caído, en el habitante de su suelo y en el exilado, en el poderoso y en el mísero, en el que manda y en el que obedece; todos hermanos de un común destino, aunque la circunstancia los coloque en posiciones antagónicas. Porque el lábaro magnífico lo abarca y lo comprende todo.

Roja es la pasión del kolla. Dorada la canción del quéchua. Verde el esplendor del oriental.

Habría que unir la dulzura de la vicuña, la fiereza del puma y juntarlas con la gracia vertiginosa del guanaco, ese camélido que cruza como un bólido la majestad de nuestros montes, para loar en símbolos nativos a la Amada del Poeta y del Soldado.

Florezca el incendio de las khantutas, vibren los wayños, y al tiempo que broncos tambores indios resuenen por la caja de los valles, fuertes cantares cholos sacudirán llanuras y altiplanos.

En el Día de la Imagen, la Patria se viste de armiño y terciopelo.

Es Ella, la enseña bienamada. Dulce estrella indecisa, fuerte lumbrera de oro alternativamente. Vino de la parte encrespada del bosque de la vida, donde crecen los árboles más altos. Se irá como el lucero matutino o el astro de los vésperos: llevándose un pedazo del corazón cada vez que se aleje de nosotros.

¡Dichoso aquel que merezca partir con ella en la Última Aventura! Será el ungido, el elegido. Porque caer con su bandera es la más alta recompensa que los dioses inventaron para regalo de los hombres.

LA LEYENDA AIMARA

Sólo en las últimas décadas se ha despertado la curiosidad de los investigadores por el pasado americano. Geólogos, cronólogos, arqueólogos levantan lentamente, penosamente, el manto de oscuridad que esconde la visión del tiempo arcaico.

¿Qué sabemos de esas antiguas civilizaciones, de sus fabulosas teogonías, de esos pueblos remotísimas que habitaron Norte, Centro y Sur América, distintos en usos y costumbres, unificados solo por el culto pánico a las fuerzas naturales? Sabemos, en verdad, muy poco. Y aunque cada nación, o por lo menos cada grupo geográfico caracterizado, podría ofrecer campos vírgenes de investigación al estudioso, únicamente México en gran escala y el Perú en menor grado han dado valor de universalidad a la divulgación de las culturas prehistóricas.

Pocos saben que Bolivia, cuyos territorios formaron parte de la Audiencia de Charcas, y que los científicos engloban dentro del Gran Perú (Bajo y Alto-Perú se llamaba en la Colonia a Perú y Bolivia, respectivamente), es en realidad una zona inédita, independiente, en el área de los estudios pre-colombinos, que no debe confundirse con la gran civilización de los Incas o quéchuas.

"Tahuantinsuyo", el imperio de las Cuatro Partes del Mundo, como llamaron poéticamente los indios a la vastísima heredad que destruyó Pizarro, es históricamente un hecho posterior a "Kollasuyo": el imperio más antiguo, la más remota ancestralía de los aimaras o "kollas", que dominaron el Ande siglos o milenios antes que los quéchuas.

El Inca es un personaje histórico del que dieron cuenta los conquistadores hispanos. El Kolla es mitad real, mitad mítico y lejano, porque aunque subsistan los conglomerados raciales en la altiplanicie boliviana, se ignora con certidumbre quiénes fueron sus monarcas y cuáles sus hazañas.

El viajero curioso que visitó el Perú y aprendió que los Incas fueron heliolátricos, porque los quéchuas le dijeron que adoraban al Sol en tiempos primitivos, piensa que lo mismo ocurrirá entre los indios bolivianos. Pero no es así. Si el viajero logra vencer la natural adustez del nativo altiplánico, éste le dirá que no adoraba al Sol, sino a la tierra, madre fecunda; y que antes que los quéchuas impusieran culto al Astro Rey, fué la Montaña el símbolo de fe para el andino.

Antiguos y modernos apuntan ligeramente ese culto religioso a la tierra materna; pero los cronistas coloniales, que malcomprendieron y silenciaron muchas verdades de la América India, y los científicos de hoy que poca importancia conceden a la poesía teogónica de las razas primitivas, no dan trascendencia a las ideas religiosas del indio. Se prefiere el estudio de las ruinas y de los signos escritos, olvidando que muchas veces la tradición oral oculta la clave del pasado.

La leyenda aimára, es decir lo que cuentan los descendientes de los "kollas" o aimáras, primeros pobladores del Ande Boliviano, hay que reconstituirla así:

El indio andino concentró su culto animista en la Montaña, poderosa deidad suprema, cuyo imperio espiritual cundió desde la marea metafísica hasta el linde erizado del sistema político y social.

"¡PACHA!" —decía el antiguo. O sea: la Tierra Madre, él Señor del Mundo, el Tiempo, el Universo. Es el dios más remoto de los "kollas".

¿Y cuál podía ser la encarnación de esa religión telúrica, de ese culto apasionado al terruño? La topografía eminente, el suelo erguido y altanero, el monte próximo o lejano. "Kolla", lo primero o más antiguo, viene de "Kollo", cerro o cosa elevada. Así el habitante trascendía del suelo. Así la comarca vibraba al conjuro vital del poblador. Fuente nutricia de la estética primitiva, la montaña dió sus formas rígidas y plásticas a un mismo tiempo al despertar del alma andina. Arquitectura, dibujo, mitos, cerámica, música, poesía, danza tomaron sus formas nobles y sencillas del severo perfil de los altos cerros. El monte soberbio, inmutable, hizo al andícola hermético y estoico. No podremos comprender los orígenes de la teogonía americana, si no intuimos esa antigua relación sacerdotal entre el medio geográfico y el hombre.

La tierra es lo primero que veneró el andino; y la montaña, expresión potenciada de la tierra, fué su deidad simbólica, el dios secreto grávido de revelaciones. Geólatra y animista, el indio rinde homenaje de sumisión a las fuerzas imponderables de la Cordillera. Hubo pues un orden ascendente en la veneración de los fenómenos cósmicos: antes del Sol, el culto inicial por la Tierra, madre poderosa y benigna que nutre al hombre con su ciencia sempiterna.

Cuando la Tierra quiere manifestarse a sus hijos, eleva el bloque soberbio del monte y lo emplaza ante la mirada estupefacta del poblador; por eso el indio, en tiempos que se hundan por lejanos en la sombra, adoró en la montaña la representación supervalorada del suelo, la fuerza viva del ancestro, la Sacra Madre Tierra que preside su vida, lo arroja al mundo, lo sostiene y lo recoge al fin en sus eternos brazos vigilantes. Y venciendo el peso de los milenios, el dios primero que tuvo culto varonil, el "PACHA" del ancestro, se convierte en la deidad femenina: la "PACHAMAMA", la Madre-Tierra que todavía adora el nativo, que si poco dice al oído grueso del investigador científico, despierta júbilos sonoros en el alma infantil del pueblo indio agrícola y panteísta, hijo del genio comarcano.

La leyenda aimára habla, primero, de una gesta de mares y volcanes. Cada monte, cada nevado, fué adoratorio del antiguo; tiene su fábula y sigue siendo el abuelo protector o "achachila" secular. Así "Illimani" (El Resplandeciente), "Sorata" (El Centelleante) son los neveros primordiales donde nace la teogonía andina. "Mururata" (El Cercenado) y "Sajama" (El Alejado) recuerdan la lucha cosmogónica. Pero el mito más remoto hay que buscarlo en el Ka-Kaa-ka (Hombre-Roca) esa elevadísima pirámide de nieve que se alza al norte de La Paz y que hoy conocemos por "Wayna-Potosí" (El Joven Bramador). El "Ka-Kaa-ka" es la clave de la religión telúrica; quiere decir: "el hombre nace de la piedra, la piedra se hace hombre".

"Titikaka" (Peña del Jaguar), que más tarde —será el Lago Sagrado de los Incas, el lago más alto del mundo compartido hoy por Bolivia y Perú, fué en el pasado santuario totémico de los "kollas". Y dice la tradición que es un mar interior de la era mesozoica aprisionado por las montañas vencedoras. Por el "Titikaka" discurre la leyenda de "Thunupa" — el Cristo Andino — que por predicar virtud y bondad a los primitivos aimáras, fué lapidado y abandonado en una balsa a merced de la corriente.

El creador del mundo que primero se llamó "Pacha", después "Pacha-Kamac", con el transcurso del tiempo se convierte en dios antropomórfico: "Wirakocha", flujo celeste, divinal, y al propio tiempo el sentido de la tierra. "Wirakocha" es el más universal de los dioses aimáras. Hacedor de la Luz, de la Tierra y de los Hombres, refiere la fábula que edificó dos veces el mundo andino. El construyó "Tiwanaku", la ciudad-santuario. Pecaron sus pobladores y "Wirakocha" los castigó destruyendo la urbe megalítica. El segundo "Tiwanaku" se levantó sobre las ruinas del primero: los monolitos gigantescos de asperón son los culpables convertidos en piedra por el dios andino. A "esta leyenda se refiere Elie Faure en su "Historia del Arte" cuando dice textualmente:

"¿No existe acaso una leyenda aimára que muestra al Creador poblando el mundo con estatuas animadas que vienen a civilizarlo? En ninguna otra parte, en ninguna otra cosmogonía, encuéntrase este mito profundo".

Del "Tiwanaku" mítico, nace el "Tiwanaku" histórico, varias veces destruído y reconstruído, del que aun quedan las ruinas imponentes de "Kalasasaya", "Tunca-Punku", "Akhapana" tan visitadas por arqueólogos y turistas.

Los dioses mayores del panteón andino son: "Pacha" y "Wirakocha", creadores del mundo; "Kjuno" — la nieve— el genio maléfico que empasta la tierra y desata el granizo y las tormentas pluviales; "Wayra", el viento, mensajero de los neveros, siempre en disputa con "Pacha-Mama", la tierra madre; "Thunupa", genio del bien; "Wira", el constructor; "Willka", el sol; "Nina", el fuego; y los "Apus" o héroes legendarios que encarnan en las grandes montañas, los Señores Tutelares del paisaje.

¿Cómo entendió el indio americano los fenómenos plutónicos? Dice la tradición que "Wirakocha" aprisionó al Genio del Mal encerrándolo en un profundo abismo y que, para evitar su fuga, cubrió la boca del abismo poniendo encima una enorme montaña. El prisionero se debate sin descanso; y a veces su fuerza maléfica se desborda, parte las cimas, arroja fuego por sus bocas desgarradas, destruye poblaciones. Mas la montaña recurre a sus energías divinas, impone silencio al prisionero y lo reduce nuevamente a la quietud, hasta que la perversión humana justifique otra irrupción del mal.

La leyenda de la papa refiere que "Pachakamac" indicó a la tribu andina de los "Sapallas" -de origen "kolla"- que subieran a la cumbre de un cerro, donde hallarían una semilla misteriosa para reemplazar a la "quinua", las "ocas" y la "cañagua", sus alimentos primitivos. Era tiempo de hambruna, debido a las plagas agrícolas, y los "Sapallas", obedeciendo el mandato del dios, subieron al alto cerro, recogieron la semilla desconocida, la echaron pródigamente en sus tierras, y de este modo nació la papa, el gran tubérculo americano. En esta sencilla narración, reaparece el simbolismo de la montaña como mito protector.

La última Edad Glacial la evoca el indio andino como "Chamak-Pacha" o "edad oscura", cuando no había sol. Es el diluvio, provocado por "Wirakocha", para castigar al primer "Tiwanaku".

El indio está como sumergido en el tiempo mítico: toda la naturaleza es para él cosa viva, vibrante y anhelante. Si la leyenda es en él primero poesía teogónica, cosmogónica, después deviene culto totémico: adoró al "Kúntur" (El Cóndor) portador de la luz y del calor; al "Titi" (El Puma Americano); al Gran Llamo y otros auquénidos. Piedras, vientos, rayos, granizo, relámpago, ríos, lagos son para el andino representaciones fehacientes de la divinidad telúrica. La "Pacha-Mama" (La Madre Tierra) y La "Mama-Kocha" (La Madre Mar) forman otra de las parejas míticas originales.

No hay que confundir este pasado remotísimo, complejo, contradictorio, poblado de seres y deidades hiperbólicos, con el mundo más reciente y sencillo del folklore. El indio fué politeísta, hilozoísta, rico de la más honda sabiduría teogónica y teúrgica; es necesario investigar en profundidad ese pasado para reconstruir su vertiginosa hondura. La leyenda andina es en verdad la leyenda americana.

Los tres grandes haces de luz para estudiar el tiempo mítico en la América de habla hispana, los proyectan los Mayas, los Quéchuas y los Aimáras. Los dos primeros fueron estudiados e interpretados por arqueólogos y hombres de ciencia. Los aimáras, descendientes de los primitivos "Kollas", permanecen todavía en la sombra, se los confunde con los Incas —que históricamente son posteriores—; sus ruinas mayores permanecen bajo tierra; sus mitos, su religión naturalista, sus hazañas guerreras y sus dinastías gobernantes, apenas si sobreviven en la memoria de los nativos y de escasos investigadores especializados en el tema. Por eso dijimos, alguna vez, que "Kollasuyo" es el imperio más antiguo en la América precolombina. Y ahora sostenemos que la leyenda aimára, cuando sea analizada por los hombres de ciencia, y reconstituída y elevada a forma de arte mayor por el genio de un poeta, revelará un mundo inédito.

El indio nace y muere al pie de sus montañas. Se refugia en ellas, busca la soledad de las altas planicies para defenderse de la penetración del blanco y del mestizo. A la caída de la tarde, cuando el sol se aproxima a la raya del horizonte, no es raro verlo encaramado en una cima en muda contemplación. No piensa en el Dios de los cristianos que a veces venera en los templos de la ciudad. Ni en "Inti", el Padre-Sol de los Incas. Piensa en su deidad secular, en los nevados y en los altos montes, los "Apus" del pasado legendario: las montañas.

El telurismo andino persiste en el actual poblador de las "punas" bolivianas. Antes de libar el "pisco" o la "chicha", bebidas con las que acompaña sus fiestas religiosas y civiles, el aimára vierte una porción del líquido sobre la tierra:

—Para la "Pacha-Mama" —dice lacónicamente, si llega a decir algo. Pero el puro acto visual no trasciende el ligamen entre suelo y poblador, ni la relación metafísica de la deidad con su criatura, esa filosofía telúrica, esotérica, que se esconde detrás del simbólico homenaje.

Sin el fondo grandioso y maternal de la Cordillera, matriz proteica del cuerpo y del alma del andícola, no se comprende el pasado americano. Como es la montaña es el montañés. Mirad el paisaje físico: de sus líneas irregulares brota el orden áspero de la gente andina. El perfil tormentoso del contorno, refluye en la onda crinada que mece el alma del aimára. Sólo el Tibet puede ser afín a este paisaje primordial del Ande Boliviano, con sus altísimas cadenas nevadas, su magnitud inmensurable, su soledad crecida, su aura cosmogónica. Por increíble que parezca, el indio es cristiano, heliólatra, geólatra y animista al mismo tiempo.

Hagamos la experiencia final, para comprender por qué los "kollas" o "aimáras" adoraron a los montes.

Un día invernal, cuando el sol luce más fuerte y el cielo es de un azul jubiloso, salgamos de La Paz para iniciar el ascenso del cerro abrupto que conduce al altiplano. Dos horas de marcha eludiendo los senderos habituales, nos llevan al corazón del monte. Al llegar a la ceja donde la mesa altiplánica se corta bruscamente sobre la meseta de "Achokalla" ¿qué vemos? El abismo ceñido por un circo de montañas. Tierra y espacio disputan primacía. Es difícil imaginar este paisaje fantástico; parece que una mano exasperada trazó su arquitectura frenética sacudida por el clamor de los contrastes. Es una visión de grandiosidad aterradora.

Al fondo, en la cordillera, salvando el espacio agorafóbico, recorta su cima altanera el "Illimani", sacro nevero del ancestro.

Emerge la montaña de un cielo de cristales azules, toda ella imagen de la serenidad armoniosa, de la majestad incommovible, de la belleza pura y fuerte. Es, ciertamente, un dios penetrado de fuerza y de hermosura. Una masa titánica que se agita en raptos escultóricos. ¿Quién rige el desorden colérico de la hoya paceña? Lo desmedido en lo perfecto. El "Illimani" es un monte de montes. Su gran masa trapezoidal se eleva como un castillo de virtud, empujado sobre los contrafuertes cordilleranos. Mirado de La Paz, evoca la perfección de la estatuaria helénica; visto de Cohoni, finge la irrupción violenta del bloque miguelangesco, informe y abrupto, a medio construir. Pero estamos viendo al nevado insigne desde el altiplano. Detrás del muro formidable de nieve y de basalto, se adivina la tempestad quebrada de las formas geológicas; viendo al norte, la tempestad también, petrificada y sosegada en un sopor catedralicio. Falda y flancos suben con pasión de mar enfurecido; la cima tricúspide semeja un poema de quietud. Frente al monte solitario y silencioso se sobrecoge el ánimo, bajo ese sentimiento panteísta que el mismo Goethe no podía dominar, cuando al ver una montaña veneranda, lo sorprendían la gravedad inalterable y el silencio de la naturaleza.

He aquí el "Illimani", dios mítico del Ande, en su potente juventud pagana que vió nacer y perecer imperios. De sus flancos nacen las lluvias, se desatan granizos y huracanes, en sus rocas aristadas se rompen los vientos. Encarnación telúrica de un Zeus omnipotente, rige el paisaje con fuerte pesadumbre. Y en el perfil cimero, donde se apiñan las cúspides airoas, la luz ensaya sus pasiones más audaces: nieve, turquesa, ágatas, berilos, amatistas, fulgor roseo, topácico, zafíreo, purpurino. Forma y color maridan tan armónicos, tan viva es la impresión que causa esta escultura palpitante, que en la lumbre crepuscular la presencia illimánica se torna esencia: mira el ojo,

escucha el oído, utiliza el olfato, táctiles devienen los sentidos; y el alma gusta las radiaciones misteriosas del titán distante, ozono de mitos y de vértigos vibrátiles.

Si el alma envejecida y escéptica del blanco sucumbe a la fascinación del espectáculo ¿por qué dudar que el indio inocente de racionalismo, adoró en la montaña la suprema manifestación del cosmos?

La leyenda aimára dice que naturaleza y hombre fueron una sola y misma cosa. En ese lejano pasado, no había divorcio entre paisaje y poblador.

Sólo conociendo el "aimára", la lengua más remota, que según Villamil de Rada explica los orígenes y etimologías de casi todas las lenguas primitivas, es posible aproximarse a la primitividad americana. Hubo un "oriente andino" — afirma el sabio — y más antigua que el sánscrito es la lengua aimára, que viene de "Ayam-Aru", o sea: el que lleva la palabra. "Tiwanku", para él, fué Babel, el centro de dispersión de las razas. Y de sus eruditas y asombrosas disquisiciones filológicas recogidas en "La Lengua de Adán", se desprende que la cultura aimára arranca de oscuras lejanías cosmogónicas.

La leyenda aimára está todavía en trance de descubrimiento. Ni Posnansky, hombre de ciencia, ni Tamayo, poeta y pensador, sistematizaron su estudio. Falta el Hesíodo andino, capaz de recoger en visión sintética y trascendente el hecho magno y elevarlo a la categoría de arte mayor: canto épico o prosa rapsódica que evoquen la majestad del tiempo que se fué.

Acaso un día llegue a demostrarse que el Nuevo Mundo de Colón, es en realidad el mundo más viejo y sapiente. Porque aquí, en el Ande Boliviano, como en las serranías del Perú, o en las selvas del Yucatán, las antiguas teogonías duermen en el granito azul de la fábula.

¡Dichoso aquel que pueda oír y transmitir la voz de los oráculos telúricos!

FORMACIÓN DEL HOMBRE BOLIVIANO

La educación no es un hecho aislado: está condicionada en lo histórico y en lo nacional; responde a una interpretación del mundo y de la vida, es decir a una filosofía. Y éste es el punto de partida para la formación del hombre boliviano.

¿Cuál será la posición filosófica del educador, en este país joven, que recién va despertando a una estructura nacional?

Ni los Estados Unidos ni las Rusias nos darán la solución. Menos la Europa, maestra de saber, donde mudan las fronteras con la misma rapidez que los sistemas político-sociales. Problema y solución pertenecen a un orden propio, de características específicamente bolivianas. El planteamiento racional debe ser, pues, interior: qué somos, hacia dónde vamos. Lo boliviano será el mejor guía del boliviano. Y si anhelamos avanzar a un mundo mejor, comencemos por el conocimiento y el dominio de la propia realidad.

En nuestro medio nacional, todavía en formación, tenemos que optar por una filosofía compuesta: de filiación cristiana, de forma democrática, de contenido nacionalista y revolucionario.

Porque de tres supuestos parte el hombre para afirmar un sistema nacional:

La posición ante el espíritu.
La posición ante el mundo.
La posición ante el propio medio.

La primera se funda en la tradición histórica y cultural de nuestro pueblo. Nos movemos dentro de la órbita del humanismo cristiano, porque lengua y religión ponen la verdad del Cristo por encima de nuestras diferencias étnicas y psíquicas.

La piedad cristiana, que hace al pueblo boliviano valiente en la adversidad y magnánimo en la victoria; el respeto a la dignidad del ser humano; el amor al débil y al caído; el idealismo

romántico y batallador, que subordina las conquistas materiales a los valores del espíritu, son los más nobles atributos del alma nacional. Somos comunidad cristiana de herencia y de conducta. Y éste es el primer rasgo del carácter boliviano.

La segunda proviene de la particular situación que ocupamos dentro del concierto de naciones libres del Continente.

En lo internacional, Bolivia forma parte de la gran comunidad de Naciones Democráticas de América. Aquí lo étnico, lo geográfico, y la necesaria interdependencia económica, configuran un sistema continental al que río podemos sustraernos. Decimos, pues, que somos pueblo democrático, porque éste es el sistema general de vida política adoptado por las veintiún naciones americanas. Con todos sus defectos, y aunque muchas veces la realidad no coincida con la teoría, la democracia sigue siendo el menos imperfecto de los sistemas políticos ensayados en la historia de la humanidad. A ella vuelven nuestras muchedumbres después de la borrasca civil y de las dictaduras. El ideal democrático — ya que la norma democrática integral parece imposible — será pues el segundo rasgo del carácter boliviano.

La tercera resulta de la circunstancia política y social que vive el país.

La Revolución Nacional de 1952, que viene operando profundas transformaciones políticas, sociales y económicas en el país, estima que la educación debe ser dinámica y estar al servicio de las grandes mayorías. No será ya el monopolio de una minoría, sino un derecho de todos los bolivianos. De tipo predominantemente técnico, debe responder a las necesidades de la civilización moderna. Tenderá a formar al futuro ciudadano en función productiva, convirtiéndolo en elemento activo y eficiente del proceso de liberación nacional. Para mejorar al hombre —ha dicho el Presidente Paz Estenssoro— hay que mejorar al pueblo. Y este impulso nacionalista y revolucionario, de hondo contenido humano, es el tercer rasgo del carácter nacional.

Definida la posición ante el espíritu, ante el mundo y ante el propio medio, cabe insistir en la síntesis final. El hombre boliviano debe formarse:

En la conducta cristiana.
En la escuela democrática.
En la dinámica nacionalista.

O, en otras palabras: una conjunción armónica de Moral, Libertad y Progreso, para formar ciudadanos rectos, responsables y renovadores.

Lo anterior en cuanto a lo normativo. Pero si se trata de analizar el cuadro de realizaciones prácticas de la pedagogía nacional, el campo ofrece mayor amplitud.

Formar integral mente al hombre boliviano, consiste en buscar el desarrollo armonioso de todas sus potencialidades físicas y anímicas. Para formar personalidades, seres conscientes y responsables, objetivo supremo de toda educación, hay que comenzar por conceder importancia al estudio y perfeccionamiento de lo somático. Hay que partir del hombre elemental, para elevarse al hombre espiritual. El complejo binario cuerpo-alma, exige hoy, por lo menos, la aceptación de seis planos educativos igualmente importantes; en cierto modo inseparables unos de otros:

Educación Física: nutrición, salud.
Educación Moral y Religiosa.
Educación Útil y de Trabajo.
Educación Intelectual.
Educación Política y Ciudadana.
Educación Estética.

Ahora bien: ¿cómo se ha de obtener esa educación integral del boliviano?

Manteniendo estrecha unidad de acción entre la Familia, la Escuela y el Estado, puesto que éstos son los tres ejecutores activos del proceso educacional. Si desde un ángulo de enfoque pedagógico no podemos olvidar la necesaria conexión entre las cuatro áreas fundamentales de una educación armoniosa: la biológica, la ética, la intelectual y sensible, y la social; desde el plano

sociológico tampoco es lícito prescindir de la obligada coordinación entre la enseñanza que se imparte en el hogar, la de tipo escolar, y la influencia del Estado en la formación de buenos ciudadanos. Todos tres — familia, escuela, estado — deben mirar a una sola finalidad: formar al buen boliviano, que a su vez dará lugar a la creación de un tipo nacional homogéneo, bien constituido.

Ni el Estado se subordina al individuo como quería la escuela liberal, ni el individuo es sólo célula del Estado como piden los socialistas. Debe existir un equilibrio adecuado entre Estado y Ciudadano, con deberes y derechos recíprocos. Esa filosofía de libertad y responsabilidad, que concilia la dignidad del ser humano con la moral social, es la que Bolivia necesita para afrontar el duro presente y avanzar a un porvenir mejor. Se trata de formar hombres, en toda la extensión del vocablo; no autómatas. Por eso decimos que un Nacionalismo consciente y operante, de tipo sudamericano, es decir partiendo de la norma cristiana y de la conducta democrática, es el mejor camino para educar a nuestras muchedumbres.

Si en lo filosófico y moral la Escuela Boliviana debe ser una de libertad y responsabilidad, en lo político y social ella debe ser constructiva y reparadora. Por eso se ha dicho, que dado el estado de atraso y de ignorancia de nuestras grandes mayorías, el deber primario de las actuales generaciones consiste en el lema: en vez de educación de castas, educación de masas. O sea, enseñar al boliviano a ser solidario con los bolivianos. De modo que el desarrollo armónico de nuestra gente no termine en el proceso de perfeccionamiento individual, sino que se prolongue hacia una finalidad idealista y útil de superación colectiva. Así el boliviano será hombre de su tiempo.

Del tiempo clásico a nuestra época, la educación no ha cambiado su carácter ético-práctico. El ideal socrático sigue en pie: se trata del hombre y de su perfeccionamiento como punto de partida; de formar ciudadanos varoniles y justos como meta. Hoy, como ayer, educar es despertar el alma a la virtud; formar la voluntad; desarrollar la inteligencia; crear una conciencia ciudadana. Platón quiere hombres completos de cuerpo y de alma: moral y razón, intuición y conocimiento son los instrumentos para ese aprendizaje. De la armonía entre espíritu y carácter surge el hombre verdadero. La virtud es el centro primario de todos los valores, y el ideal cimero de la cultura helénica es el dominio de sí mismo.

Para Bolivia pedimos una cultura juvenil como la griega. Que resalten en el hombre boliviano los valores varoniles de fuerza, valentía, gracia, belleza, rectitud. Que la verdad y la bondad vayan del brazo con la osadía y la constancia. ¿No dijo Aristóteles que la filosofía comienza por el asombro? Pues enseñad al boliviano la curiosidad, el atrevimiento, el afán de conocerlo todo. El amor a la ciencia, creará la voluntad de "superarse. Esto es lo que pide el mundo técnico y dinámico de hoy. A la "kalokagathia" del heleno, el ideal de bondad y belleza, opongamos la norma del tiempo nuevo que concilia el legado cristiano con el humanismo social: virtud y carácter. O sea; libertad responsable para el individuo, solidaridad activa con la tarea común. Sin olvidar que primero es la formación del hombre interior; después estructurar al ser social. Porque el carácter moral de un hombre — como enseña el filósofo — vale más que su doctrina o su autoridad política.

En dos sentidos deben formarse nuestras gentes. Uno interior, de desarrollo de una conciencia moral, que mira a lo eterno en el individuo; otro exterior, que atiende a la temporalidad del ser, que educa el carácter para el trabajo útil, preparando al ciudadano para la sociedad dinámica en que vive.

La moral de la conducta, la depuración de nuestras costumbres, será la piedra fundamental para una edificación nacional. Hay que enseñar al boliviano ciertas nociones primarias: de limpieza, de orden, de puntualidad; de respeto a la palabra empeñada, de veracidad, de perseverancia; de lealtad, de osadía inteligente, de responsabilidad en lo individual y en lo social.

A este hombre moral lo llevaremos al campo biológico, velando por su nutrición, su salud, su buen desarrollo físico. Desarrollaremos luego sus aptitudes intelectuales y sensibles. Formaremos su voluntad en la disciplina de trabajos útiles, y en la aplicación de conocimientos técnicos. Y así, combinando educación con instrucción, lo somático con lo espiritual, llegaremos al concepto integrador objeto de este estudio: hacer del boliviano un hombre virtuoso, sano,

inteligente, enérgico, culto y práctico, capaz de afrontar victoriosamente las múltiples incitaciones de una sociedad cada vez más exigente y complicada.

Como este planteamiento podría ser tachado de excesivamente idealista y teórico, frente a nuestra realidad mayoritaria de pobreza, de retraso y de ignorancia, señalemos dos finalidades distintas a la sana formación del hombre boliviano:

1ª) Una a corto plazo, de inmediata aplicación, que comprende: a) alfabetización de niños y adultos en sentido masivo; b) nociones éticas, preparación física, educación elemental y útil.

2ª) Otra a largo plazo, planeada de acuerdo al futuro desarrollo del país, para que todos los bolivianos puedan tener oportunidad de educarse de acuerdo al planteamiento humanista y científico anteriormente esbozado.

La educación — como expresa Jaeger — participa en la vida y en el crecimiento de la sociedad, así en su destino exterior como en su estructuración interna y en su desarrollo espiritual. La íntima libertad en que trabaja el individuo, está, sin embargo, al servicio de la totalidad.

El único elemento permanente de la historia es el Espíritu. Por eso se ha dicho que la Educación no es posible, sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. Pero aunque éste sea el enunciado metafísico del problema, en un orden práctico, acorde con la realidad actual de nuestro medio social, debemos reconocer que la formación del carácter es el primer imperativo del pueblo boliviano.

Necesitamos una educación de tipo horizontal, masivo, que lleve a todos los bolivianos los beneficios de la buena conducta y del saber. Una educación eminentemente nacional, de forma y contenido, capaz de vertebrar los núcleos sociales hoy dispersos, en torno a un solo ideal de aproximación y resurgimiento. Foro: mar hombres nuevos para la nueva sociedad técnica y dinámica del siglo XX. Y en lo nuestro, en lo íntimamente fidedigno, almas fuertes y orgullosas de haber nacido en este suelo acosado por la geografía y por la historia, donde se hace varonilmente difícil el aprendizaje de la hombría.

La formación integral del hombre boliviano, puede cifrarse en dos palabras: palabras clave que lo dicen y lo abarcan todo:

VERDAD Y VOLUNTAD!

LA MARCHA HACIA EL MAR

El Mar... El Mar... El Mar... ¿Qué trágica fuerza de impulsión lo acerca a nosotros, y qué misterioso frenesí nos devuelve siempre a sus orillas mágicas? No es sólo una obsesión, es algo muy mayor: vocación y pasión de pueblo indómito, que un día conoció la vastedad del vuelo del petrel.

Ahora que del Mapocho sube la trampa internacional, pretendiendo dar "el zarpazo al corazón de Bolivia" según frase feliz de Tamayo, pues no otra cosa significa la utilización de las aguas del Lago Titikaka; ahora y toda vez que se hable de abrirnos salida al Pacífico por angostos y absurdos "callejones", debemos responder con energía: soluciones momentáneas, estrechas, no; Bolivia exige un desenlace integral, decoroso y duradero, que responda a sus necesidades de nación. El planteamiento de las nuevas generaciones frente al "complejo portuario" en que se quemaron nuestros mejores hombres, es uno de altivez y previsión.

Cuando del Mar Irredento se trata, no hay discrepancias. Todos se aprestan iguales sean grandes o pequeños; éstos se agigantan, aquéllos resplandecen. Si la estatura de los pueblos se mide por la intrepidez de los corazones, es lícito afirmar que la nostalgia de músicas marinas unimisma al montañés, al valluno y al llanero. Nunca los bolivianos Son más dignos ni más fuertes, que cuando brilla en sus ojos el anhelo del mar que volverá.

El indio que habita la pétreo Catedral del Ande, suele mirar absorto la cabalgata de las cumbres enhiestas; no sabe que en el trasfondo de su pensamiento rueda el galope de las olas.

del Pacífico lejano. El mestizo que levanta ciudades con su poderosa voluntad, se resiente de sequedad y de hurañía; no sabe que la costa marítima podría devolverle la humedad, la frescura de un matinal insurgir de fuerzas nuevas. El blanco que aguza su inteligencia por subir, por acrecer, se entristece pensando que falta horizonte; no sabe que la líquida llanura daría cabida a todos los ensanchamientos de la imaginación y la voluntad.

Nos despedazamos en la pugna interna. Anárquico, rebelde, el boliviano es enemigo del boliviano. Amamos la lucha varonil y sin descanso. Pero en la hora del peligro, cuando se trata de reintegrar el mar a la montaña, el boliviano es solidario del boliviano. Y así como el océano se forma por una sucesión indivisible de olas que siguen a otras olas, Bolivia en su anhelo de justicia es una marejada indestructible: corazones detrás de corazones. ¡Nunca cejará!

Ella es augusta, intrépida. El esquivo, distante. Se miden, se conocen. A veces suele separarlos el Hado, mas no podrían subsistir sin juntarse nuevamente. Se integran, se unimisman.

Así es Bolivia, la prisionera. Así es el Mar, el que volverá...

Nuestro integrista no es solo jurídico, es total. No es plataforma política, sino consigna permanente de nacionalidad. Pide una restitución justa que nos devuelva todos los atributos de país libre, soberano y progresista. Es la hora de la dignidad. No hay transacción con el usurpador del 79, si no viene por el camino del honor y la justicia.

Hagamos un poco de historia. Antes de las democracias republicanas, más atrás del régimen colonial ¿qué fueron los pueblos de la costa y la montaña en el continente?

La ciencia ha establecido que sólo dos culturas de tipo superior hubo en la América autóctona: la mexicana y la peruana, comprendiendo ésta última también el actual territorio boliviano. Por algo nosotros fuimos Audiencia de Charcas, en tanto que al sur se conformaba el conquistador con una modesta capitanía general. Somos pues históricamente los más antiguos; y en el tiempo ¿qué puede oponer Chile al esplendor del Tiwanaku? Verdad que la historia anda a pasos lerdos en la América Sureña y la prehistoria en pañales, pero la toponimia y la semántica, el testimonio telúrico y el ancestro persisten como testigos inmutables del pasado poderío. Vamos a la prueba.

¿Sabe el chileno que Arica, punto de discordia en el Pacífico, fué nombrado por el andino "Arika" o sea "peñón agudo"? Tarapacá, ese vasto desierto que pretende irrigar con el caudal de nuestros lagos altiplánicos, se llamó antes "Thara-Paka" y significa "lugar de tierra cálida". Podría alegarse que habiendo pertenecido ambas regiones al Gran Perú es natural que posean nombres de raíz aimára o quéchua; pero examinemos lugares situados más abajo del paralelo 25, es decir en zonas que no fueron de la Audiencia de Charcas ni de Bolivia. Aconcagua, una de las más ricas provincias de Chile, viene de la palabra andina "Akon-kagua", es decir "límite blanco", y es la doble huella que dejó el kolla, Señor de la Meseta, para bautizar al nevado argentino y a la provincia chilena. Copiapó, ciudad y departamento de Chile, viene de "Kopa-yapu", palabra aimára que traducimos por "sementera de turquesas". Finalmente Valparaíso, el famoso puerto de Valparaíso, orgullo del país vecino, deriva su nombre de la corrupción fonética de "Wallpa-raisu", que en buena lengua kolla significa "cumbre del guerrero".

Se dirá que son invenciones de poeta; absolutamente no. Consúltese la obra "Etimologías Perú-Bolivianas" del célebre investigador peruano don Juan Durand, publicada en La Paz en 1921, y allí se verá perfectamente documentado cuanto afirmamos. La meseta señoreó en tiempos primitivos la costa y el mar: verdad inconclusa. Y si partimos de esa ancestral genealogía, también la razón geográfica y el antecedente histórico nos dirán que en cierto modo el kolla fué antepasado del chileno, y que Arauco fué si no una rama desprendida al menos un dominio político del Ande secular.

Durante la Colonia el Alto Perú tuvo extenso litoral para servir su comercio de ultramar. Más tarde Bolivia, república democrática, nació con una vasta zona costera y varios puertos marítimos que se tendían desde el Loa hasta el Paposó; esos títulos tres veces refrendados por la tradición, por la colonia y por la emancipación continental, fueron desconocidos en una guerra de despojo por todos conocida.

Basa Chile toda su argumentación para cerrarnos salida al Pacífico en dos hechos: el principio jurídico de la irrevisibilidad de los tratados; y el ser Bolivia firmante del Pacto de 1904 que debe respetar. Pero Bolivia impugnó siempre esa tesis.

Dice Daniel Sánchez Bustamante, pensador, jurista, maestro de la juventud, uno de nuestros sobresalientes hombres públicos, autor de "Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico", síntesis del pensar nacional en el problema:

"El Tratado de 1904 es una solución transitoria, un "modus vivendi". Actos de error, de precipitación o de violencia moral, no pueden justificar nunca las enajenaciones de cosas o derechos inherentes a la existencia de un hombre o de un pueblo. No puede haber pacto válido de pueblo libre cuando enajena la soberanía o declina elementos esenciales para la vida del Estado. Los tratados no son lápidas de muerte puestas para cegar la armonía de las Naciones. Son regulaciones de vida que ceden ante aspectos nuevos, necesidades sagradas o compromisos de mayor fecundidad o solidez. En la concurrencia internacional un pueblo que reclama rehacer su estructura original y exige las condiciones insustituibles de su vida y desarrollo, condiciones que enajenó por error, precipitación o violencia moral; un pueblo que nació dentro de la comunidad americana al amparo del principio del "uti-possidetis" de 1810, con litoral marítimo y que no puede subsistir ni progresar, ni servir a la humanidad sin ese órgano perdido; ese pueblo es titular de un derecho preexistente vivaz y efectivo, y si alguna vez existiera un Super Estado o poder público entre las Naciones, ese derecho se realizaría por la fuerza organizada de la comunidad internacional".

Bautista Saavedra, gran político y publicista, el Mandatario que con mayor brío sostuvo la tesis reivindicacionista en el Pacífico, anota con clarividencia:

"El Tratado de 1904 no fué de paz, como se le tituló, sino de dolorosas amputaciones a un paciente demasiado resignado. Los convenios internacionales no pueden ser inamovibles ni están destinados a cristalizarse en formas rígidas y eternas. Este concepto importaría la negación del proceso evolutivo de los pueblos".

Eduardo Diez de Medina, varias veces Canciller de la República, diplomático, estadista y escritor, autor de notables libros sobre tópicos internacionales, que consagró su vida a la defensa de los derechos bolivianos, agrega:

"Pedir un puerto a Chile porque lo necesitamos, es muy distinto de reclamarlo porque nos asiste el derecho de antiguos poseedores. La tesis boliviana es pues esencialmente jurídica. Radica en el derecho y se sostiene por la justicia. Aunque los gobiernos de Bolivia cumplan lealmente el Tratado de 1904, el sentimiento nacional siempre lo desconocerá porque es lesivo en justicia y desigual en equidad".

Cabe añadir que Bolivia ha planteado varias veces la revisión del Tratado de 1904 y su salida al mar. En Ginebra en 1920, correspondiendo a Franz Tamayo ser uno de los autores de la demanda boliviana. En Washington poco después. Directamente a Chile en 1923, siendo Presidente Saavedra, Canciller Diez de Medina, y Embajador en Santiago Jaimes Freyre. La última vez durante el gobierno Busch; el Canciller Diez de Medina, ante el estupor de la Conferencia Panamericana reunida en Lima, en 1938. planteó formalmente nuestra reintegración marítima como problema continental, previniendo con "la rotura de los diques" si se colmaba la paciencia de la nación enclaustrada.

Inútil decir que demandas y reclamos debían caer en el vacío, porque Chile pesa muy fuerte en el continente y su mayor gravitación nacional impide que Bolivia pueda hacer oír sus derechos. Pero en los cincuenta años transcurridos desde la firma del tratado, jamás dejó Bolivia de pedir la restitución moral, jurídica, que atañe a su presente y futuro de nación.

Analicemos, ahora, la trampa del callejón propuesto. La proposición no es nueva: la formuló Chile más de una vez, y constituye su estrategia favorita para consolidar la usurpación territorial dividiendo a sus víctimas. La faja de 10 kilómetros al norte de Arica para Bolivia, a costa

de verter nuestro potencial lacustre sobre los desiertos costeros ocupados por Chile, es absurda. Política, geográfica y económicamente.

Para Chile utilizar la energía hidroeléctrica de nuestros lagos, representa un plan de industrialización en gran escala; una vasta industria química en las pampas norteñas; electrificación barata para el pueblo; reducción de los costos del salitre; y un gigantesco sistema de regadío en zonas actualmente estériles para incrementar su producción alimenticia.

Veamos la iniciativa desde el ángulo boliviano-peruano.

En lo político. Antes del 79, la frontera peruana llegaba hasta el río Loa. La boliviana se extendía hasta el Paposo. ¿Cómo podríamos servir ingenuamente de cuña propiciatoria a Chile, alejando su frontera del Perú, si tarde o temprano el Perú ha de tender al Loa? Tocante a lo nuestro, no debemos cambiar el huerto propio por un mendrugo. También nosotros debemos mirar al Paposo...

La maniobra del callejón otorgaría a Chile control estratégico y permanente en el Pacífico sur, desviando el litigio jurídico, que ya no se libraría entre Chile y Bolivia sino entre Bolivia y el Perú, cuyos pueblos confrontarían fricciones territoriales y económicas derivadas del famoso corredor. Porque en buena cuenta ¿qué representa el callejón ariqueño para Chile? Un escudo protector para evitar la restitución de lo usurpado. Si el Perú mirase más tarde a Tarapacá, tendría forzosamente que vencer primero la cuña boliviana. Si Bolivia añora su litoral perdido, Chile la empujará a exigir al Perú el ensanche marítimo. Y por un juego astuto de equilibrio basado en la oposición de sus vencidos, los hombres del Mapocho tendrían en jaque a los ex-aliados del Campo de la Alianza, que les servirían de dócil instrumento para afianzar su propia seguridad nacional.

Según la ingeniosa fórmula araucana, Bolivia y el Perú se harían contrapeso recíproco para beneficio de un tercero. De otro lado se pondría así término definitivo a toda demanda jurídica ulterior de los despojados del 79, ya que se crearía un nuevo "status" entre las tres naciones.

Prácticamente, el corredor ariqueño significa para nosotros convertir al rival secular en dos. Y en caso de conflicto chileno-peruano, pasaríamos a ser la víctima obligada.

En lo geográfico. Una faja estrechísima, yerta, despoblada, hostil a todo impulso demográfico, que termina en cuatro rocas peladas y estériles donde levantar un puerto moderno costaría miles de millones ¿qué representa para nosotros? En realidad nada. Seguiría insoluble el problema; sería un presente griego para desgastar inútilmente nuestro potencial económico y humano. El puertecillo para descargar 10 toneladas diarias, inadecuado para erigir una ciudad costera, es un contrasentido geográfico y urbanístico. "Suena a ironía si no fuera agravio. Es la salida marítima de ficción, pero en el hecho por el volumen de nuestras exportaciones y de cuanto importamos, seguiríamos siendo tributarios de Arica, Antofagasta, Mollendo y Matarani.

¿Cuándo comprenderán los chilenos que Bolivia quiere salir por la puerta principal y no por el zaguán del pariente pobre? Renunciar al buen derecho que nos asiste sobre los 300.000 kilómetros cuadrados del perdido litoral, a cambio de un callejón de 10 Kms. de ancho, es simplemente absurdo.

En lo económico. No es creíble que los EE.UU. vayan a invertir miles de millones de dólares sólo para irrigar los desiertos costeros del Pacífico y para que Bolivia obtenga una salida al mar. El tiro es otro. Y se ha visto la trayectoria del proyectil antes de que arribe a su meta. ¿Olvidó la Cancillería chilena las seculares controversias con la Cancillería boliviana, por la tenacidad con que aquella se esfuerza en sostener la desviación de las aguas del Mauri y del Lauca, con perjuicio para zonas de nuestro territorio?

Si eso pasa en lo pequeño, puede calcularse lo que ocurriría en lo mayor. Admitir el condominio chileno sobre el vasto sistema lacustre formado por los lagos Titikaka y Poopó y los salares de Uyuni y de Coipasa, sería un acto de autodesmembración a corto plazo. Ha sido certero el juicio del pensador: "son los diez centavos del salitre en 1879, que se convertirían en la gota de agua de 1950". Primero el despojo de energía, luego la intervención armada reclamando

supuestos derechos jurídicos. ¡He aquí la costosísima limosna que nos viene de la Moneda, envuelta en los algodones de la solidaridad continental!

Tampoco se alcanza a comprender por qué el Perú iba a renunciar al litoral tarapaqueño, ceder a Bolivia una faja en su antiguo litoral ariqueño, y todavía obsequiar a Chile la mitad del potencial hidroeléctrico del Lago Sagrado.

Las aguas del sistema lacustre andino, enorme reservorio natural de energía, deben utilizarse en beneficio exclusivo de Bolivia y del Perú. Se han realizado en ambas naciones importantes estudios para electrificar grandes zonas, acometer proyectos industriales, irrigar tierras áridas y generar energía barata. No podemos enajenar parte de ese formidable potencial de fuerza, sin grave perjuicio para el desarrollo de ambos países. Esas aguas pertenecen a la órbita geográfico-económica del Gran Perú y en ella deben ser utilizadas. ¿Que los desiertos de Tarapacá y de Atacama podrían beneficiarse también con ellas? Muy sencillo: que regresen a sus antiguos dueños y se volverán jardines. El derecho de riego no alcanza al agresor.

El mundo moderno se basa en la convivencia política y en la interdependencia económica, pero ésta última, cuando no existe equilibrio de fuerzas concurrentes ni sanidad de intenciones, se convierte en dependencia del menor hacia el mayor. Económicamente, debemos pues evitar condominios para explotación de nuestras riquezas naturales con vecinos absorbentes y agresivos. Este es el A.B.C. del derecho de propiedad: no abrir la puerta al codicioso para no perder la casa.

En el aspecto jurídico. Un principio de derecho civil sostiene que estelionato es el acto de vender cosa ajena; este delito está penado por todas las legislaciones de América. ¿Cómo se llamaría el atentado en materia internacional? Un verdadero estelionato en gran escala; y esto es lo que Chile propone al pretender vendernos, en precio subidísimo y peligroso, una faja del territorio ariqueño que legítimamente pertenece al Perú.

Lo que los hombres del Mapocho olvidan es que el Tratado de 1904 fué invalidado por ellos mismos, al desconocer los derechos de los adjudicatarios bolivianos sobre las salitreras del Toco, que aquel pacto obligaba a respetar. La mala fe de Chile y su violación del tratado son tan evidentes, que concluyó entregando a la jurisdicción de sus propios y exclusivos tribunales de justicia, la decisión de los derechos bolivianos. Lógicamente, ningún ciudadano boliviano pudo obtener el menor reconocimiento de sus derechos.

Frente al empecinamiento chileno, que se esfuerza por retener lo ajeno, bien vale recordar a Vives, el insigne valenciano: "todo lo que se tomó por la fuerza, reclámalo para siempre el perdidoso y los herederos del perdidoso; litigios y pleitos no tienen fin; y con frecuencia acontece que quien invade lo ajeno, pierde lo propio".

Hay dos conceptos del Derecho en el mundo actual: el que surgió del extinguido militarismo prusiano, y el que nace de la Segunda Guerra Mundial. Es la antítesis de fuerza contra libertad; el derecho de conquista que se opone al derecho de justicia. En la segunda mitad del XIX, Bismarck encarna el primero en Europa; Lincoln el segundo en América. En el siglo XX nuevamente se enfrentarán el despotismo armado de Hitler y Mussolini, contra el idealismo jurídico de Roosevelt y de Churchill. Pero la segunda guerra mundial ha puesto fin a esa errada filosofía jurídica de la fuerza. Ya no hay sitio para los König ni para los tratadistas teutones que sentaron el principio del más fuerte. Esa norma de violencia fué abatida por las democracias en 1945. Ahora solo queda en pie la fuerza del Derecho, la moral internacional, la justa convivencia entre hombres y naciones. Es el derecho natural, inmanente, indeclinable que todas las naciones tienen para ser libres y dichosas. Es también lo que el pensador denomina con recíproco enlace: "el derecho a la vida que en cierto modo es la vida del derecho".

¿Qué puede alegar Chile con su anacrónica arrogancia y su rígido acatamiento a la letra de pactos arrancados por la presión, frente al insurgir del Nuevo Derecho Americano, que respaldan veinte naciones jóvenes? El derecho irrenunciable de un continente para vivir en seguridad y en armonía, terminará echando por tierra las filosofías de opresión y coacción.

Los tratados son irrevisables cuando fueron pactados libremente. Pero cuando se arrancan por la amenaza de los cañones, por el dogal aduanero, por asfixia industrial y comercial,

deben ser revisados y sustituidos hasta volver al justo equilibrio político y moral, porque nunca las cadenas transitorias de la fuerza pudieron impedir el libre ascenso de los pueblos. Y ésta es la tesis boliviana, severa, inamovible: el Tratado de 1904 es nulo de moral y de derecho. Jamás lo aceptará el sentimiento nacional, que no ha de cejar un solo día hasta alcanzar su reintegración marítima.

Otro punto: tendamos siempre la mano amplia al Perú, hermano en infortunio que debe serlo también en prosperidad. Poco importa el Tratado de 1929 que Leguía — dictador — suscribió con Chile persiguiendo el amurallamiento del exaliado del '79. Los errores de los malos gobernantes los rectifica el instinto de los pueblos. Cuando estas naciones jóvenes alcancen la plenitud de su potencial humano y natural, gravitarán con peso decisivo en América. No hemos olvidado a Grau ni al indomable Huáscar; tampoco a Bolognesi el temerario. La raza es una y uno su destino, y nada puede separar a los dos pueblos. Aliados por la naturaleza, aliados por la historia, Bolivia y Perú marcharán pariguales a la búsqueda del porvenir.

Porque un día la sombra sacra del Cóndor Indio, alzando el ala aimára y el ala quéchua desde los campos de Zepita, proyectará su trazo en las arenas de Atacama y de Tarapacá.

En Bolivia no existe odio a Chile. Rechazamos la acusación de insularidad, porque conocemos nuestros deberes solidarios con todas las naciones americanas. Hay dignidad, hay pundonor. La conciencia de nuestro derecho, el sentimiento de la propia valía, nos obligan a decir: ¡nada de callejones! Queremos puerta ancha y franca al mar que debe ser restituido. Pero si Chile regresa al camino de equidad y rectificando setenta años de prepotencia diplomática, nos plantea proposiciones dignas, amplias, que consulten el reintegrismo jurídico y moral que perseguimos, entonces encontrará nobleza y buena voluntad para hallar solución estable al pleito secular.

¿Cuál es el criterio de las nuevas generaciones frente al problema portuario?

Es uno de honradez y de altivez. Basta de gimoteos, de golpear puertas que sólo ofrecen mendrugos, de pedir ayudas que nunca llegarán. Bolivia sólo tiene un camino: prepararse y esperar. Hoy somos los más débiles, mañana seremos los más fuertes. Pero no espera quieta, infecunda, que desmoraliza y aniquila, sino espera activa, dinámica, creadora de su propia superación, donde cada cual se convierta en constructor de la seguridad presente y de la grandeza futura. Propugnamos una altiva firmeza para sostener la revisión del Tratado de 1904 y nuestro derecho irrenunciable a salir por el Pacífico; una serena espera creadora, hasta conseguir mediante el propio fortalecimiento, lo que nos niegan el egoísmo ajeno y la interior debilidad de pueblo en formación.

Bolivia debe crecer por dentro, en forma orgánica y constante, hacerse fuerte en el espíritu y fuerte en su estructura material. Y un día el puerto vendrá a nosotros por gravitación, o nosotros iremos a buscarlo también por gravitación.

El mundo internacional, egoísta y afanado en problemas mayores, sólo escucha al que sabe hacerse oír. Nosotros debemos ser idealistas y realistas al mismo tiempo, reconociendo que la aventura bélica en el Pacífico nos sería adversa ahora y por muchos años. ¿Más qué son los años en la vida de los pueblos? Como los días en la vida de los hombres: nada. A cualquier tribunal que acudamos hoy, Chile acudirá también con mayores recursos e influencias; setenta años de peregrinaje internacional nos han probado que nada puede una pequeña nación contra el peso inexorable del más fuerte. Debemos pues superar primero la minoridad sentimental por la conquista lenta y laboriosa de una plena madurez colectiva, antes de pensar en la justicia de nuestra reintegración marítima. La solución de los grandes problemas es siempre solución interior; pertenece a las almas antes que a las leyes; es resorte de cada ciudadano más que facultad del gobernante. Y sólo alcanzan supremas finalidades los pueblos, cuando la masa nacional, sin distinción de razas ni de clases, se vierte bravía con todas sus potencias creadoras hacia un mismo objetivo de ordenación y resurgimiento. El problema portuario, para nosotros, primero es de régimen interno; luego vendrá la acción internacional. Ni Chile ni América nos darán salida al mar. Depende de nosotros mismos.

Necesitamos crecer orgánicamente, formar un tipo nacional homogéneo, un estado social justo. Necesitamos redimir a nuestras mayorías indias y campesinas, elevar el nivel de las clases medias, forjar una juventud osada y culta. Necesitamos inmigración, capitales, caminos. Una

economía de abundancia y diversificación planeada, que ponga término a la trágica dictadura del estaño. Necesitamos una vasta política de recuperación colectiva, basada en dos ideas fundamentales: educación, higiene. Porque el alfabeto y el maestro, el agua y el jabón, harán más por Bolivia que los políticos fulleros que estaban destruyendo este país.

Pasarán diez, veinte, treinta años... Poco supone. Con ellos pasará también la debilidad presente. Entonces sí — ya fuertes, organizados, con plena capacidad humana y de Nación — podremos hablar a Chile en su mismo lenguaje, recordándole aquello que dice su propio escudo: por la razón o la fuerza.

No hay determinismo geográfico ni fatalidad histórica. El hombre hace la política, modifica la geografía, y cuando sus fuerzas se tensan al límite, somete el destino a sus designios. ¡A organizarse bolivianos! Pasó el tiempo de la diplomacia y la propaganda jeremías. Es la hora de la verdad y del honor, la hora del trabajo entusiasta y sin descanso: seamos los arquitectos de nuestro propio destino.

Si los guardianes del Pacífico se ponen torvos, hay que dar espaldas momentáneas al Pacífico para mirar francamente al Atlántico. Más de un puerto chileno agonizaría por falta de carga. Pasó ya el tiempo en que Ratzel señalaba el mar como única fuente de grandeza nacional. Ahora el aire le disputa primacía. Si el genio del hombre roba tierras al océano, transforma montañas, aprisiona colosales volúmenes de agua ¿por qué no buscar nuevas soluciones técnicas al injusto enclaustramiento? Hoy la voluntad humana y la ciencia lo pueden casi todo. El altiplano boliviano —superior aeropuerto natural— ¿no está pidiendo a gritos una política de aeronavegación en gran escala, que nos libere del portazgo marítimo? Y mirando más lejos: ¿acaso no podríamos hacer volar las cachuelas del Beni, para buscar salida al Atlántico por el Amazonas, allí donde la anchura de las aguas no tiene límite para el ingenio y la técnica del hombre? La imaginación y la energía de los bolivianos sabrán hallar nuevos horizontes.

El problema portuario en la piedra de toque para las nuevas generaciones. Si no somos capaces de hallar otras soluciones, querría decir que hemos agotado nuestras formas vitales de ascenso nacional. Cosa inaceptable. Hablemos pues a nuestra juventud, la victoriosa, con lengua de optimismo y de verdad.

Los jóvenes deben hablar menos y obrar más. Hay que poner en acción fuerzas frescas, intocadas, con esa libre movilidad del alma que siempre halla nuevas soluciones para resolver viejos enigmas. Despertar una voluntad dinámica, urgida de premuras creadoras. Al ansia desapoderada de conocimiento, debe seguir la tensión permanente superadora de conflictos. Hay que conocerse a sí mismo para reconocerse después en la comunidad que nos contiene. Los libros sólo dicen la mitad de la verdad; la otra mitad está en la vida. Y la vida es el hombre mismo, con su grandeza y su miseria, con su infinito poder de creación, destrucción y recuperación. Es el combate, la pugna sempiterna con el mundo y con sus seres. Es la juventud: larva prodigiosa, la eterna vencedora de la duda y del quebranto.

El puerto no debe venir a los bolivianos por el camino de la imploración y la limosna, sino por el camino del honor y del esfuerzo que enardece corazones. ¡Honor a Narciso Campero, el indomable, símbolo de una Patria resurgente, que envuelto en la tricolor ensangrentada sale del Campo de la Alianza, después de la derrota, para organizar un segundo ejército en Oruro y salvar a Bolivia cuando todos la juzgaban perdida!

¿Cuál es nuestro destino de nación? En el festín de los dioses tanto le tocó al país andino, que suscitó la general envidia: cada cual quiso arrebatarle un pedazo de su túnica. No nos quejemos. Es la hora del sufrimiento estoico y de la varonil altivez. Somos desdichados porque fuimos imprevisores; seremos grandes si sabemos vencer del infortunio y del desorden.

Bolivia es la Montaña: austera, incommovible. Y como a montaña sabe esperar...

Pero es hora ya de anunciar a los chilenos y a las naciones de América, que la leyenda de la Cenicienta andina terminó. ¡Ya no queremos compasión, sino justicia!

Ahora surge lentamente, irresistiblemente, en medio de un coro de nieves y de nubes, un magnífico Doncel: fuerte, pujante, osado, alborozado. El que vencerá del interno desorden y de los

exteriores obstáculo. El que nos devolverá la fe en nuestro propio destino. El que reanudará la búsqueda marina con varonil austeridad. Porque debe bañar su cuerpo elástico y membrudo en las aguas, en la espuma, en los yodos y las sales de la costa, para regresar como un héroe de oro a la realización de su proeza.

Porque el destino de Bolivia, es la Marcha hacia el Mar!

EL KOLLAO ENTRA EN LA HISTORIA

En el primer tomo de su monumental "ESTUDIO DE LA HISTORIA", el profesor Arnold J. Toynbee, abre nuevos horizontes a la interpretación del pasado. Tan rico de perspectivas, tan cargado de material crítico e informativo, tan complejo de substancia es el libro, que desalienta a los profanos: ¿cómo atreverse a medir tanto saber? Se trata de una obra "demasiado sabia" para la mentalidad corriente. Pero si el trabajo de Toynbee es casi inabarcable en el conjunto, puede ser desmontado en el detalle. Y esto es lo que haremos tocante al origen de las remotas civilizaciones andinas, punto que el historiador inglés no parece haber profundizado.

Sostiene Toynbee que las civilizaciones precolombinas surgieron en áreas difíciles, hostiles. Verdad incontestable. Para nosotros, los bolivianos, esta tesis no requiere demostración: sabemos que el Ande áspero y estimulante, es la cuna del acontecer histórico en el continente Sur. No aceptamos, en cambio, la teoría que recogida de otros eruditos, lanza Toynbee afirmando que la costa es, culturalmente, anterior a la montaña. Es justamente a la inversa: Chimú, Nazca, Mochica, Inca y todas las formas mixtas o sucedáneas de estas civilizaciones, derivan del gran núcleo central andino o KOLLA, de raíz eminentemente cordillerana. Los investigadores europeos sólo hablan del Cuzco por su mejor proximidad histórica, ignorando que en la cuenca del Titikaka, en las piedras legendarias de Tiwanaku y en diversos focos arqueológicos del Kollao o gran altiplano de Bolivia, duermen todavía los vestigios de la primitiva sociedad andina.

¿Qué saben los occidentales del remoto pasado sudamericano? Nada o casi nada. Veinticinco siglos durmió el Egipto antes de revelar su mensaje. De los mayas, de los quichés, de los toltecas se sabe algo. Pero de los kollas o andinos primitivos (muchísimo más antiguos que los quéchuas o incas que heredan sus formas vitales) todo está por descubrirse.

Hay dos líneas para estudiar el pasado precolombino en el Ande: la peruana y la boliviana. La peruana está al alcance de todos; parte del rapsoda Garcilaso; comprende excelentes monografías de los profesores Tello, Valcárcel, Cossío del Pomar, Basadre, etc.; se apoya en el testimonio de investigadores de la talla de Middendorff, Uhle, Nordenskiöld, Means, Baudin; viene avaluada por el trabajo científico de arqueólogos como Kroebers, Bennett, Duncan, Collier. Para la gran mayoría de estos, todo sería de origen quéchua y lleva el sello de lo inca. Apoyándose en ellos, Toynbee estima que el Estado Universal Andino era el Imperio de los Incas. La línea boliviana, que carece de un tronco colonial como Garcilaso, que no posee la riqueza de material difundido que tiene la peruana, hay que rastrearla en los cronistas de la Colonia y seguirla en libros casi ignorados o en revistas y periódicos ya olvidados. Aparte de estudios aislados de investigadores extranjeros, solo Posnansky ha sistematizado y divulgado en amplio radio sus trabajos; en cambio Villamil de Rada, Díaz Romero, Camacho, Federico Diez de Medina, que tienen estudios interesantísimos, no difundieron al campo internacional sus descubrimientos. Estos desembocan directamente en lo kolla o aimára, términos que aun no manejan los investigadores modernos por ignorarlos casi del todo. Más insulares los bolivianos que los peruanos, con menos posibilidades para el estudio científico, sistemático y la divulgación de sus investigaciones, ofrecen mayores dificultades de acceso y de observación. He aquí por qué la línea peruana nos aventaja en cercanía y novedad. Por ahora.

¿Más qué dirían los eruditos de Occidente si supieran que — como lo ha demostrado científicamente el profesor Camacho — casi todas las instituciones agrarias, económicas y sociales del Incario, están calcadas en las más antiguas y remotas instituciones y costumbres de los kollas?

La leyenda de Manco-Capac y Mama-Ocillo —los Hijos del Sol— no nace en el Cuzco como algunos pretenden hacer consentir, sino en el Lago Titikaka, punto reconocido aun por los peruanistas.

El Gran Perú, formado en el pasado por lo que hoy constituyen los territorios del Perú y de Bolivia, ha sido estudiado sólo desde el ángulo peruano en un sentido universal; es decir, con ojo quéchua. Los bolivianos, encerrados en nuestras montañas, no tuvimos grandes ingenios ni medios técnicos para investigar y difundir nuestros orígenes, más ricos y antiguos que los peruanos. Y no hablamos en términos de odioso nacionalismo arqueológico, sino en perspectiva de antecendencia continental.

Los kollas, aimáras, o primitivos andinos, aunque rara vez aparecen citados en los modernos textos de historia y de arte, viven todavía en la leyenda, en la piedra, en la geografía, en la raza. Cuando Keyserling, con juicio aquilino, dijo de nuestros indios altiplánicos "estos hombres son muchísimo mas viejos de cuanto se ha supuesto hasta ahora", lo dijo todo. Esa cultura remotísima, creadora de las actuales ruinas de Tiwanaku y de otras fábricas líticas diseminadas por la meseta (ruinas que son un fin de civilización y no un principio) generó las formas religiosas, políticas, sociales y artísticas que de ella heredaron las sociedades andinas posteriores a la diáspora kolla. Los incas bajaron de la alta meseta boliviana a los valles sudperuanos: los quéchuas son pues sucesores y epígonos de los aimáras, que actualmente llamamos "kollas" para distinguirlos en el tiempo histórico de la raza sobreviviente. Y así como detrás de los primeros hindúes aparece Mohenjo-Daro, o detrás de los helenos asoman los aqueos y pelasgos, detrás de los incas brota el impulso eterno, primordial, poderoso de los kollas, sobre cuya arquitectura lítica de inmensos bloques naturales modificados por arte humano, se levanta la posterior y menos sólida construcción incaica, hecho reconocido por todos los arqueólogos, aunque no todos reconocen que esa fundación inicial es kolla.

Tocante a la tesis geográfica, la compartimos y admiramos la intuición de Toynbee. Efectivamente: del medio físico duro, hostil, saca el andino su religión hilozoísta, su técnica agraria y de regadío, su disciplina social, su arte mágico y telúrico que revela profundos conocimientos astronómicos, matemáticos, geométricos. Cuentan las tradiciones que en la meseta de los Andes hubo un tiempo sin sol: la "Chamak-Pacha" o Edad Oscura de los kollas. ¿Fue la última glaciación en América? Lo dirán los geólogos; mas en ella hay que buscar el origen de las primeras culturas andinas que fueron nocturnas, adoradoras de la montaña, y que solo miles de años después se volvieron heliolátricas.

Para un sentir cronológico Sud-América sólo tiene diez siglos de ordenación histórica; Bolivia ciento treinta años. Casi nada. Pero para nosotros, los descendientes del andino primitivo, la huella del hombre, la impronta del espíritu, se remontan aquí a más de diez mil años. El panteón andino duerme todavía bajo tierra. Las ruinas mayores — y mejores— yacen enterradas en el subsuelo. El indio, huraño, calla. El buceo arqueológico rara vez toca los substratos de la tradición, porque carecemos de investigadores geniales, de talentos poéticos, de los medios materiales para realizar tal estudio en gran escala. Todo está en la sombra intacto, durmiendo, en espera de los Evans, los Schliemann, los Morley. Y del hombre, de la obra mágica del alma expresando el poder de estas montañas seculares que fueron, según la teogonía india, ellas mismas los héroes del Tiempo Mítico, sabemos muy poco.

Se necesitaron dos mil años de pensar humano organizado y sistemático, para llegar a las prodigiosas síntesis de Curtius o de Burckhardt respecto a los helenos. ¿Cuántos siglos transcurrirán antes de que el Ande nazca a la comprensión universal? La gran cordillera, en su épica culminación de la meseta ando-boliviana, no es sólo un tremendo suceso geológico: es el mayor y más remoto "habitat" del sudamericano. Todo fué misterio en su origen. Todo será revelación mañana...

Lo arcaico, en prehistoria andina, es típicamente kolla, de altura, dominante de arriba hacia abajo.

Apesar de su prodigiosa erudición, Toynbee no alcanza la verdad inconvencible de nuestra geografía física, de la tradición secular, lo que enseñan la geopsique, la toponimia y la semántica, los restos arqueológicos, usos y costumbres milenarios. Si hubiera visitado el Ande, habría hallado en los hábitos ancestrales de nuestros kollas montañoses, un ritmo inalterable: de la meseta a los valles, de los valles a la costa. Siempre la misma línea que cae —histórica, política, sociológica mente— de lo dominante a lo tendido. Las tierras bajas nunca afirmaron influencia extensa,

aunque pasajeraamente hubieran señoreado el paisaje encumbrado. En cambio la meseta está presente en las culturas de los valles y zonas costeras. Baste recordar que la cerámica del Tiwanaku, nuestro famoso signo escalonado, la arquitectura lítica, las raíces de la lengua aimára, signos, ideogramas, pictografías del planalto andino transvolaron a medio continente: Perú, parte de Colombia, Ecuador, Venezuela, norte de Chile y Argentina y hasta islas de la remota Polinesia.

Hay tres estilos artísticos bien diferenciados —aparte de otros estilos secundarios— en el Perú prehistórico: el Incaico o cuzqueño; el Tiwanakense o Kolla; el de Chavín o costeño. Y todos ellos hablan de un origen montañoso en los estilos nacionales. La piedra bajó con los exploradores indios de la cordillera a los valles y a la costa. Si se sigue el rastro de la sucesión arquitectónica, cultural y estilística, se comprobará que la montaña es principio y fin, centro y clave, el "anima animans" del orbe andino. Tiwanaku, el más antiguo recinto arqueológico de la América del Sur, elabora un arte naturalista, figurativo, de ordenaciones geométricas. Formas cúbicas y rectangulares — estilo ortogonal lo llama Cossío del Pomar — con predominio de símbolos agolpados, expresan una inteligencia desarrollada que tuvo comprensión nocturna del cosmos. Pero Tiwanaku apenas si es conocido por los historiadores modernos, que no ven más allá de lo incaico e ignoran la génesis del alma primitiva en el planalto andino.

Sostiene Toynbee que nada es más relativo que el pensamiento histórico. Exacto. Y tan exacto que cuanto más creemos abarcar sabemos menos, por paradójico que parezca. Hay que mirar el Ande prehistórico con visión multiplana. Primero la versión del conquistador español que nada comprendió en profundidad del mundo indio; luego el suceso quéchua o incaico; en seguida el hecho kolla o tiwanakense; más atrás la leyenda de los "antis", hipotéticos primitivos pobladores del territorio alto; más allá todavía otras huellas o reminiscencias de culturas arcaicas que carecen de nombre. Y esto sin olvidar que Nazca, Mochica, Chullpa, Uru, Paracas son reinos singulares no por secundarios menos evidentes. Se confirma, aquí, la sentencia aristotélica: "las ciencias y las artes fueron inventadas muchas veces y muchas veces desaparecieron". Como los pueblos, como las civilizaciones. Es éste acaecer, desaparecer y reaparecer incesante, este hundirse y resurgir de imperios en el tiempo, lo que un gran poeta nuestro vislumbró al decir:

“...horizontes que siguen a horizontes,
lontananzas detrás de lontananzas...”

Si pasamos al campo filológico, las pruebas son mayores. "Kolla" quiere decir "el primero". El famoso "Wirakocha", deidad mayor del panteón andino que los incas mantienen como representación de una fuerza universal, es sólo una nueva encarnación de "Pacha", el dios telúrico del Ande, inventado por los "kollas" como suma expresión metafísica del mundo circundante. "Thunupa", figura mítica e histórica, quiere decir: "el primer jefe". Y el "Manco-Cápac", fundador de la dinastía de los Incas, arranca su genealogía de su remoto antecesor montañoso "Mallku-Khapak", el "cóndor poderoso" de la leyenda andina. Hijos del Sol se llamaron los reyes incas; pero su adoración al Sol o "Inti", era sólo una prolongación del culto kolla a "Willka" el astro fulgurante. Por dondequiera que se avance, hay siempre una antecedencia aimára detrás del hecho quéchua. Tradición, geografía, semántica y toponimia lo comprueban. ¿Qué mejor explicación que la sugerida por la palabra "aimára" que para un filólogo autorizado significa: "los antiguos, los de tiempo inmemorial, la estrella remota"?

Quien quiera estudiar severamente la hondura de nuestro pasado precolombino, debe abandonar el concepto de "Inti" o el Padre Sol que adoraron los incas, para profundizar el estudio de la palabra "Pacha", el más remoto dios del Ande inmemorial. "Pacha", la deidad que baja de la montaña, el Señor del Mundo. "Pacha" que como el "Pan" de los helenos es la personificación del todo, el universo mismo, la palabra primordial del mito andino, la fuerza absorbente y coordinante, la gran deidad telúrica que lo resume y lo comprende todo.

Y "Pacha" es la ley de la montaña transferida al hecho humano. Esa antiquísima religión telúrica que subyace en la ciencia esotérica de las pirámides de los egipcios, y que los griegos recuerdan todavía a través de sus divinidades chtónicas o subterráneas.

El imperio de los Incas no fué el Estado Universal Andino primitivo, sino sólo el sucedáneo del anterior imperio de los Kollas. La Iglesia Universal Andina —siguiendo la teoría toynbiana— que el historiador inglés encarna en la teocracia solar de los Señores del Cuzco, tuvo un antecedente en la Iglesia Universal Kolla: hilozoísta y magicista; que adoró montes y astros,

piedras, árboles, ríos y lagos; que tuvo concepción totemística de la naturaleza antes de que el indio alcanzara la etapa astrolátrica.

Tocante a las "volkerwanderung" o migraciones de pueblos fueron tantas en el promontorio altiplánico, mezcladas con catástrofes geológicas, que sus líneas se confunden oscuras e intrincadas: un enigma que nadie ha descifrado todavía.

No es difícil que detrás de una huella quéchua haya casi siempre dos rastros aimáras. Pero esto, mejor que el historiador transatlántico, pueden comprobarlo el arqueólogo y el estudioso que pongan pie en nuestro altiplano y en las ruinas peruanas.

No somos hombres de ciencia, ni siquiera investigadores sistemáticos; apenas aprendices de la historia. Soñadores, fantasistas, "buscadores" como el protagonista de "NAYJAMA". Sentidores del pasado, que no pretendemos sentar teorías ni menos aun enseñar a quienes nos superan. Expresamos pues estos conceptos que sólo reflejan el punto de vista de un aficionado, desde un ángulo cerrado por la convergencia intuitiva del suelo y de la raza en que nacimos.

La historia es, ciertamente, primero el historiador, luego el suceso. Lo extraño es que el profesor Toynbee, un neogótico, un pitagórico, que se complace en el sistema de representación multiplana e inacabable, haya visto tan poco en el vasto y complicado pasado andino. El tiene, ciertamente, una cabeza prodigiosa que no se pierde en el dédalo de las civilizaciones desaparecidas; pero el Ande muchas veces milenario es bastante más hondo y resonante que la cabeza del profesor Toynbee.

Quedamos pues con nuestra propia visión del pasado andino, flor de culturas, polvo de civilizaciones; viejísimo, palingenésico, muchas veces compuesto, descompuesto y recompuesto. Y aceptamos sólo como remate final, en cierto modo decadente, la civilización incaica, que es sólo parte mínima del acontecer prehistórico en la Gran Cordillera sudamericana.

"Kollasuyo", el lugar o el imperio de los kollas, entra ya en la historia universal. Es el hito más lejano en la exploración del alma andina. Y nadie que pretenda estudiar a fondo los orígenes de la cultura en el planalto continental, podrá prescindir de esta "cosa primera" que como un sol nocturno dispara sus pálidos rayos a través del mito y la leyenda. Suelo, raza, idioma, arqueología son las puertas fundamentales para llegar al mundo kolla.

Pero la montaña sólo entrega su secreto a los que aman la oscuridad de su misterio.

Respuesta del profesor Toynbee

"The Royal Institute of International Affairs.
Chatam House.
London -julio 13 de 1951.
Señor Fernando Díez de Medina,
Casilla 13 -La Paz -Bolivia.

"Apreciado señor Díez de Medina:

Le agradezco por su muy interesante carta de 2 del presente. Reconozco que mis conocimientos sobre la Historia Andina no son muy profundos y, a causa de ello, yo estoy enteramente dispuesto a creer que no tengo el suficiente peso para dar la importancia que tiene al Collao en la creación de la civilización andina.

De lo que usted me dice en su carta, adivino que no soy el único historiador que, en su opinión, se ha extraviado en este camino.

Otra vez gracias por su carta. La conservaré para que cuando llegue la oportunidad, yo pueda revisar lo que he publicado.

Sinceramente suyo.

(Fdo.) *Arnold J. Toynbee.*"

RETRATO DE UN HÉROE

Todos amaron al gran Capitán del Chaco. Al puma indómito que nos trajo el soplo virgen de sus bosques; al héroe de ojos azules. Al joven patriota, quijotesco y cesarista al mismo tiempo, que soñó una Patria fuerte para redimimos de un siglo de infortunio.

Germán Busch anduvo a zarpazos con la vida: tuvo trayectoria de felino. Su coraje le ganó lo que le negaba la experiencia. Pasó de prisa, peligrosamente, jugando cuerpo y alma en la aventura, pechando al mundo, porque es ley del valiente amotinarse contra el destino, desafiar riesgos, dominar el desaliento. Destino de guerrero, destino de caudillo. Cruzó como un meteoro de la llanura a la montaña. Y en nuestra Bolivia turbulenta, donde pocos llegan a hombres en el sentido creador, porque prefieren vivir traficantes o perezosos ajenos al drama nacional, Busch representa la honda proeza humana envuelta en fulgores de gloria.

Lo conocieron orientales, quéchuas, kollas. Lo recuerdan el llano, el valle, la montaña. Su figura gallarda y varonil cose como un hilo de fuego todos los accidentes geográficos y las diferencias regionales. Señor del territorio, supo ser también el amigo de los pueblos. Totalizaba. Cada 23 de agosto lloran los corazones al recordarlo, porque el paladín beniano superando las fronteras localistas alcanzó a ser un símbolo de la Nación entera.

Un día que se acerca, habrá que rendir a Busch el homenaje del mármol y del bronce; aun esperamos al homérica que cante sus hazañas.

De niño, la selva le da sus peligros; el espacio abierto su audacia. Domina hombres y animales. Sabe seguir una huella por el monte; se orienta por las estrellas; cruza a nado los ríos; conoce la ley del machete y del fusil; se abre paso con los puños. Viril adolescencia: toda ella de ardores, anhelos y peleas. Brota un viento de victoria en los ojos intrépidos, y un coro de leopardos rugen en el pecho varonil. Cuando sube a la montaña, el cadete Busch no cambia su modo interior. Es un mocetón musculoso, valiente, fornido, que se roba corazones por su apostura y su franqueza. Primero en el estudio, será también el primer golpeador del Colegio Militar. Aun se recuerda aquella épica lucha cuando Hugo Estrada y Germán Busch estremecieron los muros del instituto armado, en una lucha interminable que anunciaba a los futuros bravos del Sudeste.

Así se formó el guerrero: coraje y sencillez. Imagen fiel de la selva osada y dulce.

El Camba Busch... ¿Habrá boliviano que no vibre al conjuro de estas tres palabras? El Camba Busch... ¡Cuántas cosas bellas, cuántos sueños atrevidos, cuántas fantasías frustradas! Porque Busch llegó a encarnar la voluntad de ser, el espíritu de resurgimiento, el anhelo redentor de todo un pueblo. Y al ver su bizarra estampa de conductor, todos pensaban:

—Es la Joven Bolivia en marcha.

Estrella y símbolo de la epopeya en el Sudeste, ganó sus grados hazaña por hazaña. Entró de oficial a la guerra y salió teniente coronel. Cubrió su cuerpo de heridas y medallas. Rompió cien cercos, salvó regimientos enteros, realizó ataques temerarios. Cuando fallaban los tácticos, él acudía a su instinto de luchador siempre dispuesto. Porque había algo napoleónico en el joven Capitán del Chaco, que caía bruscamente sobre el invasor y lo desconcertaba con su fluctuante movilidad felínica. Era el rayo en los tuscales. Toda vez que el ejército se vió comprometido acudió siempre a Busch; y Busch siempre respondió con eficacia, como esos guerreros del tiempo antiguo que glorificaban a la vida por los caminos de la muerte. Estratega, conductor, jefe de hombres en toda la extensión de la palabra, supo infundir a las tropas su propia valentía; en las horas adversas, su nombre levantaba muchedumbres.

Todo es milagro en esta vida maravillosa, que después de darnos el más alto laurel de gloria en el desastre del Chaco, sigue siendo el rayo de esperanza que alumbró el camino de las juventudes bolivianas. Habrá otros héroes, otros guerreros ilustres que merecen la gratitud colectiva, pero nadie aventaja en gallardía al Camba Busch.

Arquetipo del buen militar — sobrio, intrépido, estudioso, obediente — si llegó a mandar es porque antes supo obedecer. Ciento treinta años antes hubiera brillado con esa constelación de jefes que puebla la historia militar de América; sí: Busch habría combatido por la libertad de los pueblos, siguiendo la huella de Bolívar, Sucre, San Martín, Artigas, Córdova, La Mar. Ciento treinta años después, el magnífico soldado defenderá a la patria andina de la invasión extranjera y sabrá organizarla en la paz.

Grande en el combate, sereno en el peligro, firme en la obra creadora, Busch es el guerrero de la edad clásica. Y si Bonaparte a los treinta y cinco años ciñe en sus sienes la corona de Emperador de los franceses, para satisfacer su propia ambición de poderío; también Busch a los treinta y cinco será Presidente de los bolivianos porque así lo quiere su pueblo.

Bolivia encumbró a Busch, quiso ser dirigida por el guerrero audaz. Mas el gran jefe madrugó en política y debía pagar su inexperiencia. Patriotismo, inteligencia natural, falta de malicia, buena fe se dieron de bruces contra el medio. Ignoraba la complejidad de los problemas políticos, desconocía el sucio juego de los hombres. Su sangre rápida se estrellaba impetuosa contra los escollos de la marejada partidista. El era fuerte y puro: tuvo que afrontar traición, corrupción, incompreensión.

En función de gobernante quiso transformarlo todo —métodos e instituciones, gentes y costumbres — sin pensar que la naturaleza, maestra eterna, jamás procede a saltos porque ama la evolución lenta y segura: A veces, los ojos azules, tenían relámpagos de tigre. A veces, los ojos azules, tenían el candor de un niño. A tan noble corazón sólo le faltó el freno de los años. No tuvo la ciencia ni la experiencia de los políticos maduros, pero fué un estadista intuitivo. Nos legó la lección de la fe creadora, de la juventud insurgente, del poder realizador que se empeña y persevera.

Hizo muchas y excelentes obras. La Constitución de 1938, eminentemente socialista, en beneficio de las mayorías nacionales. La paz del Chaco que salva los petróleos y reintegra al país más de 20.000 kilómetros cuadrados. Liquidó los pleitos limítrofes. Dictó el Código del Trabajo y aprobó leyes sociales justas mereciendo el afecto popular. Impulsó la política vial y ferroviaria. Estatizó el Banco Central, consolidó la industria petrolífera, creó el Banco Minero. Propugnó un fervoroso nacionalismo que levantó el espíritu colectivo. Rompió el pongueaje al Superestado Minero con ese soberbio decreto de 7 de junio de 1939, que establece el control del ciento por ciento de divisas en defensa de la economía nacional. Puso freno al privilegio político y económico. Abrió paso a la juventud y se acordó de las regiones olvidadas. Y cuando fué preciso jugar con el propio prestigio, sacrificar la leyenda del héroe al bienestar general, el caudillo se inmoló voluntariamente: recordemos esa paz del Chaco, cuando los laureles del guerrero se inclinan ante la pluma del estadista, en un acto sublime de civismo.

Cuando Busch vió que su obra renovadora de gobernante peligraba, bajo la doble amenaza de la oligarquía herida en sus intereses y de la perfidia de los políticos, en un gesto viril asumió la Dictadura. Acaso la sombra de Linares rozó su frente angustiada de patriota.

Tal vez el dictador no tuvo los aciertos del gobernante constitucional. Fué demasiado rápido: su anhelo transformador tuvo urgencia de llama y de torrente. Pero la perspectiva del tiempo nos demuestra que fué igualmente sano en sus aciertos y en sus errores. Un solo ejemplo crítico: el decreto de 7 de junio fué hazaña prematura. Trece años después, madura ya la Nación en lo político y social para aplicarlo, determinará la nacionalización de las grandes empresas mineras. Fué pues un precursor, el que dió el ímpetu inicial para nuestra liberación económica. Porque el joven gobernante quería que Bolivia sea para los bolivianos. Buscaba la justicia social, mejor distribución de la riqueza, democracia económica.

Solía decir el Gran Capitán: "Si no salvamos a Bolivia, habrá que eliminarse". Acaso el hombre de la selva adivinaba su asfixia en la prisión del gabinete. Y cuando Busch se vió acosado por la falsía, la bellaquería, la politiquería; cuando la fortuna le volteó espaldas porque también los dioses se cansan de sus elegidos; cuando vió malograda su obra de redención social; cuando se fatigó de la violencia inútil, de las camarillas y lisonjas, de las intrigas palaciegas; cuando midió la hondura de la maldad humana y la extensión de sus responsabilidades de Mandatario; cuando supo que las fuerzas económicas podían más que las fuerzas morales; cuando comprendió que no

basta ser idealista ni valiente, porque los mejores pueden caer en la maraña de la astucia, de la envidia, de la intriga y la traición, castigó en su indomable juventud los errores de todo un pueblo; porque todos pecamos al permitir que detrás del noble rostro del patriota, asomara la faz sombría del dictador.

El balazo que se llevó a Busch resuena todavía en el corazón de los bolivianos...

Destino homérico, pachakútica enseñanza. ¡Qué hermoso ejemplo nos deja el ínclito varón! Subir de lo más humilde a lo más alto por el propio esfuerzo. Aquiles sin el cálculo de Ulises. Si su idealismo juvenil refleja el impulso renovador de nuestro pueblo, su violencia traduce la falta de disciplina colectiva que nos aqueja. Llegando diez años más tarde, Germán Busch habría sido el caudillo en sazón, osado y sereno simultáneamente. El que Bolivia requería para alzarse a grandes destinos.

Aprendamos también de Busch el amor al pueblo, la modestia, la sencillez. Porque supo ser bondadoso, comprensivo, sin dejar de ser caudillo. Buscó el bienestar de todos, sin distingo, de razas ni de clases. Trajo un mensaje de solidaridad humana del dolor de las trincheras, y es el primero que habla un lenguaje nuevo en lo moral y en lo social. Alivió el dolor de muchos, tendió la mano a los postergados. Se acercó a los humildes sin dejarse seducir por las sirenas del poder y del dinero. Tuvo el coraje del valiente y el sosiego del justo.

Sus glorias y sus yerros son las glorias y los yerros de su pueblo. Su paso meteórico por la política, su trayectoria fulgurante de guerrero y de estadista, fueron para siempre. Las generaciones se transmitirán la leyenda del Patriota Malogrado, porque Busch es símbolo de fe. Bandera de combate. El clarín que llama a la acción y a la mudanza.

Esa altitud de árbol y de mástil. Esa frente despejada. Esos ojos firmes y serenos. Esa manera digna y tranquila del ser, como los padres-ríos, que a veces se encrespaba en la tormenta pasajera. Ese ánimo generoso, esa voluntad granítica, ese afán de remover y mejorarlo todo. Esa serenidad frente al peligro. Esa ternura con el débil. Esa dureza para frenar al poderoso. Todo esto es, en conjunto, lo que hace al hacedor de patria, al caudillo moral, que supera en esplendor las victorias del guerrero o del político.

Un oscuro soldado que se alza hasta el solio del Conductor. Un alma joven que con febril intuición se pone a la cabeza del movimiento social. Uno que cambia el estilo de nuestra historia republicana. No se ha comprendido todavía, en profundidad, el fenómeno Busch.

En la choza del campesino cruceño, en el tugurio del minero potosino, en la casucha del peón cochabambino. En Trinidad, en Oruro, en Cobija. Lo mismo en las quebradas de Tarija, por los valles de Chuquisaca, o en los barrios populares de La Paz, miles de moradas recuerdan al Jefe que se fué. En los hogares humildes, hay casi siempre un retrato de Busch; y esa pequeña vela que el amor de los corazones prende en memoria del héroe, es la gratitud de Bolivia al hombre que supo amarla y servirla con ejemplar abnegación.

¡El Camba Busch! Nunca olvidaremos lo que fué en la guerra del Chaco y después de la guerra del Chaco. Primero el rayo en la tormenta; después "Kurmi" —el arcoiris— en la paz. La fuerza generosa que impulsa hacia adelante. La esperanza de un destino mejor. Por eso la sabiduría del artista, al fijar en el mármol su vida edificante, escogió certeramente la forma clásica y patética de una columna rota. Esa protesta muda en la tumba del Héroe, simboliza el tenso drama del luchador; el trágico mensaje de una juventud malograda que supo darlo todo por la grandeza de su Patria.

[PRELUDIO DE SORATA](#)

Todo en Sorata vive cargado de misterio: desde la geografía titánica hasta el oscuro poblador. Es la región que no se parece a ninguna, la morada venturosa donde estuvo situado el paraíso terrenal. Edén ilámpico; si no hubiera brotado del genio visionario de Villamil de Rada, se dejaría siempre adivinar entre brumas y aguaceros, ardores y laxitudes de trópico, o en las torres relampagueantes de la brusca cordillera.

Sorata. "Shuru-Ahta" —dice el nombre indígena— Pico Resplandeciente. El lecho donde el sol reposa; la fuente originaria y primitiva; el sitio donde el mundo nace. O la morada fabulosa de los antiguos dioses indios. Porque un día será levantada la losa que cubre el panteón andino, y en raptó de montaña veremos resurgir el tiempo cosmogónico. "Illimani" es el cabo final de la cadena cordillerana: el más perfecto. Pero "Illampu" es el promontorio inicial, el ímpetu genésico que lleva hacia las deidades telúricas. Y quien quiera entender la enigmática teogonía india, debe bajar al adoratorio Sorateño, aquí donde invisibles verdades se confunden con tremendas presencias.

Porque es tremendo el escenario sorateño. Bruscamente la meseta altiplánica se quiebra en una quebrada soberbia, inverosímil, cuajada de horizonte. La cuesta vertiginosa bordea el monte en serpenteo interminable. Bajar, bajar Mientras el vehículo se desliza cada vez más hondo, brotan de las brumas los altos eucaliptos y las casitas pintorescas prendidas en las laderas de los cerros: se diría un mundo en trance de pendiente, agarrándose a la tierra empinada para no caer. Se adivina el río poderoso que corre al fondo de esta inmensa caja resonante. Acecha el abismo. Aterra la montaña. Arriba todo es fuerte, áspero, sobrecogedor, como ese paso por las faldas del "Illampu" que es como un lento asomar al desfiladero geológico. Conforme se va descendiendo los montes se cubren de vegetación; llaman y verdean. Desaparece el viento punero y la temperie mejora; sutiles fragancias suben del hondor de la quebrada; pero hasta la última curva de la cuesta, hasta que Sorata aparece detrás de un recodo altanero, una sensación de pesadumbre oprime al viajero. Es la majestad del Ande dislocando sus vértebras de piedra. Un gigante que cae más de tres mil metros. Y el viajero va sintiendo la caída del gigante.

Ojo de águila tuvo el fundador: Sorata se reclina en un faldío maravilloso. Sitio estratégico — diría el moderno. Solar de paz y de belleza — replicará el antiguo. Allí donde la montaña aquieta brusquedades, allí fijó su planta el fundador, ignorando que ya el indio muchas veces en varios milenios habitó la comarca ancestral. Mirando a los nevados, a la vega que lleva hacia Tipuani, circundado por lomas elevadas y cerros asperísimos, el pueblo-cóndor se recuesta al pie del monte tutelar. Las calles parecen escalonadas en el aire. Los techos fingen movimiento. La urdimbre de ceibos, pinos y eucaliptos decora el paisaje. Y a la entrada del pueblo, como gallardo centinela, el hotel prefectural con sus techos rojos y sus líneas neocoloniales semeja una khantuta custodiando el vergel sorateño.

Pasan los camiones en sucesión de gentes y productos. El camión es el sistema circulatorio de la provincia: va repartiendo sangre y movimiento por donde pasa. Da la ilusión de querer moverlo todo. Algún día, cuando se estudie la lenta transformación de nuestras poblaciones rurales, se verá cuánto deben las provincias, sociológicamente, a este moderno sistema de tracción mecánica.

En lo alto de las lomas, en los bajíos que se tienden hacia el río, evitando descender mucho para burlar al paludismo, se alzan las grandes fincas. En ellas está la riqueza natural, la vida recogida, perezosa, de esta hermosa región que podría florecer opulenta si sus gentes tuvieran la dinámica del tiempo. Faltan población, mejores caminos, recursos técnicos. Sorata espera muchos pioneros, como este agricultor llamado Luís Chacón que encontramos encerrado en su propiedad "Santa-Avelina", luchando esforzadamente contra las dificultades materiales y la inercia de las gentes, aplicando los conocimientos que adquirió en los Estados Unidos para transformar su finca en un establecimiento moderno, científicamente organizado.

¿Sorata no tiene paisajes pintorescos, sus hermosísimas palmeras, el aire tibio que se cuele por los poros, las mil seducciones del nevado y de la vega?

Cierto: todo eso existe. Lo describieron muchos. Pero dejemos los deliquios de lo agradable-visual por la cercanía humana, viva y palpitante, que habla a los sentidos con la misma intensidad que llama a la razón. Bolivia vive en la mentira y el halago. ¿Paisajes, pinturerías? Los tienen todos los pueblos. ¿De qué nos sirven los maravillosos paisajes si las gentes subsisten miserables, indolentes, olvidadas? Hay que rechazar el embrujo de lo pintoresco para atender al drama social. Porque es dramática la vida en la provincia boliviana, que discurre todavía en "tempo" colonial. Y en vez de gozar con las líneas o el rico colorido del paisaje físico, debemos ahondar y padecer con las depresiones del paisaje humano.

Sorata es cosa bella, regocijo de los sentidos, regalo para el viajero, refugio acogedor y cautivante para el que va de tránsito. Para el boliviano es un pueblo abandonado.

¿De qué sirven su excelente hotel, sus dos plazas, si carece de cosas elementales para un buen vivir? Calles estrechas, sucias, desiguales. Casas incómodas. Agua en escasez. Alumbrado deficiente. Un penoso empedrado. Faltan luz, aire, espacio en las viviendas desprovistas de condiciones higiénicas. ¿Un buen hospital, una escuela moderna, un mercado o una biblioteca adecuados? No los hay. Ni siquiera una botica bien montada. Cine y estadio en proyecto. Modestísimas las oficinas públicas. Sólo un comercio relativamente bien surtido.

¿Qué le falta a Sorata? Casi todo, lo mismo en lo urbanístico que en organización social. Porque a la provincia boliviana hay que abrirle puertas y ventanas. Puertas para que absorba el aire de la civilización moderna, ventanas que den paso al conocimiento y al ascenso del alma colectiva. Poco, casi nada hicieron los gobiernos centrales por Sorata. En la administración del general Peñaranda, oriundo del lugar, se pavimentó la plaza, se refaccionó el hotel, se comenzó la iglesia; después todo volvió al sopor de antaño. Ni siquiera el turismo se halla organizado. El hotel es un órgano muerto que vive a espaldas del pueblo, sin conexión con su vida típica y económica. Si preguntamos qué obra importante se debe a la acción privada no se nos dará razón; los ricos de Sorata como los ricos de La Paz viven sordos, insensibles al bienestar de su comunidad. No pueden despertar a la filantropía emprendedora de los yanquis, que devuelven con obras altruistas lo que del pueblo recibieron.

¡Pobre Sorata, capital de provincia paceña, que como todas las capitales provinciales de Bolivia duerme en la indiferencia y el olvido!

Y no es que los pobladores carezcan de condiciones sociales: las tienen. El sorateño es bueno, honesto, trabajador; ve que todos se contentan con ganarse la vida, hasta cierto nivel suficiente para subsistir, y hace lo mismo: sólo le interesa el sustento. Pero si encontrara los guías, los líderes que lo despierten del antiguo marasmo, el pueblo sorateño, como lo fué durante la Colonia, sería otra vez un centro de actividad nerviosa para la economía departamental.

Sorata quiere ser despertada, mas la solución no vendrá de fuera. El gobierno central es pobre para acudir en auxilio del interior, y el llamado a la acción debe partir de los propios sorateños. No basta que su diputado clame en el desierto parlamentario. No bastan cuatro artículos de prensa. Es la gota tenaz la que horada la piedra. Este pueblo debe organizarse por dentro, agrupando lo mejor de sus clases, sociales. Debe crear un espíritu de lucha y de superación para afrontar la pobreza, la pereza y el desorden actuales. Debe encender el entusiasmo de los grandes hacendados, la disciplina en el artesano, la potencia realizadora en el indio, en un esfuerzo conjunto de progreso colectivo. Debe forjar una dinámica de grandes: ideales y temprarla en un eficaz espíritu de acción: Sorata necesita, aparte del subprefecto y las autoridades políticas, un creador de patria, surgido de su propio seno, que sea capaz con su fe y con su ejemplo de removerlo y transformarlo todo, para que el pequeño y retrasado pueblito de hoy se convierta en núcleo productor y cómodo centro turístico. Sorata necesita despertar de la mollicie actual al vértigo de la mecánica moderna.

Las grandes virtudes potenciales de la provincia sólo están adormecidas. Esperan. ¿Qué esperan? Un llamado de fe, un llamado al esfuerzo creador. Sorata puede ser, Sorata debe ser uno de los pueblos más bellos de Bolivia; pero entiéndase belleza no en el sólo sentido estético, de cosa hermosa y regalada para los ojos, sino en el otro, más ancho y enaltecedor: en el sentido humano, de utilidad social, en ordenación urbanística, en ascenso del espíritu por la educación y la cultura. En el renacimiento de las artes folklóricas, de la pequeña artesanía, de los modos de vida regional, de la propia riqueza provincial, tan frondosa en motivos vernáculos. La Colonia dió un valor a Sorata. La República la olvidó. La nueva Patria debe restituírle sus atributos de capital provincial y centro motor de la actividad departamental.

¿Por qué no podrían los sorateños organizarse dentro de ese marco de limpieza, de trabajo, de disciplina que tienen otras naciones para encauzar la vida del más pequeño de sus pueblos? El mejoramiento de nuestras poblaciones interiores está en manos de sus propios pobladores. La Sorata postrada de hoy, es sólo el espejo de los indolentes sorateños, que a su vez devuelve la imagen general del pueblo boliviano. Pero la Bella Durmiente del Illampu será

tocada un día con vara taumaturga: y todo mudará, renacerá, volverá a florecer como en el mito ilámpico, cuando la pareja inmortal fué colocada en morada de delicias.

Un paisaje prodigioso. Un poblador adormecido, huraño, conformista. Un estado general de pobreza, de abandono, de resignación. Los indios labran la tierra con desgano, por las noches sueltan petardos estruendosos que llenan la caja de los cerros. Los mestizos mueven la economía rural, producen sólo lo preciso para subsistir, se adormecen detrás de sus tiendas y sus francachelas habituales. Los blancos al modo de señores feudales se encastillan en lo alto de sus lomas aislados, solitarios. Le sacan a Sorata lo que pueden, mas no se acuerdan de ella a la hora del impulso colectivo. La provincia vegeta dividida en tres compartimentos estancos, perfectamente divididos unos de otros: la vida india, la vida mestiza, la vida occidental. Y es ésta división social la que atenta contra la eficacia de la obra general. En las urbes, acaso la separación es menor, porque las modalidades técnicas y urbanas borran un tanto las diferencias entre hombres, pero en la provincia retrasada, dominada todavía por el soplo colonial, los tres orbes se superponen sin perder sus propias líneas. No hay un alma sorateña ni una sola comunidad social, sino un pacífico coexistir de tres fuerzas primordiales, egoístas, inconexas que tira cada una por su lado con prescindencia de las demás. Tal vez este trágico divisionismo, aumentado por la pereza y el politiquerismo — plagas provinciales — explique la morosidad de nuestra marcha nacional.

Todo lento, abandonado: es la Sorata actual. Pero pensemos en la Sorata del futuro. La que soñó Villamil de Rada en sus visiones proféticas; la que amaba el obispo Bosque; la que enternecía las evocaciones de Pazos Khanki. Un pueblo pequeño, rico de virtudes humanas. Erigido sobre normas geométricas de orden, de higiene, de progreso material. De limpias calles y viviendas aireadas. Con escuelas, hospitales, mercados y centros de esparcimiento público. Dotado de industrias típicas, de esa fiel artesanía que hace la grandeza de los pueblos entrañables: tejidos, alfarería, maderas, hierros, joyas, cestería, lo que sea, pues siempre el hombre tiene maña y paciencia para encontrar una disciplina manual. Una población que no sólo seduzca al turista por su fuerte colorido, sino que retenga por su vivir cálido y activo, de gentes inquietas, tocadas por el espíritu de iniciativa y el ímpetu de empresa. Donde cada cual aporte estímulos prácticos o ideales en el camino de los días. Donde se habite cada día más cerca del espíritu, cada día más lejos del instinto desenfrenado.

Lin Yutang protestaría: ¿cómo, no es el cuerpo lo mismo que el alma? ¿Por qué agitar a estas gentes tranquilas que viven la dulzura de su molicie sabia? Pero es que Lin Yutang escribe para occidentales cansados del vértigo moderno: por eso agrada. Y la provincia sudamericana es todo lo contrario del colmenar civilizado; si pedimos más espiritualidad y menos animalidad, es porque entre nosotros no hubo desarrollo equilibrado entre lo corporal y lo mental.

Pensemos en la Sorata del futuro; un pueblo organizado, de gentes armoniosas, al pie de las murallas del Illampu.

Hay quienes piensan: ¿para qué preocuparse? Cada pueblo, cada ser que lo habita, es como es. Vamos a buscar descanso, a buscar amigos. ¿Qué nos importa el sopor de la provincia?

Pero el buen romero, el hacedor de patria, puede contestar:

—No busco reposo, no busco amigos; sólo persigo la verdad. Fuí a encontrar descanso y sólo hallé miseria, dolor, soledad. Todo lo boliviano es territorio de mi alma. Quiero cargar con la pobreza provinciana como ayer cargué con la maldad de las ciudades. El drama nacional no es una frase; el drama nacional es esa daga que punza cada minuto nuestro sentimiento de patriotas.

Suele ocurrir que el estruendo exterior apaga y esconde las notas esenciales. Muchos se embriagan en la fuerza sinfónica de la naturaleza sorateña, sin reparar en la sonata dolorosa que urden suelo y poblador. No se trata sólo de mirar y recrearse en la dulce alegría de lo contemplado; se trata también de ahondar, de sentir la vida general que nos rodea. Por eso diremos que Sorata, espejo de la provincia boliviana, es la vera imagen de nuestro retraso colectivo.

Frente al retraso y la miseria actuales nos rebelamos. Hay que superar esta etapa de molicie y confusión. Sacudiremos la provincia hasta convertirla en fuerza de acicate y de impulsión.

Y levantando el corazón a las torres soberbias del Illampu, digamos con energía:

—¡Salve gran Señor de Luz, morada del trueno y del relámpago! ¡Salve Caudillo de la Raza, Héroe del suelo! Cuando la riqueza boliviana sea radicada en Bolivia; cuando ya no existan esos millonarios cosmopolitas y esos monopolios inhumanos que le roban al país su sangre, su vitalidad y su alegría; cuando desaparezcan esos parásitos que bajo el nombre de gerentes, apoderados, gestores, abogados, técnicos y consejeros secretos aconsejan a los ricos llevarse fuera todo, cuando todo es patrimonio nacional; cuando las almas despierten al trabajo fecundo y a la disciplina colectiva, el pueblo indio renacerá de sus cenizas. Porque el drama de Bolivia es uno de irresponsabilidad social y mala distribución económica. Y todo un pueblo espera el día en que dejemos de ser esclavos del dinero, para convertimos en leales servidores de' su causa.

Todo en Sorata es misterio. Todo en Sorata es revelación y mandato. Que cada cual recoja la nota íntima de la comarca visitada, para alcanzar un día la comprensión general de la patria inmensidad.

UN CRÍTICO A LA DERIVA

En la prestigiosa revista chilena NUEVO ZIG-ZAG, bajo el título de "Inquietud de Bolivia", el profesor Luís Alberto Sánchez acaba de publicar una curiosa crónica. Trata en ella de nuestra literatura y de la psicología del escritor boliviano, con ligereza inadmisibles en pluma de renombre continental.

Sánchez es peruano. Crítico y ensayista versátil, tenaz investigador, tiene todas las virtudes y los defectos del escritor prolífico: peca por precipitación y por exceso. Treinta obras de valía desigual atestiguan ese profesorado de la inteligencia, siempre rico de sugerencias aunque no siempre aceptable en sus planteamientos y conclusiones. Es muy conocido en Bolivia, de la que sólo recoge aplausos y atenciones en rápidas visitas. No es pues un extraño ni un turista volandero, susceptibles de ignorancia y superficialidad. Es un profesor, un intelectual de jerarquía, un amigo; y a todos tres podemos exigirles un mínimo de verdad, de sensatez para juzgarnos.

Hombre nervioso, torrencial, apto para la polémica, Sánchez se pasa la vida en tensión de dómine. Enseña, discute, pelea, enciende camorra por donde pasa. Quiere ser objetivo en sus apreciaciones y en verdad es terriblemente apasionado. Ve la literatura a través de la política, hace de la política especulación teórica. Quien lo haya seguido en su carrera rutilante de escritor-luchador, llena de altibajos, comprobará esa ley de desigualdad que preside sus ideas y sus actos. Es el hombre de los desniveles mentales, de las actitudes sorprendidas. A veces pierde el sentido de las proporciones, le da lo mismo actuar de maestro o de aprendiz. Navega a la deriva, olvidado de su propia responsabilidad de conductor espiritual. Y esto es lo que le ocurre con nosotros. No una vez, sino varias, al punto que bien podríamos decir: Luís Alberto Sánchez ha sido frecuentemente injusto con los bolivianos.

En la controversia epistolar o en la charla cotidiana, el escritor peruano es lo mismo que en su prosa: un hombre de pre-conceptos, muy magisteril, terco en sostener sus juicios. Tiene la ligereza del periodista más que el reposo del pensador; emite sus opiniones enfáticamente, sean justas o injustas, y después construye la teoría que las explique. No es pues raro que a pesar de su talento y su cultura, haya sido muchas veces rectificado. Da la casualidad que en el mismo número de NUEVO ZIG-ZAG, la revista chilena se refiere a las desorbitadas opiniones del periodista francés Jean Eparvier, "huésped de honor de Chile" que acaba de publicar en FRANCE-SOIR una crónica tan pintoresca como absurda sobre la vida chilena. Como estas líneas rectificatorias a lo dicho por Sánchez están destinadas a sus lectores chilenos, les pediremos admitir el paralelismo de miopía en ambos juzgadores.

Descontando el halago político o el reconocimiento general del "nuevo espíritu" que agita a Bolivia, el crítico peruano nos trata con ese aire doctoral, un tanto presumido, conque más de una vez enjuició nuestros problemas. Se diría el severo profesor enmendando a los alumnos

desatentos. ¿Y qué es lo que sabe el profesor Sánchez de Bolivia? Nada o casi nada. Lo que él conoce y domina a la perfección es "su" concepto personalísimo del país andino: la visión fulminante, meteórica, de tipo keysergliano, que desde un avión o del cuarto de un hotel dará el análisis espectral de un pueblo o de un continente. La fabricación apriorística del proceso humano y social, aunque falte el puente para salvar el abismo entre fantasía y realidad.

El ensayista peruano nos tiene acostumbrados al enfoque reticente cuando se trata de Bolivia. Más de una vez insistió en aquello de la insularidad y el aislamiento. En su obra HISTORIA DE LA LITERATURA AMERICANA demostró un desconocimiento deplorable de nuestras letras. Y ahora redondea su vagar vertiginoso por el tema boliviano, hablándonos del fenómeno del "encuevamiento", enfermedad que según él padecemos irremediablemente los habitantes de este país. La crónica sería deliciosa si viniera firmada por Heltai o Wodehouse: a tal extremo parece ocurrencia de humorista o "croniquer" desprevenido. Pero es el caso que la suscribe Luís Alberto Sánchez, escritor de prestigio continental, y esto obliga a tomarla en serio.

Afirma el ensayista peruano que "si hay gentes encuevadas ellas son las bolivianas". Nada más equívoco. La amargura de Arguedas o la soledad de Tamayo — casos excepcionales— no autorizan el juicio. Es justamente a la inversa: por su alejamiento geográfico, por su lejanía de los meridianos intelectuales del mundo, el boliviano es un alma ansiosa de comunicación y diálogo. Al primer contacto, una natural reserva de hombre digno, que mide a quien dará su amistad; pero roto el sutil velo del primer conocimiento, los andinos nos entregamos generosamente a la sociabilidad. Ciertamente que en el altiplano las gentes son más sobrias, tal vez menos expresivas que en el valle o en el llano (para Sánchez parece que Bolivia sólo fuera montaña y montañeses), pero nunca paridad fué sinónimo de ensimismamiento.

El hombre de "cueva" pertenece a la etapa troglodítica de la cultura sudamericana: fué superado hace muchos años. En, Bolivia, por ese estímulo de la adversidad de que hablara Toynbee, el hombre ha triunfado del antiguo "espíritu claustro" a que se refiere el pensador novecentista. Vive hoy alerta, es todo comunicación y antena con el mundo. El alma boliviana es permeable a las ideas y a los modos de vida material que vienen de ultramar. La filosofía occidental, la tecnocracia norteamericana, el marxismo ruso han llegado hasta las capas humildes de la sociedad andina. Los hombres ilustres que nos visitan se sorprenden de hallar en país pequeño y no ciertamente a la vanguardia en el progreso organizado, tanta inquietud, tanta vibración espirituales. ¿Cómo habría podido un pueblo de "encuevados" ponerse a la cabeza del resurgimiento sudamericano? Ese "espíritu nuevo" de que habla Sánchez, ese despertar a la palabra y a la acción, es el mejor desmentido a su errada apreciación.

El boliviano actual es hombre de lejanía. Busca la expansión. Ha despertado al espíritu territorial; lleva ferrovías, capitales, brazos a las feraces regiones del oriente y noroeste. Nacionaliza sus fuentes productoras, acomete la reforma agraria, quiere redimirse en una tentativa gigantesca de transformación política y social. ¿No ha visto el juzgador que Bolivia es un laboratorio de experiencias humanas; no se siente partícipe del júbilo con que América acoge nuestra lucha de liberación nacional?

Ese ímpetu de mudanza no se produce solamente en la construcción hacia afuera; estalló en las almas, arranca de mucho tiempo atrás. Es también expresión de un hecho íntimo, un rasgo de espiritualidad: el boliviano quiere ser comprendido y se esfuerza por acercarse y entender a los demás. Si Sánchez hablara del "sentimiento de la cueva" con la hondura que lo hizo Spengler, refiriéndose a él como una experiencia íntima de la profundidad creadora, nos halagaría la apreciación; pero como lo toma en el sentido superficial, despectivo de una realidad exterior, nos incomoda. No está el boliviano cerrado y limitado en sí mismo; antes más bien busca el horizonte. No es mágico de forma, sino fáustico. No es la cueva el símbolo de su imagen cósmica, sino el espacio infinito que lo dispara a remotas lejanías.

Ahora que tropicalismo y mundanismo no prosperan en la meseta andina es evidente: ni hablamos mucho ni nos volcamos en el parloteo de salón o de café. Pero el viejo amigo que nos visitó varias veces, debía comprender que no siempre la apariencia refleja la interna conformación del sujeto estudiado. Librerías bien provistas, conferencistas siempre bien acogidos, ansia de viaje y de renovación, inquietud universitaria, tendencia acentuada a la creación del espíritu científico, todo esto pasa en Bolivia no ya como fenómeno de minorías cultas sino desbordando el privilegio de la clase conductora. Hay propósito, hay decisión de aprehender todas las formas del vivir

moderno. Y en cuanto al boliviano culto, no sé de ninguno que no sea un caracol rumoroso de ideas y problemas. Indios somos porque estamos como sumergidos en la tierra que nos contiene; occidentales también por la tensión ecuménica de la voluntad y del espíritu.

No hay pues tal "tierra de las desconfianzas", ni ese "soberbio aislamiento torremarfileño" que caducaron hace rato. De los numerosos políticos, hombres de ciencia, o literatos que nos visitaron en los últimos años, sólo este peruano ha visto un "terco aislamiento" que sólo existe en su imaginación. El supuesto "hablar a murmullos y silencios", es una invención desafortunada. Los bolivianos, que nos conocemos bien, pecamos justamente de lo contrario: somos francos, definidos, en el juzgar y en el obrar. La pasión suele ofuscarnos, como exceso de vitalidad. La timidez no es planta que arraigue en el altiplano. Y ahora podemos devolver el cumplido con perfectísima derecho: si hay crítico a la deriva, ese es Luís Alberto Sánchez.

Tocante a nuestros escritores. El juzgador peruano ignora a los del pasado y estudió menos a los actuales. Habla de oídas, juzga por rumores. ¿De dónde sacó aquello de que "los de Bolivia como que se suspenden y callan?" No produjimos mucho ni muy bueno porque somos pueblo joven, todavía en formación, pero lo poco realizado testimonia originalidad y decisión. Tampoco es admisible lo de la "parquedad de sus expresadores". Villamil de Rada, Moreno, Vaca Guzmán, Arguedas, Mendoza, Sánchez Bustamante, Saavedra, Prudencio analizaron largamente al hombre boliviano. El ensayista peruano los ha nombrado alguna vez; nunca dió señales de haber leído sus obras.

La acusación de suficiencia que nos hace es igualmente injusta. Dijimos ya que Tamayo es cosa aparte. ¿Y a quién le vendría aquello de "acorazarse de singularidad, negándose a permitir que otra luz que la propia ilumine sus antros interiores?" En nuestra literatura, como en todas, hay soberbios y engreídos: pero no tontos. Sánchez padece de estrabismo crítico al suponer que compusimos la LITERATURA BOLIVIANA a título de visión exclusivamente nuestra; lo que dijimos es que no se trata de un estudio de rigurosa objetividad, imparcial, de tendencia científica como gustan de sostener los modernos, sino de una apreciación muy personal, de un enfoque subjetivo de nuestras letras. Creo que esta distinción entre el investigador sistemático y el poeta intuitivo, rige en todas partes.

Después de los piropos de vanidad y suficiencia, Sánchez va al extremo opuesto: habla de "estos rostros cargados de pensamientos y silencios, aconcavados de posibilidades". ¿Pero qué ha visto el escritor peruano en su última visita a Bolivia? Visiones espectrales. Se diría que el "soroche" o mal de altura, que ya no causa daño sino a los ancianos y a los enfermos, quiso jugar traviesamente con el intrépido sociólogo, alterando su buen juicio. Bolivia despierta a un porvenir mejor: Hay crisis social penuria económica ciertamente, porque estamos pagando un precio para avanzar a la Nación orgánica. Pero nadie anda taciturno ni ensimismado. Aquí se respira confianza en la propia capacidad. ¿De dónde sacó Sánchez tanta indignación para ensartar su filípica reformadora?

Cosas del fantasma de la cueva... Se llega a un país ansioso de novedad y descubrimiento, impaciente de recoger ecos benévolos a la propia prédica, y se regresa como embrujado — o "encuevado" — borroso el fino cristal de la inteligencia que indaga.

Afirma Sánchez que Oscar Cerruto y Carlos Medinacelli "se nutrieron de silencio". No es verdad. No publicaron muchas obras porque en Bolivia no es fácil publicar libros, pero su vida de escritores está hecha de lucha, de voluntad superadora y de constancia. Medinacelli dejó una gran novela costumbrista LA CHASKAÑAWI; sus ESTUDIOS CRÍTICOS que Sánchez no conoce ni por el forro a pesar de que existe en muchas bibliotecas, y algunos centenares de ensayos y comentarios críticos dispersos en diarios y revistas. No tuvo de ermitaño ni de mudo. Vivió, padeció, polemizó, llegó a senador y fué respetado como el primer crítico del país. Cerruto, aunque sólo haya editado ALUVIÓN DE FUEGO, se ha superado constantemente en el ensayo, en el cuento, en la poesía. Es tenido hoy, justamente, como uno de nuestros mejores escritores jóvenes. Dirige con fino acierto la página literaria de EL DIARIO donde se trató a Sánchez afectuosamente. Escribe en revistas españolas y argentinas, se le conoce en México y en Chile. No hay pues tal leyenda de inhibición o de mutismo. Lo que hay es que el crítico peruano conoce por vagas referencias la vida y la obra de ambos bolivianos. ¿Es ello aceptable en un historiador de la literatura americana?

Otra aseveración gratuita: que "el pensamiento boliviano es desconocido aun en sus expresadores continuos". No es evidente. Montenegro, Céspedes, Botelho Gosálvez, Jaimes Freyre, Reynolds, Guzmán son conocidos en Chile. Francovich es muy estimado en el Brasil. Crespo y Guzmán publicaron sendas biografías en el Fondo de Cultura Económica de México. Aquello de que "Augusto Guzmán y Fernando Diez de Medina son grandes ignorados más allá de sus fronteras" es erróneo. A Guzmán le comentaron libros en México, en Chile, en Argentina y Paraguay. Fernando Diez de Medina colabora en revistas y diarios de España, México, Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Estados Unidos, Uruguay, desde hace muchos años; figura en el DICCIONARIO DE LA LITERATURA editado por la casa Aguilar de Madrid, y algunos de sus trabajos fueron traducidos a otros idiomas. Tan no existe ese desconocimiento de nuestra modesta literatura, que una editorial española publicará en breve las Obras Completas de Alcides Arguedas; y otra estudia la posibilidad de editar las del célebre bibliófilo Gabriel René Moreno. Costa Du Rels, ágil novelista, alcanzó renombre en París. El poeta Reynolds, hace poco fallecido, difundió su obra en casi todos los países de habla hispana. Frontaura Argandoña publicó libros en Chile, Díaz Machicao en la Argentina. Lara es conocido en varios países. Maroff escritor internacional no necesita presentación. Céspedes con SANGRE DE MESTIZOS y METAL DEL DIABLO ha interesado a la crítica sudamericana. Raúl Diez de Medina con su AUTOPSIA DE LA DOCTRINA DE MONROE y una extensa labor periodística, es apreciado en los círculos intelectuales de Washington. ¿Para qué seguir la enumeración? Lo evidente es que, por reducida y modesta que sea, la literatura boliviana ni está confinada a sus fronteras: ni es del todo ignorada por la crítica bien informada.

Tampoco es verdad que Arguedas haya producido la única historia de Bolivia. La NUEVA HISTORIA DE BOLIVIA de Finot — estimado como historiador y crítico dentro y fuera del país — aunque no tenga la monumentalidad de la primera, es tal vez el mejor esquema político y sociológico de la nación andina. Naturalmente que Sánchez lo ignora.

El enjuiciamiento de Tamayo es irreverente y torpe. Su juzgador anda mal informado. En su gloriosa ancianidad — ha trasmontado ya los setenta — el gran poeta vive recluido en estos últimos años. ¿Pero quién podría negar sus cuarenta años de lucha en el parlamento, en el periodismo, en la política, en la prédica humanista y social? Nos agraden o no sus últimas intervenciones en el debate público, Tamayo en su ejemplar senectud ha seguido enjuiciando los grandes problemas nacionales, con valor civil y probado sentido de responsabilidad intelectual. Si el hombre se retrae, tendrá sus razones. No podemos admitir que se califique de "Robinson literario", a quien fué y sigue siendo primero en el deber de conducir por el pensamiento. Sánchez que leyó al gran poeta sin comprenderlo, ignora al escritor, al pensador, al hombre que mejor expresa nuestro trágico pasado.

¿En qué queda el sermón iracundo? ¿Era sensato aceptar esa visión pantanosa de nuestra realidad?

Desvanecida la ronda de los espectros que Sánchez se llevó en su maletín, sólo resalta un hecho real: el supuesto encuevamiento de los bolivianos, se convierte en afección óptica del crítico peruano. Vió lo inexistente, se le deformó el juicio. ¿Hay explicación para el fenómeno? Seguramente: más de orden psicológico que mental. La daremos más adelante si el juzgador persiste en el equívoco.

Es deplorable que Luís Alberto Sánchez, crítico afamado, amigo de Bolivia, mantenga un criterio tan errado como pueril sobre nuestra realidad nacional. Es imperdonable que todo un profesor de literatura ande tan mal informado de nuestro proceso cultural. Y es de lamentar que un investigador de su categoría caiga en devaneos propios de un turista de "Baedeker".

Hace treinta años, habríamos acogido con indignación la crónica de Sánchez. Hoy sólo nos merece sorpresa, acaso una alegre sonrisa, porque los andinos no somos tan adustos como se piensa y Podemos ensayar también la actitud deportiva del buen contendor. Refutamos sus conceptos por la autoridad del juzgador y por el prestigio de la tribuna elegida. Sin ánimo agraviado, sin propósito de buscar polémica. Y ésta es la mejor demostración de que no vivimos en la cueva, sino en el espacio abierto de la libre comunicación americana.

Para enjuiciar a un pueblo y a sus hombres, hay que convivir íntimamente con ellos. Largamente. En profundidad, no sólo en extensión. Esto es lo que se le olvidó al viajero apresurado que hay en Luís Alberto Sánchez.

Bolivia constituye una gran incógnita, ciertamente. Parece que el destino aleja al crítico peruano de un natural planteo del problema. Y más, claro está, de la intuición de su adecuado desenlace. El Ande milenario, indescifrable, turbó intelectos más reposados. ¿Cómo extrañar el descalabro?

La inquietud de Bolivia se convierte en alucinación de juzgador. Subid a la montaña y verá quien dijo verdad.

EL PUEBLO QUE LUCHA CON EL ÁNGEL

Agradezco a la Nación por este homenaje conque me abruma la generosidad colectiva. Modesto aprendiz en la honda artesanía de las letras, no busqué premios ni honores. Tuve por precepto la sentencia de Goethe: "la recompensa del ruiseñor que canta es su propio canto". Mas elegida mi obra por consenso nacional, acepto la honra altísima con humildad de buen servidor. Consagré mi pluma a la Patria, a la Verdad, a la Belleza, y patria, verdad, belleza han querido enaltecer me en exceso. Dar las gracias sería poco: declaro estar profundamente conmovido por la bondad de los bolivianos, mis hermanos.

Si debo gratitud a los estudiantes y al Estado que presiden este acto, rindo el homenaje mayor a Bolivia, madre inmortal, por haberme concedido la gloria de llamarme boliviano.

Recordaré también a mis padres, cuyas virtudes bebí en la cuna. A los antepasados que me legaron nombre. A los maestros que me enseñaron su ciencia. A los amigos que alegraron mis horas, a los enemigos que templaron mi carácter. ¡Feliz el hombre que encuentra su alegría y su fuerza en la prosperidad de su patria! — dice el poeta. De mí puedo afirmar que en el pantano o en la cumbre, en la desdicha o en el éxito, siempre me sentí uno con mi pueblo; criatura de su infortunio y de su júbilo; estrella de su angustia y su esperanza como reza el "Nayjama".

Por eso en la hora de la exaltación quiero decir a mi pueblo, al que tiene algo de Thunupa y algo de Quijote, porque surgió del hechizo indio y de la locura castellana, estas palabras de fe:

—Dichosos nosotros, los bolivianos, que no tenemos selvas de rascacielos, ingenierías estupendas, ni colmenas disciplinadas por la codicia. Los hijos de la dulce tierra madre, que todavía creemos en Dios y adoramos a Nuestra Señora la Aventura. Dichosos los bolivianos que podemos vencer o perder sin quebrar el ánimo. Los que arriesgamos todo en una sola puesta, como aquel Mansio Sierra de Leguísamo que se jugó en una noche e. sol de oro de los Incas del Cuzco, porque es ley de varón fuerte exponer vida y destino sin cuidar por el resultado. Emprendemos grandes cosas, holgamos en las pequeñas. Rebeldes, indisciplinados tal vez; mas siempre osados, generosos, presta la mano a castigar follones. Dichosos nosotros, los bolivianos, varones de libertad, soldados de justicia, que preferimos quedar en nación pequeña y digna, antes que terminar en estado grande, fenicio, poblado por almas vacías y mentes cuadrículadas!

Si un día el mundo evolucionara hasta la suprema estupidez colectiva dentro de la más rigurosa ordenación material; si todo fuera clasificado y limitado hasta el extremo absurdo, de modo que hombre y sociedad sólo se condujeran como tornillos del monstruoso organismo; si la humanidad enloqueciera hasta las fronteras intuídas por Hesse y Berdiaev, sometiendo la vida al hierro de una regimentación geométrica, no faltaría un hombre que apretando un botón de níquel haría volar al mundo para que vuelva a reinar el espíritu.

Ese hombre sería, indudablemente, un boliviano. Porque al boliviano, aparentemente un ser de violencia y desatino, le fueron donados el valor de lo imposible, la constancia frente al infortunio, la voluntad de resurgir de los contrastes. Guerrero es el que pelea sin descanso, sólo por el honor de pelear; sin cuidarse de la victoria o del fracaso. Y éste es nuestro destino nacional: luchar sin tregua contra el mundo o entre nosotros mismos, acaso porque el infortunio es vocación divina según el sentir novaliano. Somos el pueblo que lucha con el Ángel, como luchó Jacob, toda

la noche que es el drama de la vida, hasta rayar el alba que es la gloria de la redención por el dolor.

Y llegará día en que mi pueblo será llamado también "Peniel", como cuenta el Libro de los Libros: el que miró la cara de Dios, el que libró su alma en el combate del coraje y la esperanza.

Esta es mi pasión de nombrarme boliviano. El que dirá la verdad de su pueblo, porque su pueblo es su verdad. Y así nació "Nayjama", el Buscador. Primero criatura del ideal, después presencia trágica, solitaria, atormentada, de una fuerte y extraña belleza, como nuestro espíritu nacional, nacido de la tempestad y del relámpago, un día que el Señor se dijo:

—En este vasto mundo de fantoches y de mercaderes, hagamos un pequeño país con hombres de verdad.

Porque la nuestra es historia de hombres: viril, pujante, brutal y celestial. Desde que los bisabuelos arrebatan a Bolívar el derecho de hacer nación, hasta la fogarada del Chaco que nos deja mutilados pero no vencidos; inquietos, anhelantes, ansiosos de hacer y deshacer, unidos por el santo furor de morada mejor.

Historia de hombres que sólo pudieron componerla el griego —ser de razón, y el romano— ser de voluntad. Porque bien mirado el boliviano, aunque reducido su escenario físico, con su temeridad y su sentido de aventura peralta la historia de América: va siempre a la vanguardia. Es el pueblo arquetipo en orden del espíritu. El que sirve de chispa para encender a los demás; lo mismo en su pasado mítico que arranca de la cosmogenia andina, o en su tumulto actual ardido de pasión renovadora. El que inicia, el que conduce, el que reforma. Es el eterno revolucionario, el que nunca conocerá quietud, porque nació de estrella tumultuosa. El que se busca en la caza del ideal, en la pelea de los días, en la fricción de hermano contra hermano, creyendo que también del gladio surge verdad. El que ignora todavía la "gravitas" del antiguo porque aun vive en heroica adolescencia. El que oye la voz desafiante y se amotina contra los hados: ¡lucha y vencerás! Pero si la victoria no llega, insiste en tu porfía. Vivir es combatir.

Nuestros abuelos, nuestros padres, fueron educados en dos temas fundamentales: uno fué el enclaustramiento marítimo, otro el concepto del pueblo retrasado. Bolivia, nación insular, aprisionada en sus montañas, debió ser fatalmente para ellos la de marcha más lenta y pesada. Nosotros, al trasmontar la primera mitad del siglo, obligados a superar el viejo fatalismo histórico, debemos contestar con energía:

—La leyenda del "pueblo enfermo" terminó! En la era de la fuerza nuclear y del avión, no hay países enclaustrados. Si se nos niega el derecho de volver por las vías jurídicas a nuestra costa perdida, nos internaremos diez millas, veinte millas mar adentro, y con ayuda de la ingeniería y de la técnica levantaremos puerto propio en el corazón del Pacífico, violentando a la naturaleza y al destino.

Sueños — dirán muchos. ¿Y por qué no? Soñando se hacen y engrandecen naciones. Soñar es realizar.

No hay pueblo enfermo, no hay pueblo retrasado. Bolivia es planta joven, vigorosa, con todas las virtudes y los defectos de las sociedades en formación. Y los dos temas fundamentales para afrontar la otra mitad de la centuria son: conocerse bien para organizarse mejor. Ha comenzado ya ese proceso de integración. El avión aproxima fronteras, nuevas ferrovías acercarán el Atlántico, capitales altiplánicas fecundan zonas vírgenes del oriente y noroeste. Un nuevo ritmo de vida pone en circulación fuerzas creadoras que yacían inermes y dispersas. El boliviano ha despertado al espíritu territorial: quiere conocer lo suyo. Por eso el oriental sube a la meseta, el kolla baja al valle, el quéchua se dilata por montes y llanuras. Hay simbiosis de tránsito, mudanza de sangre vieja en sangre joven, sabio ajuste de voluntades en marcha. Recién aprendemos a conocer la vastedad y la hermosura de esta fértil Nación que nuestros mayores ignoraron, porque la lentitud de la mula y la carreta escondían su grandeza.

Y no se hable de renacimiento, sino de nacimiento. Estamos comenzando a ser.

Patria es una responsabilidad, no un usufructo. No hay patriota sin entrega a una causa que lo contenga y lo trascienda. Si tratamos de organizar un Estado moderno, acorde con los

principios morales, sociales y técnicos de la época, debemos recordar la advertencia del pensador báltico: el que quiera mejorar las condiciones exteriores, tiene que comenzar elevando el interior del hombre. Primero la reforma de las, almas, después la organización colectiva.

Un pueblo que se hizo contra todo y frente a todos. ¿Hemos meditado en el terrible "fatum" del pueblo boliviano?

Torcimos la voluntad de los Libertadores y doblegamos al Goliath americano; porque nadie quiso que existiera nación independiente en la cúpula del continente sur. Recelaban. La historia nos colmó de mutilaciones y desdichas. Cuando no hubo que luchar contra el zarpazo exterior, nos cogimos a dentelladas entre hermanos; la contienda civil fué tan dura como el despojo exterior: se pudo creer que desapareceríamos. Pero el nuevo David surgió a despecho del infortunio, y se planta hoy en el corazón de América con la sonrisa tranquila del que ganó su propia causa, del que hizo su pelea. "Y serás amado porque padeciste, respetado porque subiste desde el polvo a tu victoria".

Conocerse, organizarse, dominar el territorio. Bien. No obstante, de mayor urgencia es redimir y levantar la raza. Esta tierra de indios, este pueblo de mestizos, piden ser educados. Liberación económica es poco decir; estas grandes mayorías olvidadas requieren una total liberación: ética, política, económica y social. Porque sólo el día que blancos, indios y mestizos convivan lado a lado, participando en todos los modos de vida colectiva, integrando un solo y fuerte tipo nacional, podremos hablar de nación orgánica. Bolivia es la suma de sus individuos, el bienestar de todas sus clases sociales, y no el privilegio de unos cuantos.

Una historia de constantes "tiempos revueltos", donde se prueba el estímulo de la adversidad para evocar a Toynbee. Una geografía hostil y accidentada. Un suelo vasto, complejo para una población escasa y heterogénea. Afuera derrota, mutilaciones; adentro desorden, fricción y dispersión. El dinero aplastando a las fuerzas morales. La economía erigida en abuso y monopolio. Y en las grandes muchedumbres que pueblan campos, minas, fábricas: hambre, miseria, ignorancia, tristeza. Esto es Bolivia en un plano estrictamente sociológico. Y si no aceptamos *con varonil entereza* la verdad de nuestro drama nacional, que es uno de pobreza, de injusticia, y confusión, no podremos legar patria justa a nuestros hijos.

Mas la Nación es siempre más fuerte que los extravíos de sus hijos. Sabrá luchar, sabrá vencer de todos los obstáculos actuales. Sólo faltan una voluntad que dirija, mía fuerza organizada que cumpla, un pueblo que respalde con su fe esa empresa de resurgimiento. El gran tema de nuestra historia en los próximos cincuenta años debe ser la Revolución Moral, la reforma de los hábitos. ¡Honestidad, desinterés! Que no tengamos las ciudades de tráfico más denso ni las fábricas mayores, pero que abundemos en varones rectos y almas generosas.

Si andamos atrasados, que cada cual haga el trabajo de dos. Si la inmoralidad y la ociosidad campean, palos con los pícaros y huasca con los flojos. Si hay pobreza, a producir más para comer mejor. Pero si la riqueza nacional aumenta, que ella sirva también para elevar el nivel de vida de empleados y trabajadores. Gobernar es también frenar al poderoso.

Pienso en todos los nuestros, los antagonistas del Destino, caídos o aniquilados por una idea de patria.

Pienso en Bolívar, Nuestro Padre, agonizando en Santa Marta, pobre y olvidado, por no manchar la libertad con el tizón de la dictadura. Pienso en Sucre, expiando su grandeza moral en la encrucijada de Berruecos. Pienso en Santa Cruz, cautivo en la Europa lejana, padeciendo el dolor de su obra desmembrada. Pienso en José Ballivián, el que consolidó la República en la aurora de Ingavi para morir desterrado en playas extranjeras. Pienso en Linares, en Frías, en Campero, los tres reformadores que naufragan en la tempestad de las pasiones. Pienso en el ímpetu tenaz de los mandatarios constructores: Arce, Pando, Montes, Saavedra, Siles, los más odiados porque fueron los menos comprendidos. Pienso en la trágica figura de Salamanca, el que nos condujo por el error a la verdad, porque de la guerra mal conducida brota la urgencia de renovación. Pienso en los dos caudillos del tiempo nuevo; a uno le arrancan el corazón antes de morir, al otro lo lapidan cadáver ya. Y es que ambos pasan con tránsito de héroe: se entregan a la patria y la patria los devora. ¡Suprema inmolación! He nombrado a Busch y a Villarreal.

Dí mi alegría a Bolivia, ella me dió su tristeza. Bebí el agua escondida del padecer indio, y sentí más sed. Mordí el pan áspero y rebelde del mestizo, y sentí más hambre. Soporté la iniquidad del blanco y sentí ansia de sufrir mayor iniquidad, porque sólo la injusticia nos acerca al misterio del pueblo que sufre. Nayjama, el Buscador, es ya Nayjama, el que Encontró. ¿No ha dicho Hölderlin que la ola del corazón no se cubriría de la más hermosa espuma, si la roca impasible del destino no se opusiera a su paso?

He aquí: en el huracán petrificado de la Gran Cordillera, unas alas flamígeras inscriben con letras de fuego:

—Soy el Pueblo que Lucha con el Ángel. No importa la tardanza, no importa el infortunio. Un día será el rescate incontenible. Tengamos fe, sepamos ser los creadores de nuestra propia grandeza. Y mañana, cuando estos bolivianos turbulentos despierten a una aurora dinámica de paz y de trabajo concertado, el Ángel hará también nuestro camino, abriendo rumbo al pueblo cuando salga al encuentro del Mar que nos espera!

(Palabras pronunciadas al recibir el Gran Premio Nacional de Literatura de 1950. por el libro NAYJAMA, en el paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz).

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)